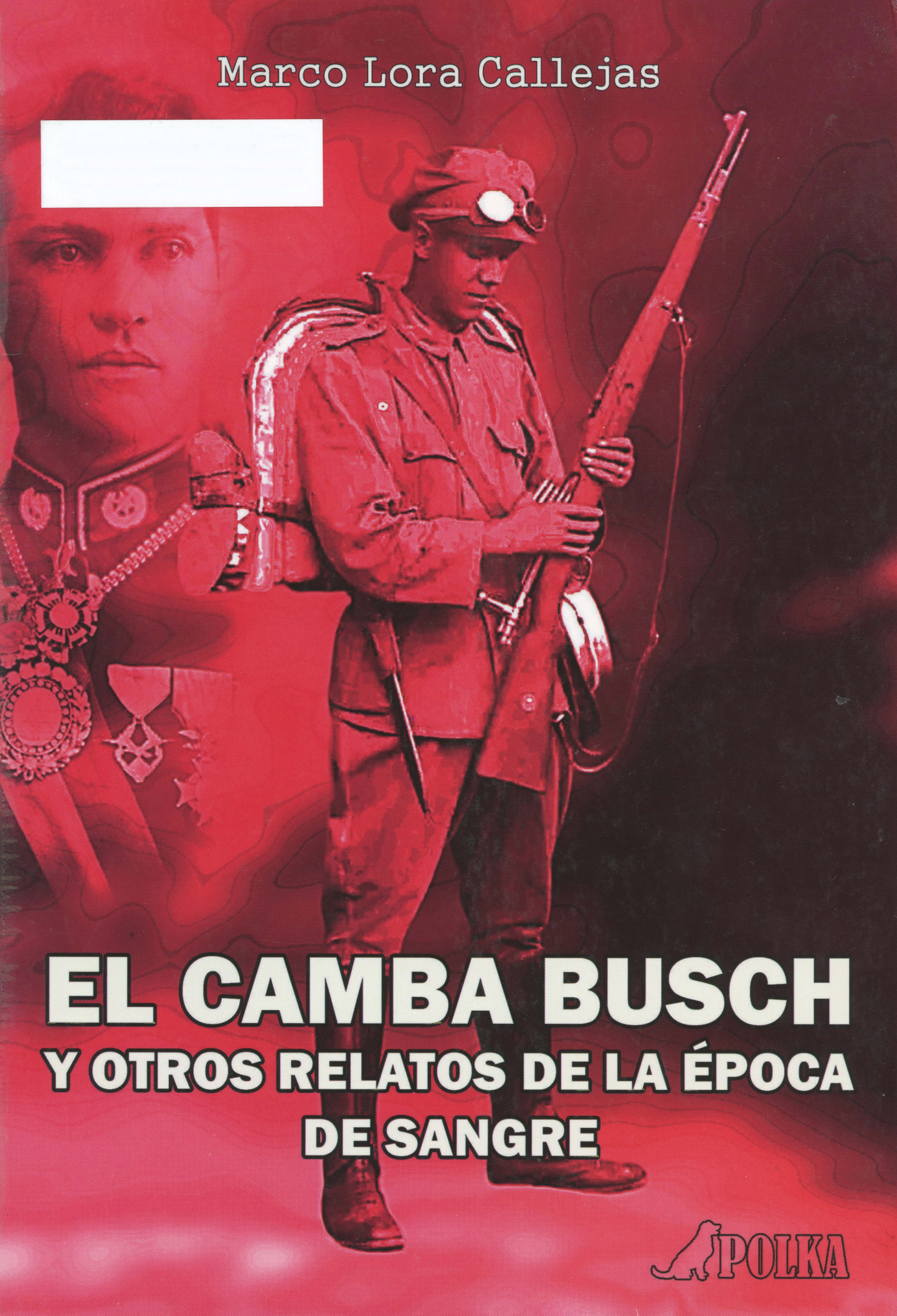
Marco Lora Callejas



EL CAMBA BUSCH

Y OTROS RELATOS DE LA ÉPOCA DE SANGRE

POLKA

Marco Lora Callejas es autor de *"Germán Busch - El Centauro del Chaco"* libro ganador del Premio Eduardo Abaroa 2018, como Mejor Obra Literaria publicada y *"Rafael Pabón - El Vuelo del Cóndor"*, biografía novelada del máximo héroe de la aviación boliviana durante la campaña del Chaco.

Tras recibir la Mención de Honor en los Premios Franz Tamayo 2020 por el cuento *"Masamaclay"* y ser galardonado con el Primer Premio Luis Espinal Camps 2020, por *"Crónica de un Magnicidio"*, el autor nos sumerge ahora en trece relatos de la sangrienta conflagración chaqueña; mostrando que la guerra es capaz de fraguar lo peor y lo mejor del ser humano.

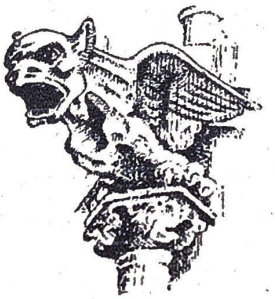
EL CAMBA BUSCH

Y OTROS RELATOS DE LA ÉPOCA DE SANGRE

Marco Lora Callejas

EL CAMBA BUSCH

Y OTROS RELATOS DE LA ÉPOCA DE SANGRE



POLKA
La Paz - Bolivia
2023

Esta obra está protegida por la Decisión 351 de Régimen Común sobre Derecho de Autor y Derechos Conexos de la Comunidad Andina, Ley 1322 de Derechos de Autor, el Decreto Reglamentario 23907 y demás normativa vigente. Está prohibida y penada por ley la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sea mecánico, digital, analógico, magnético u óptico sin previa autorización escrita del autor.

Título: El Camba Busch y otros relatos de la época de sangre.

©Marco Antonio Lora Callejas, 2023

Diseño de cubierta: Marco Antonio Lora Callejas, utilizando una fotografía de archivo de Alejandrino Pérez Aragón y la imagen del presidente Germán Busch.

Diseño contracubierta y solapas interiores: Marco Antonio Lora Callejas.

Diseño ilustraciones interiores: Marco Antonio Lora Callejas

Fotografía del Autor: Adriana Antonella Lora Ortiz.

Para contactarse con el autor:

E-Mail: *marcoloracallejas@gmail.com*

WhatsApp: 73502971

Obra registrada mediante:

SENAPI: Resolución Administrativa N° 1-518/2020

ISBN: N° 978-9917-0-2936-6

DEPÓSITO LEGAL: N° 4-1-3135-2023

Impreso en Bolivia

ISBN: 978-9917-0-2936-6

9 789917 029366

A la memoria de mis abuelos:

María Paz Morales Vda. de Callejas, *hermosa y abnegada mujer de La Paz que adoptó como suyo el suelo villazonence.*

José "Pepe" Callejas, *hijo de excombatiente; notable músico y prolífico compositor. Nacido en Villazón, autor injustamente no reconocido de la "Polka a Villazón"*

Dedicado a esa hermosa tierra del Sur boliviano, que me vio nacer. Para Villazón.

ÍNDICE

Pág.

PRÓLOGO

1. LOS HERMANOS MORALES *15*

2. UNA HISTORIA DE BOQUERÓN *27*

3. PABÓN *47*

4. BERNARDINO BILBAO *53*

5. LAS DOS MUERTES DE ROSENDO PÉREZ *61*

6. SANGRE Y TESTAMENTOS *67*

7. EL CAMBA BUSCH *73*

8. EL PONGO *89*

9. RAMÓN AVALOS *105*

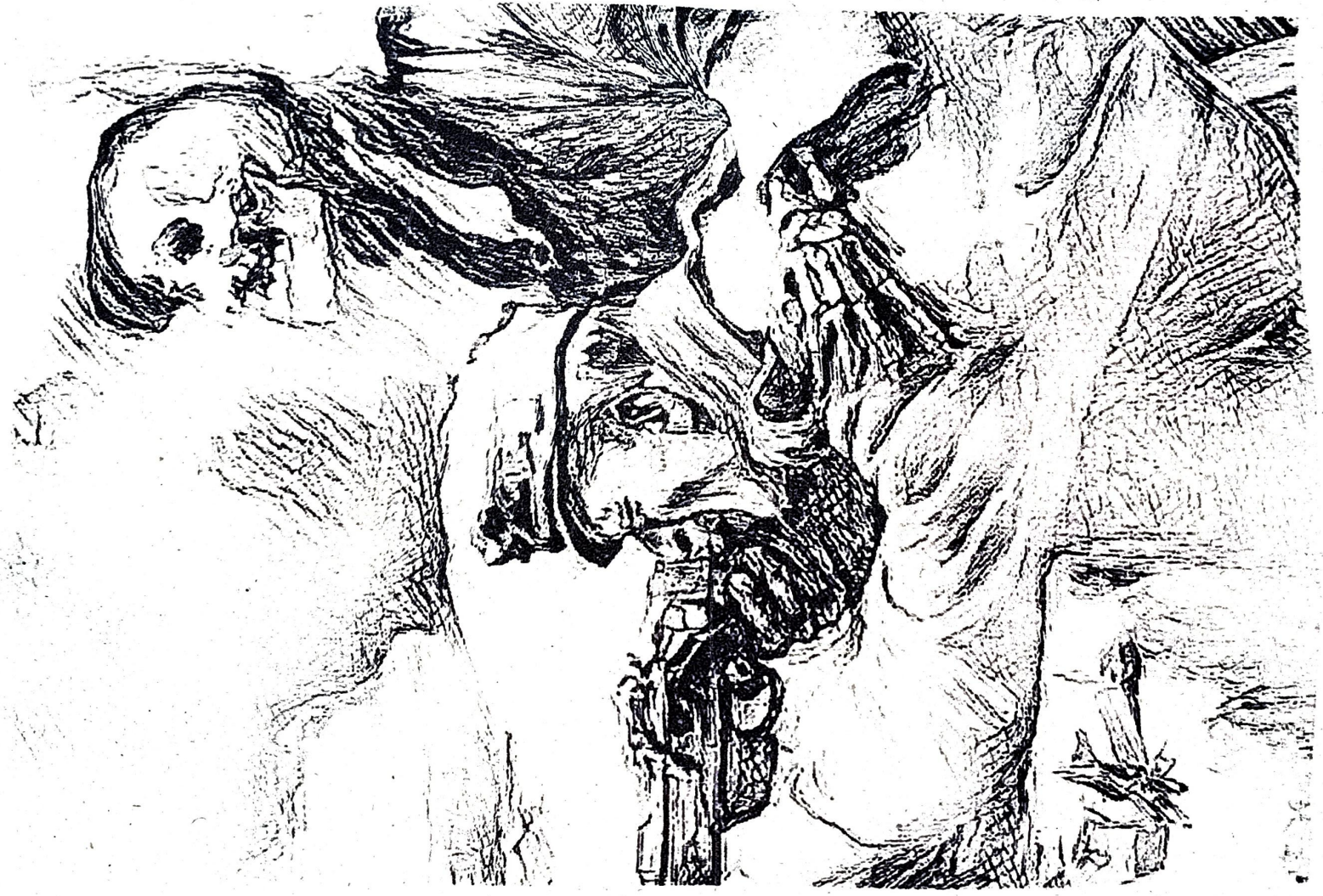
10. EL TÚNEL *115*

11. VINTO *123*

12. RÉQUIEM PARA UN AVIADOR *129*

13. CRÓNICA DE UN MAGNICIDIO *139*

El soldado y la muerte de *Hans Larwin (Titulo original: Soldat un Tod)*



PRÓLOGO

El hombre, en su constante devenir por este extraño y maravilloso mundo, siempre ha rendido un antiquísimo culto a la guerra. Esa milenaria costumbre de devastarnos los unos a los otros, la constatamos estudiando nuestros registros de historia universal, sintonizando las noticias o conectándonos a cualquier red social actual. Desde un dispositivo móvil podemos observar y compartir múltiples enfrentamientos y confiagraciones injustas. Pugnas por luchas de poder, disfrazadas de fervor patrio, donde se sacrifican muchos, para beneficiar a unos pocos manipuladores. Envenenando a la masa con ideologías políticas que tarde o temprano tienen su epílogo de sangre. La guerra, después de todo, es el método más antiguo y eficaz utilizado por el ser humano, para beneficiarse y destruir a su propia especie.

En esta parte del continente americano, una clara muestra de la efectividad de este método, fue la Guerra del Chaco (1932 – 1935). Los apasionados discursos políticos y militares de ambos bandos, glorificando la guerra, ocultaban a los ciudadanos, el verdadero rostro de la conflagración. La cara oculta de la guerra estaba en la carnicería llevada a cabo en el Chaco Boreal; en la cruda y macabra realidad de los campos de batalla. Aquella realidad no la mostraban los pasquines propagandísticos. Era la miseria humana disfrazada con uniforme, la desesperanza del hambre, la avitaminosis, la convivencia eterna con piojos, serpientes y otros engendros de

la fisonomía chaqueña. Y la peor de todas: la ausencia crónica de agua, que causó más estrago y muerte que las propias armas.

Fueron infinitas las historias y leyendas que se tejieron en la Guerra del Chaco. Lamentablemente, no todas fueron de sacrificio, heroísmo o amor por la patria. Existieron también, trágicos episodios de traición, rebajamiento, asesinato y cobardía. De esa maraña de sangre, consternación y obscuro anonimato, también surgirían hombres destinados a la gloria. Hombres que fortalecían con el ejemplo a los demás. Aquellos que, a pesar del hambre, la sed y el horror cotidiano, continuaban luchando por su patria, sus familias y camaradas; infundiendo valor y esperanza entre los suyos. Surgirían así los héroes. Los hombres que burlaban las balas; que decidían batallas; contagiando con su locura y heroísmo a regimientos enteros.

En aquel trágico Chaco, profusas historias de valor, angustia, injusticia y sangre morirían con sus protagonistas. Otras sobrevivirían al paso de los años, transmitidas de forma oral o escrita, por los excombatientes. Muchas de esas historias nunca debieron ser contadas, mientras que otras se mantendrían ocultas, esquivando el olvido, en un desvencijado diario de campaña. Relatos inmunes al tiempo, donde los hombres dejaban de ser hombres y se convertían en animales, buscando solamente el atroz objetivo de destruir al obscuro enemigo que vestía el uniforme distinto.

Muchas de las historias aquí narradas, como las de Busch, Pabón, Bilbao Rioja y el Charata Ustáriz son producto de la investigación y la bibliografía histórica de nuestro país. Otras, tienen como fuente primaria, la memoria de los relatos, anécdotas y acontecimientos acaecidos en la campaña

chaqueña. Transmitidas por beneméritos, que supieron amalgamar la memoria y su destreza como escritores, plasmando en sus obras, aquellos episodios cotidianos de brutalidad, sangre, dolor y sacrificio. Tratando tal vez, de exorcizar por este medio, los demonios del recuerdo. De esta manera, la amplia literatura chaqueña de excombatientes como: Taborga, Lara, Querejázu, Guzmán, Díaz Machicao y Céspedes, se convirtieron en la inspiración y fuente de primera línea, para la creación de muchos relatos de este libro.

Al ingresar a esta obra, el lector podrá revivir episodios trágicos y sangrientos de la contienda chaqueña. A través de la vida de un héroe; observándola con los ojos de un personaje histórico, o tal vez, ingresando arbitrariamente en la mente de un cobarde asesino.

Marco Lora Callejas.

"La guerra es un lugar donde jóvenes que no se conocen y no se odian se matan entre sí, por la decisión de viejos que se conocen y se odian, pero no se matan."

Erich Alfred Hartmann.

1

LOS HERMANOS MORALES

"Es bueno que la guerra sea tan horrible. De otro modo terminaría por gustarnos"

Robert E. Lee

Los hermanos Morales llegaron al Regimiento Pérez antes del primer ataque a Nanawa. Ambos eran altos y demasiado robustos para esos tiempos de hambre y desesperación. El mayor de ellos no tardó mucho en hacerse notar; su arrojo en el campo de batalla nos dejaba atónitos. Al principio lo creímos un desquiciado suicida, pero luego adoptaríamos la clara convicción de la inmunidad de Antonio Morales a la muerte. Mientras nosotros gritábamos histéricos, parapetados detrás de esqueléticos arbustos y quebrachos (que ilusoriamente creíamos nos preservaban de las balas) él simplemente se agachaba y avanzaba sereno, disparando su implacable Máuser. Esto, naturalmente, intimidaba a nuestros adversarios pilas[1] que

[1] Se denominaba así a los soldados paraguayos, porque sus símiles bolivianos observaron que la mayoría de estos no llevaban calzado en la guerra. De la expresión boliviana *Pata-Pila* (Pie Descalzo) quedó el diminutivo de Pila. A los soldados bolivianos, los paraguayos los llamaban *bolis*.

habitualmente terminaban retrocediendo, imaginando que se encontraban ante un audaz militar, o peor, ante un loco.

Pero si Antonio Morales era una bestia de la guerra, el hermano menor: Román, era sin lugar a dudas, el ser intuitivo que rodeaba con un aura casi esotérica al simétrico par. Román Morales, aparte de ser un magnífico ejemplar cochabambino, llamaba poderosamente la atención por su singular mano izquierda. Al parecer la naturaleza se había encaprichado en dotar a Román de seis dedos, y para ser específico, de dos dedos pulgares. Al principio, este detalle, a más de uno le provocó repulsión, pero luego este sentimiento se transformó en coraje, ya que a la hora de luchar por el agua o por el reparto de comida, Román Morales tenía una gran ventaja manual sobre nosotros. El espigado *k'ochala*[2] lograba sacar provecho de aquella deformidad incluso en el campo de batalla, ya que lograba sujetar el fusil mejor que la mayoría. Ni en el peor de los asaltos cuerpo a cuerpo se le vio soltar su inseparable Máuser. Este hecho, naturalmente extasiaba a nuestros oficiales, que vociferaban siempre que podían, lo maravilloso que seria que todos en el regimiento tuviésemos seis dedos en cada mano, para así evitar perder los valiosos fusiles en batalla. "El fusil debe ser una extensión de su brazo y deben cuidarlo más que a su mujer", nos decían. Estaba claro que nuestros avezados líderes no tomaban en cuenta que, a la mayoría de nosotros, jóvenes mancebos que apenas rozábamos los veinte años, y que no habíamos visto algo parecido a una mujer en más de un año, esta recomendación no nos alcanzaba demasiado.

[2] Adjetivo con el que se señala a los habitantes del valle de Cochabamba.

Fue el coronel Bilbao, nuestro comandante superior, quien observó en cierta ocasión los dedos de Román Morales, señalando con una mirada perspicaz que las personas nacidas con seis dedos eran personas especiales, dotadas de una intuición sobrenatural. Ya que esta aseveración la realizó muy seriamente, todos le creímos. Y le creímos más, cuando en pleno fragor de cañoneo, ametrallamiento y aullar de proyectiles, los hermanos Morales comenzaron a guiarnos a través del infierno chaqueño, con un sentido de orientación extraordinario. Siendo ajenos al hábitat del Chaco, los Morales sabían elegir siempre la picada más conveniente y podían guiarse con eficacia, tanto de día como de noche, dentro o fuera del pajonal. Fue tanta la autoridad que adquirieron en este sentido, que la tropa entera y el mismísimo coronel Bilbao, terminarían por dejarse subyugar por la brujería de aquellos dos hombres.

Pero la época de popularidad de los hermanos Morales, terminó luego de la segunda batalla de Nanawa. Tras el catastrófico intento por tomar este bastión paraguayo, y luego de lamentar ingentes bajas, finalmente nuestro ejército se dio por vencido. Estábamos destrozados y exhaustos. Habíamos perdido tres cuartas partes de nuestro regimiento. Solo nos quedaba lamernos las heridas y recuperar fuerzas para continuar en la inútil y trágica guerra. Pero, en contrapartida, ahora disfrutábamos de unos días de relativa paz, sin la zozobra cotidiana de la inminente batalla y alejados de la zona conflictiva del teatro de operaciones. Fueron por esas jornadas de sosiego, que se consumó el asesinato de Román Morales.

Su cuerpo fue hallado por el sargento Julio Ulrich, que reparó en la delgada y serpenteante línea de sangre coagulada que emergía de la pequeña tienda de campaña que Román compartía con su hermano. Todos se apelotonaban alrededor, atónitos e incrédulos, luchando por atestiguar la muerte del menor de los Morales. Los ojos entreabiertos y la blanquecina saliva que todavía afloraba de la boca abierta del cadáver, evidenciaban la sorpresa con la que el desprevenido K'ochala había sido degollado. La mano con el pulgar duplicado había sido prolijamente cercenada; una masa sanguinolenta ocupaba ahora el espacio de la pieza amputada, mostrando la saña con la que había actuado el metódico asesino.

El coronel Bilbao ordenó que todo el regimiento se movilizara; revisando palmo a palmo los alrededores, para localizar algún indicio del autor del crimen. Nada se encontró, ni nadie supo dar cuenta de nada, ya que la noche anterior había transcurrido con la más relativa *normalidad* y ningún otro efectivo había sido presa del sanguinario ataque. Fue Antonio Morales quien encontró el único indicio que se tuvo sobre el asesinato.

El mayor de los Morales, que había salido la noche anterior a cumplir su faena de centinela, llegó pasado el mediodía. Al enterarse de la muerte de Román, golpeó al circunstancial informante y luego fue a cerciorarse de lo que, para él, era un hecho simplemente imposible. Luego de llorar y maldecir al cielo, Antonio Morales reparó en la única mano que le quedaba a su hermano menor. El hombre que la mayoría del regimiento consideraba la personificación misma de un amuleto de buena suerte (pues gracias a su sentido de orientación conseguimos librar muchos cercos paraguayos) había logrado sujetar en lo profundo del puño derecho, un pequeño talismán que, sin duda,

fue arrancado al homicida. Vanos fueron los intentos por dilucidar el origen de aquel singular objeto. Labrado en madera *karandá,*[3] llevaba tallado en el centro, una imagen antropomorfa, que denotaba orígenes arcaicos.

El coronel Bilbao hizo traer a uno de los tres prisioneros pilas que llevábamos a cuestas. El soldado era un indígena Toba, que había servido como guía a los soldados guaraníes. Cuando se le inquirió sobre el origen del amuleto, se puso incómodo e informó a regañadientes que se trataba de una tribu mítica del Chaco, famosa por su habilidad para deslizarse como fantasmas por las noches y temible por su singular costumbre de comerse a sus enemigos. "Son brujos", nos dijo, abriendo en forma desorbitada los ojos. Antonio Morales perdió el poco control que le quedaba; tomó al pequeño indígena y de un bofetón lo desparramó por el suelo, al tiempo que le preguntaba dónde encontrar a esa tribu de animales. Con la boca ensangrentada, el toba sonrió maliciosamente. Tras escupir un pequeño diente, miró al imponente hombretón que estaba frente a él, y con los ojos inyectados de odio le dijo que ellos estaban por todas partes, pero que él podía guiarlo hasta unas pequeñas cavernas subterráneas donde a veces se refugiaban. El gigante aceptó, y se dispuso a marchar. Pero Bilbao lo devolvió a la realidad.

— ¡Morales! ¡Usted no me va a ningún lugar! ¡Hay órdenes de reagrupar a nuestro regimiento y marchar hacia Gondra! — Le gritó el coronel, al constatar que el

[3] Árbol nativo de la región del Chaco

atentado no había sido perpetrado por comandos paraguayos.

— ¡Mi coronel, el que degolló y envileció el cuerpo de mi hermano lo tiene que pagar; esto no se va a quedar así! — vociferó Morales. Y mirando fijamente al coronel lo desafió — ¡y ni usted, ni nadie, me va a decir lo que puedo o no puedo hacer ahora!

Bilbao no perdió la calma. A una señal suya, un oficial nos ordenó sujetar al k'ochala. No fue nada fácil. El gigante nos espantaba a manotazos, como a esos indeseables mosquitos que nos chupaban la sangre y el alma, todos los días en el infierno chaqueño. Cuando por fin logramos controlarlo, el Coronel ordenó que lo amarraran y subieran a una tanqueta Vickers.

— Lamento lo de su hermano Morales, pero si usted se va, se convertirá en desertor y tendría que fusilarlo. — Le dijo Bilbao, al parecer, sinceramente conmovido por la muerte de uno de sus mejores combatientes.

Esa noche no pude dormir. En medio de la obscura y adusta maraña chaqueña, un sentimiento de asfixia anegaba mi pecho. Inevitablemente, recordaba una y otra vez los ojos muertos de Román Morales. Rememoré nuevamente el fugaz eco del cuchillo bayoneta hundiéndose en su yugular, acompañado del dramático y corto estertor de su cuerpo, mientras yo me recostaba encima suyo, apretando su boca con toda la fuerza de mi mano izquierda, evitando así cualquier intento de defensa. La lenta extinción de la luz en sus pupilas, se había convertido desde ese momento, en una evocación inquietante. Pero entonces mi memoria también invocó a Román Morales como protagonista de ponzoñosa maldad. Las razones que puede tener un hombre para abominar o amar a otro, pueden ser

infinitas. Me reanimé y asentí complacido, mientras repasaba las exitosas precauciones que había tomado al asesinar a Román Morales, tratando de justificar inútilmente, el crimen atroz que había cometido. Acurrucándome contra mi fusil, traté de evadir la contaminación del miedo. Desde la noche del asesinato, mis manos no habían parado de temblar. Afortunadamente, en este hábitat de sangre y desesperación ya nadie le prestaba atención a ese tipo de detalles.

A la mañana siguiente, Antonio Morales había desaparecido. El soldado que tenía la orden de custodiarlo, fue a reportar la novedad. La hinchazón del ojo derecho y un profundo corte en la frente, lo eximían de cualquier grado de complicidad. A esto se sumó la desaparición en el corral de prisioneros del pequeño toba, que al parecer había escapado con Morales. Uno de los guardias que vigilaba a los prisioneros, presentaba los consiguientes traumatismos severos, que manifestaban su incompetente inocencia. La noticia no pareció sorprender a Bilbao. Cuando nuestro rastreador indígena confirmó que los dos fugitivos habían tomado la misma dirección que debía tomar ahora el regimiento, el Coronel simplemente ordenó prepararnos para marchar con dirección a Gondra, sin pronunciarse sobre el tema de los dos prófugos.

El primer muerto apareció a los dos días de marcha. El cobrizo nativo se hallaba con la cara al sol, cubierto de polvo y coronado por fétidas moscas que pululaban alrededor de las heridas. Su cuello había sido toscamente rebanado y el desencajado rostro todavía mantenía la inquietante mueca de sorpresa. A esto se sumaba la faltante mano izquierda, que

denotaba la inequívoca señal de venganza de Antonio Morales. Los rastros en la tierra y en la adusta arboleda chaqueña, daban cuenta de la anterior presencia de más indígenas. Sin duda Morales había puesto en práctica sus dotes de comando, aislando a su víctima, para degollarlo.

Dos días después, nos topamos con una nueva pareja de cadáveres, que dedujimos (llevaban los mismos símbolos de ceniza marcados en el cuerpo) pertenecían a la misma tribu. Ambos habían sido violentados a machetazos y sus rostros estaban cruelmente desfigurados. Los sanguinolentos muñones de las manos amputadas y el pequeño feto enrevesado en las despedazadas entrañas de la mujer, nos escupieron la verdad de la barbarie.

Cuando el capitán Eulogio Robles le preguntó a Bilbao sobre las medidas que se debían tomar, este simplemente se dio la vuelta, y evitando mirar a sus subalternos, ordenó desenterrar todo el tubérculo de *Sipoy*[4] que se pudiera recolectar, pues el agua nuevamente comenzaba a escasear. Visiblemente contrariado, Robles ordenó a cuatro soldados sepultar los cuerpos. Yo me ofrecí a ayudarlos. Mientras lo hacía, Augusto Mayta me vio sollozar al cubrir de tierra el cadáver de la joven mujer asesinada. Se conmovió. Sujetándome con una mano el hombro, me dijo compungido: "Así es la guerra hermano". Entonces las lágrimas me desbordaron; arrodillado y colocando mi cabeza entre las manos, lloré como un chiquillo. Quise confesarle a Mayta que yo era el culpable de aquella matanza; quise gritarle a todo el regimiento que yo había asesinado a

[4] Tubérculo nativo del Chaco, cuyo jugo servía de paliativo a la falta de agua en la guerra. Su ingesta en grandes cantidades a veces producía la muerte.

Román Morales y que aquel engendro con seis dedos era más de lo que todos creían conocer; quise gritar el odio infinito que sentía por el menor de los Morales, por obligarme a matarlo, y por seguir, a pesar de su muerte, atormentándome en vida. Pero mi irreparable cobardía nuevamente pudo más que los gritos de mi conciencia. Me levanté y abandoné sin dar explicación mi triste labor de enterrador. Nadie consideró extraño mi comportamiento. Como ya dije, esos pequeños detalles son invisibles en el holocausto de la guerra.

El cuerpo del pequeño toba lo encontramos días después; al parecer Antonio Morales ya no lo necesitaba. Llevaba las mismas marcas de muerte de los anteriores desdichados. En el transcurso de los siguientes tres días de marcha, fuimos topándonos con cinco cadáveres más. El asesino no discriminaba entre el sexo o la edad de sus víctimas. Así, fuimos testigos de la matanza de un total de ocho indígenas, entre hombres, mujeres y niños.

La tarde del jueves, cuando comenzamos a escuchar el estruendo de batalla que se aproximaba en la lejanía de Gondra, lo encontramos. Antonio Morales era apenas una sombra que imitaba la figura del portentoso k'ochala que había desertado semanas atrás. Estaba sentado al pie de un inmenso árbol de toborochi y al parecer llevaba esperándonos mucho tiempo. Llevaba el uniforme hecho jirones. Su torso semidesnudo estaba embadurnado de tierra y sangre seca. Buena parte de su oreja izquierda había sido cercenada y su gélida mirada parecía sumida en mil pensamientos que ya no incumbían a este mundo. El tic nervioso del dedo índice de la mano apoyada en

el mango del machete, denotaba la actitud alerta y decidida, apenas controlada. Nadie se atrevió a intercambiar palabra con él; solamente nos limitamos a observarlo con morbosa curiosidad. El gigante permanecía estático y silencioso, indiferente a nuestra existencia. Noté con horror, la finísima tira de cuero que llevaba atada al cuello, sosteniendo un macabro abanico de pequeños y corrompidos dedos humanos. Solo cuando el coronel apareció, Morales pareció reaccionar.

— ¡Soldado Morales, reportándose sin novedad mi coronel! — gritó cuadrándose patéticamente ante Bilbao.

Por espacio de infinitos segundos, Bilbao lo miró fascinado. Luego, recuperando el aplomó desvió la vista, y casi con indiferencia, le ordenó a Robles.

— Fusílenlo.

El capitán ordenó que sujetaran a Morales, pero nadie se atrevió a cumplir la orden. No fue necesario. El gigante se mantuvo estático, mirando el suelo, absorto en sus pensamientos. Entonces, lanzó un suspiro y dejo caer el machete, dirigiéndose con paso manso hasta el árbol de quebracho más próximo. Él mismo había sido parte de varios pelotones de fusilamiento en el pasado. Conocía de memoria aquel protocolo de muerte, que ahora le tocaba asumir, al otro lado de la línea.

Robles me eligió para conformar el pelotón de cinco veteranos que llevarían a cabo la ejecución. Me negué, aduje estar enfermo. La mirada hosca de Robles, revelándome la posibilidad de un segundo fusilamiento, me persuadió a cambiar de opinión. Mientras formábamos la línea de cinco, observé a Morales. Estaba sereno, tal vez ausente, observando

fijamente un punto vacío e infinito en aquella línea de soldados que iba a terminar con su vida. Admiré su valor. En ese momento mi mente se esclareció.

Desoyendo los gritos de Robles, me encaminé hacia el sentenciado. Dispuesto a purgar mi culpa; dispuesto a confesarle el horrendo crimen que había cometido; dispuesto a morir, ya que sabía, que nada ni nadie impediría que Antonio Morales me liquidara. Pero en el último instante, lo miré directamente a los ojos, reconociendo en ellos la mirada del hermano menor. Reviví nuevamente la maldad y la indiferencia, repetida en esos ojos vacíos. Volví a sufrir por un instante, el desprecio y la burla de Román Morales. Entonces supe que también debía matar al hermano mayor. Llevé maquinalmente mi mano al cinturón. Tomando la caramañola de agua, se la extendí, sin mediar palabra. Él la cogió y comenzó a beber con fruición, observándome de reojo mientras lo hacía. Cuando terminó, su rostro se había transfigurado y mirándome satisfecho me dijo: "Gracias hermano".

La mayoría se había agolpado alrededor de la escena de ejecución, esperanzados en ver como aquel ser extraordinario, burlaba la muerte una vez más. Pero tres minutos después, una ruidosa descarga de fusilería desbarataba el pecho de Antonio Morales. El cuerpo del k'ochala hizo un último alarde de fuerza al caer, destrozando el árbol de quebracho a sus espaldas. Un absoluto silencio se apoderó del lugar. Me quedé sordo, inmóvil y tembloroso, con el dedo en el gatillo, apuntando todavía al cuerpo inerte. En la nebulosa de aquel sueño sin sonido, vi a Robles acercarse al gigante caído. Inclinándose, examinó el

cuerpo y le cerró los ojos. Entonces el silencio desapareció y todos comenzaron a dispersarse, más desilusionados que tristes. Robles ordenó que sepultaran al soldado y se retiró.

Dejé caer el fusil y me mantuve estático. Empujado por una fuerza invisible, me encamine entonces hacia el cadáver. Pude sentir las palpitaciones en mi pecho cuando me arrodillé a su lado. Acaricié las líneas de su rostro. Un temblor me hizo estremecer, al rememorar las facciones símiles de Román. Me encontré fascinado ante aquel ser inerte, desamparado. Mi participación en la muerte de los dos hermanos, me hizo sentir en ese momento, un ser poderoso, invulnerable. Con mucho cuidado y sin que nadie se percatara, tome mi cuchillo y le corte uno de los dedos al cadáver.

Con nueva energía revitalizadora, me levanté y tomé una desvencijada pala, disponiéndome a sepultar al último de los Morales. Lágrimas de regocijo escapaban de mis ojos, fusionándose con la tierra recién removida. Nadie reparó en el dedo meñique faltante, ni tomaron en cuenta mi desinhibido estado de felicidad al momento de enterrar el cadáver. Como ya dije, en este hábitat de sangre y muerte, ya nadie le presta atención a ese tipo de detalles.

2

UNA HISTORIA DE BOQUERÓN

"En Boquerón están escribiendo unos pocos soldados bolivianos, la más bella página del heroísmo americano. Contados centenares de hombres luchan desde hace quince días no solo contra enemigos infinitamente más numerosos, sino contra el hambre y la sed que les han impuesto los sitiadores"

Periódico argentino "El Progreso"
Septiembre de 1932.

Del 9 al 29 de septiembre de 1932, aproximadamente seiscientos combatientes bolivianos soportaron titánicamente los desproporcionados embates de más de trece mil soldados paraguayos, que atenazaron en un círculo de fuego, el codiciado y sangrientamente emblemático Fortín Boquerón. Después de veinte días de suplicio y soportando las condiciones más extremas de combate, totalmente privados de alimento y agua, el contingente boliviano finalmente cedió al ejército guaraní.

El intelectual Nafi Mulet posicionó la defensa de Boquerón entre las siete hazañas épicas más sobresalientes de la historia,

equiparándola con las tan famosas batallas de Las Termopilas, Masada, Numancia, Sudáfrica, Camerone y El Álamo. Enfrentamientos bélicos que se distinguieron mundialmente por una característica singular: Una fuerza militar mínima resistía estoicamente el asedio de un portentoso enemigo numéricamente superior.

***

Cincuenta años después de aquella épica conflagración, un anciano que mide algo más de un metro setenta de estatura, realiza una adormecida fila de rigor, para obtener su paupérrima pensión de excombatiente. El rostro de tez blanca, sobrelleva ya las pecas propias de la tercera edad. Su figura está revestida por un pesado abrigo de paño negro que lo cubre prácticamente hasta los pies. La pequeña cabeza, poblada escasamente por canas notoriamente mal teñidas, está adornada por una antiquísima gorra cuartelera, coronada con una escarapela pintada con la tricolor nacional.

— Buenos días, ¿usted es Julio Antezana?

Desconfiado y con mirada inquisitiva, me escudriñó de pies a cabeza, asintiendo afirmativamente. Me identifiqué como periodista y le dije que me dieron su nombre y señales en la Confederación de Excombatientes, como valiosa referencia para obtener información de primera fuente sobre la batalla de Boquerón.

— ¿Usted estuvo en Boquerón? — pregunté.

— No estuve, luché y sobreviví a Boquerón — me contestó sin mirarme.

— Me gustaría que me dé información sobre la participación de Víctor Ustáriz en la batalla de Boquerón.

— ¡Capitán Víctor Ustáriz! — corrigió — lanzándome una antipática mirada.

— Disculpe señor Antezana, no fue mi intención ofender al capitán Ustáriz ni a usted, pero me gustaría conocer más sobre aquella batalla, de la que tanto se habia hasta hoy. Me complacería invitarle un café y poder hacerle unas breves preguntas… por favor.

El anciano me miró con desdén, hasta con pena se podría decir, pero finalmente aceptó. Fuimos al Club La Paz, ambos pedimos un café americano y yo empecé a lanzar las preguntas triviales: ¿Está casado? ¿Tiene hijos? Noté que el anciano estaba más concentrado en el café, que en contestar mis preguntas. Pero cuando mencioné las inmensas bajas que tuvo la batalla de Boquerón, Antezana esquivó la mirada y pareció divagar.

Tuve la impresión que, al mencionar a los caídos en aquel mítico fortín, removía una vieja espina enterrada en lo profundo de su memoria. Y que ahora, aquel anciano inevitablemente comenzaba a recorrer el sombrío laberinto de azarosos recuerdos. Se quedó en silencio por un interminable minuto. Entonces, mientras observaba por la ventana el caótico devenir del centro paceño, comenzó a hablar sin mirarme:

Eran mediados de 1932 y parecía que recién había superado mi adolescencia, cuando estalló la guerra. Mi amigo de la universidad Fernando Gutiérrez y yo, nos enrolamos apenas supimos del incidente en Laguna Chuquisaca. Días después, ya estábamos incómodamente sentados en camiones del ejército, entusiastas y felices, rumbo al Chaco Boreal. Éramos muy jóvenes y el anhelo glorioso de la guerra, manipulado

hábilmente por la falaz oratoria de los políticos de la época, aún nos nublaba la cabeza.

Luego de meses de sufrido viaje, llegamos a Palomo, saliendo ese mismo día rumbo a Muñoz. Veinte días después, arribamos a Fortín Arce. A pesar del retraso y las constantes incomodidades, todavía nos hallábamos jubilosos y entusiastas. Esa noche dormimos en el fortín y al día siguiente nos informaron que debíamos partir rumbo al puesto de Yujra, para finalmente ingresar a Fortín Boquerón, que recientemente había sido ocupado por las fuerzas de nuestro ejército.

En el trayecto, nos topamos con camiones repletos de heridos que retornaban del frente. Muchos de ellos con los miembros amputados y mal vendados. Hombres con los uniformes raídos y manchados de sangre seca que nos observaban con lástima. De a poco, la actitud entusiasta se fue disipando. Los rostros confiados de hace unas horas atrás, ahora daban paso a gestos sombríos y preocupados. A medida que nos acercábamos a Yujra, los atronadores ecos de la artillería paraguaya llegaban hasta nuestros oídos. Un silencio sepulcral reinaba en el camión.

La noche del 11 de septiembre llegamos a Yujra. Inmediatamente nos enviaron a relevar guardia en las afueras del puesto. Pasamos la noche sin dormir, debido al lejano retumbar de la artillería enemiga. Al amanecer fuimos escogidos para conformar un contingente que reforzaría a los combatientes de Boquerón. Luego de una marcha de tres kilómetros, los primeros rastros de sangre, dieron paso al develamiento de un inmenso manto de cadáveres. El espectáculo era macabro. Vi a uno que tenía el cráneo destrozado y a otro que le faltaba parte del torso. El primero reflejaba el terror en su rostro. Pero el segundo, inexplicable y

diabólicamente, parecía sonreír. Empecé a rezar una plegaria, con la certidumbre de que, en poco tiempo, muchos de nosotros nos encontraríamos abandonados a la misma suerte. La evidencia de que Dios estaba ausente en aquel infierno comenzó a corroerme.

Todos mis pensamientos fueron diluidos por el estruendo de bombas de mortero y el aullante silbido de proyectiles. Todos nos lanzamos cuerpo a tierra. Un temblor espantoso se apoderó de mí y solo atiné a encogerme abrazando mi fúsil. Fue en ese infinito momento de terror que conocimos al capitán Ustáriz. A pesar de la agobiante lluvia de proyectiles, él se encontraba de pie, ordenándonos a gritos que avancemos por el monte. Trémulos y avergonzados ante aquella figura, obedecimos y comenzamos a adelantarnos, pero muchos nos ensartábamos entre ramas y espinas.

Nuestras ametralladoras comenzaron a resonar y un enloquecido Ustáriz nos ordenaba disparar. Yo apretaba el gatillo cerrando los ojos, con la escalofriante certeza de recibir en cualquier momento un disparo en el rostro. A ese ruido infernal, se sumó el trepidante zumbido de un avión que comenzó a sobrevolar el campo de batalla. El estallido de las bombas aéreas hizo temblar el campo de batalla. Al no poder distinguir si era de los nuestros, esperé con angustia la demoledora colisión de aquellos proyectiles contra nuestras cabezas, haciéndonos añicos, pero en una fracción de siglos, esto no llegó a suceder. Todos continuábamos disparando, se había desatado una confusión espantosa, pero continuamos el avance a pesar de los gritos y súplicas de nuestros camaradas heridos. Logramos alcanzar un claro, donde por fin pudimos

distinguir la posición enemiga. Armamos un solo bloque y tendidos en el espinoso suelo chaqueño recibimos la orden de calar bayonetas. Las ametralladoras pilas, bien posicionadas, comenzaron a disparar a discreción.

El capitán Ustáriz, imperturbable, empezó a vociferar la orden de seguir. Su circunspecta figura parecía estar blindada por un hálito divino que lo hacía inmune a las balas enemigas. Mirándolo desde el piso, en ese momento ya no sentí nada, ni temor ni valentía, solo empecé a actuar inconscientemente. Me levanté y corrí como un endemoniado, disparando y rugiendo maldiciones. Alguien gritó ¡Viva Bolivia! y al escuchar el bramido de mis camaradas, supe que habíamos comenzado el asalto. Las balas con destino de muerte pararon a muchos en seco, pero enloquecidos continuábamos corriendo. En la nebulosa de aquel infierno, comprobé como mi bayoneta atravesaba fácilmente el torso de un enemigo sin rostro, pero eso no me congeló y continué, al igual que mis compañeros, que aullantes avanzaban como poseídos en busca de las posiciones enemigas, dando inicio a la carnicería.

Hasta que finalmente el ruido de las ametralladoras cesó, y exhausto, me encontré rodeado de mis exánimes camaradas, que atónitos ante la victoria, solo alcanzaban a derrumbarse para descansar. Por todas partes solo podía ver hombres bañados en sangre y cadáveres desmembrados. Los heridos de ambos bandos clamaban por ayuda y agua. Fernando me encontró poco después, apoyado contra un árbol de quebracho, con la mirada perdida. Cuando comenzó a anochecer, comprobé que la naturaleza es inmune a la desgracia humana. A lo lejos aún podía distinguir disparos. Increíblemente, a mi lado, muchos camaradas, consumidos por el cansancio, dormían agotados.

El 12 de septiembre, a las nueve de la noche, a la cabeza del capitán Víctor Ustáriz, solo cincuenta y ocho sobrevivientes pudimos llegar a Fortín Boquerón. Los sufridos soldados del fortín sitiado nos recibieron con algarabía. A pesar que todos deseábamos quedarnos con Ustáriz, este seleccionó solamente a una veintena de nosotros. Los demás fuimos distribuidos equitativamente en los diferentes puestos de defensa por el Tcnl. Manuel Marzana, el heroico comandante que lideraba la defensa de Boquerón. Ni Fernando ni yo fuimos seleccionados por Ustáriz, siendo enviados a las trincheras del lado oeste, al mando del teniente Aranibar.

A los pocos días, el grupo Ustáriz no tardó en hacerse notar. Pese al cerco y pese a las órdenes de Marzana, el tozudo capitán insistía en buscar el choque enemigo, realizando pequeñas emboscadas a los pilas. Los rumores decían que Ustáriz, antes de comenzar la guerra, ya conocía al dedillo el territorio del Chaco, gracias a su guía aborigen *El Cabo Juan*. Este conocimiento del terreno y su singular desprecio por las balas enemigas le permitían realizar maniobras de brujería, que dejaban mal paradas a las huestes enemigas.

El 18 de septiembre, la masa entera del ejército paraguayo trató de arrasarnos. Por más de diez horas, buscaron infructuosamente la retoma del fortín. Fue la primera vez que evidencié el portentoso heroísmo, valentía y sangrienta locura de los defensores de Boquerón. Finalmente triunfamos, pero a un gran costo. Nuestras fuerzas habían sido reducidas notablemente y los sobrevivientes al cerco infernal ya comenzábamos a sentir los estragos del hambre y la sed.

Los tres días siguientes fueron de pesadilla, no sé cómo, pero continuábamos sobreviviendo a las cruentas embestidas pilas. Estábamos aniquilados, el hambre y la sed causaban una

desesperación enloquecedora. Los cuerpos desmembrados producían un olor nauseabundo. El único pozo se encontraba bajo el fuego enemigo, y en su fétida profundidad, navegaban los cadáveres descompuestos de soldados de ambos bandos, contaminando de muerte nuestras ansias de agua.
A esas alturas, la mayoría de nosotros solo anhelaba una misericordiosa y fulminante muerte. Solo el vago recuerdo de una madre, hijos, o una novia esperando por nosotros, alejaban de forma fugaz esos pensamientos. Ahora que lo evoco nuevamente, me siento incapaz de describir todos los sufrimientos y atrocidades que soportamos esos días de averno. Todas estas vicisitudes, impulsaron una creciente animadversión hacia aquellos políticos de Bolivia que glorificaban la guerra. Condenamos de mil maneras las equivocadas disposiciones del comando en jefe y su incapacidad de decisión para enviar nuevos contingentes. Deseábamos con todas nuestras fuerzas, que uno solo de esos incompetentes apareciera en el fortín para coserlo a balazos.

Las pocas veces que podía conciliar el sueño, abrazaba la utópica esperanza de que todo ese infierno solo fuera parte de una horrible pesadilla. Pero una descomunal bofetada me despertaba cada día a la realidad de la guerra. El parte diario de la tropa arrojaba cada vez más muertos y heridos. La rústica sala de adobe que albergaba a los heridos, ya no tenía abasto. Empezaron a sacar a los moribundos al patio, con la esperanza de que algún proyectil de mortero enemigo, cumpliera con su misericordiosa misión.

Un día nos dijeron que, al retornar de la guerra, nos otorgarían medallas por nuestro desempeño en combate. A nadie le importaba. Nosotros luchábamos por sobrevivir; lo único que deseábamos era irnos. Todos los días solo nos entregaban una pedregosa galleta como única comida y teníamos que rebuscarnos el agua en algún charco, sin importarnos que estuviera envenenada o que una precipitada lluvia de balas terminara de aniquilarnos en el intento. Nos encontrábamos completamente rodeados e incomunicados.

Nuestros valientes pilotos arriesgaban todos los días su vida sobrevolando el área con sus aviones monoplaza, con el loable propósito de lanzarnos provisiones. Pero a esa velocidad la preciada carga caía generalmente fuera de nuestro alcance. Muchos perecieron en los pueriles intentos de recuperar esos valiosos suministros.

En la macabra rutina de los últimos días, el agua era ya un elemento inexistente en el fortín. Cuando necesitábamos orinar, lo más prudente era esconderse de los demás, para así poder conservar el líquido nauseabundo en nuestras caramañolas, ya que, si éramos descubiertos, los compañeros corrían a disputarse la orina. La locura y la desesperación reinaban en ese nido de locos olvidados por Dios y por su patria. Todas las mañanas el coronel trataba de infundir la esperanza entre sus famélicos subordinados, anunciando la pronta llegada de tropas salvadoras, pero habíamos dejado de creerle. Secretamente me compadecía de él. Debió ser muy duro estar en sus zapatos. Cargar con la responsabilidad de tantas almas, sin más recurso que influir esperanza, todas las mañanas en el parte de las nueve. Del otro lado, la artillería paraguaya continuaba haciendo su perseverante labor, causando estragos en el fortín.

Para empeorar la situación, empezaron a circular rumores que el capitán Ustáriz y sus hombres habían caído en combate. Me resistí a creerlo. Pero a la mañana siguiente el coronel lo confirmó. Finalmente, y gracias a una gran operación logística, los paraguayos habían logrado acorralar al movedizo capitán. Murió en su ley, luchando hasta el último aliento. Fue un duro golpe para nuestra moral. El capitán Ustáriz y su grupo, se constituían en un invaluable baluarte de nuestra defensa. Solo nos quedaba mantener posiciones y esperar al enemigo que, por el movimiento de camiones, al parecer cada día se tornaba más numeroso.

Los paraguayos debieron sacar las mismas conclusiones, porque esa misma noche un aluvión de fuego baño nuestras trincheras. El aullido del enemigo; el repicar de ametralladoras y la explosión de granadas de mortero nos atormentaron hasta el amanecer. La luz del nuevo día me hizo percatar que había recibido una herida en la pierna derecha. Me enviaron a la sala con paredes de adobe y techo de paja, que servía como refugio para los heridos. Ahí nos curábamos entre nosotros, ya que no contábamos con ningún doctor vivo y por demás está decir que tampoco había medicamentos. Un sargento con el cráneo vendado logró sacarme la bala, no sin antes darme un poco de coca, como milenario paliativo para soportar la rústica cirugía con cuchillo candente.

Esos días de convalecencia, la pase despiojando a mis camaradas, en medio del retumbar de bombas y un polvoriento halo de carne corrompida. A veces semejábamos un grupo de simios, quitándonos unos a otros los minúsculos piojos, que se tornaban insoportables. Hacía semanas que nuestros cuerpos no conocían el agua, facilitando la infección de nuestras heridas. Al segundo día ya no pude levantarme, mi pierna estaba

devastada, tuve fiebre toda la noche y me la pasé delirando e invocando a mi madre. Al día siguiente solo comimos yerbas. Entonces tuve la demoledora convicción que la falta de agua y alimento terminaría con nosotros antes que las balas pilas. ¿Dónde estaban los refuerzos? Fernando Gutiérrez vino a buscarme al atardecer, se puso a llorar al verme, lo cual me preocupó aún más. Le pedí que me sacara de aquel miserable lugar, porque prefería estar en las trincheras, donde por lo menos tendría la oportunidad de morir rápidamente. Protestando, mi viejo amigo cumplió mi deseo.

En las trincheras, me sentí extrañamente más reconfortado. Dormí plácidamente por espacio de unas horas. Soñé que mi madre trataba de remediar mi fiebre, colocándome paños de agua fría en la frente. Una patada de Gutiérrez y los gritos de júbilo de mis camaradas me despertaron bruscamente. ¡Estaba lloviendo! ¡Era un milagro! Empezamos a recolectar agua en nuestros platos y caramañolas. Estábamos felices. Pero los gritos de los oficiales nos sacudieron de nuestro letargo.

Algo turbado y ajeno a cualquier sentimiento de algarabía, el teniente Aranibar apareció en nuestra trinchera, para ordenarnos que estuviésemos atentos, pues se preveía un inminente ataque pila. No estaba equivocado. El ronroneo lejano de los camiones enemigos nos anunciaba el reforzamiento, de las ya de por sí, multitudinarias tropas guaraníes.

Continuó lloviendo hasta entrada la noche. Lo que primero vimos como una bendición del cielo, ahora comenzaba a alarmarnos. La copiosa lluvia estaba inundando rápidamente nuestros parapetos. Tres horas después, el agua en las trincheras

ya nos llegaba a la cintura. Entonces sucedió lo que temíamos. En el lado opuesto de nuestras posiciones, comenzó a retumbar la música de banda paraguaya. Los pilas estaban de fiesta, y seguramente la caña paraguaya[5] empezaba a correr entre los soldados. Horas después, se escuchaban los predecibles gritos e insultos. Uno de ellos hasta se animó a cantar nuestro himno para luego empezar a reír como poseído. Estaban haciendo beber a la tropa, lo cual predecía un ataque inminente. Los hombres le temen menos a la muerte cuando esta viene acompañada del adormecedor efecto del alcohol.

Al borde de la medianoche, la lluvia se había convertido en un torrencial aguacero, que empeoró, cuando pequeñas esferas de hielo emprendieron una feroz caída desde el cielo. Fue entonces que la estrepitosa lluvia de granizo, se confundió con el estallido de las granadas de mortero Stokes. Los pilas aprovechaban la granizada para atacarnos por sorpresa. El suelo chaqueño fue iluminado por las explosiones de múltiples bombas y el destello de las bocas de cañón, de fúsiles y ametralladoras, alumbrando el inmenso pajonal. La noche se convirtió en día, permitiéndonos observar como una inmensa ola de soldados guaraníes, corrían hacían nosotros gritando como poseídos: *¡Añanembui... Añaracopeguaré...! ¡Bolis... Viva el Paraguay!*

Convertidos ya en jóvenes veteranos, la mayoría de nosotros esperaba hasta el último momento para disparar, evitando así, el desperdicio de la valiosa munición. Cuando el enemigo ya estaba casi encima de nosotros, nuestras ametralladoras desgranaron su aliento de muerte. Los cuerpos de los primeros soldados paraguayos se desplomaron y el sonido de las bocas

[5] Bebida alcohólica, típica del Paraguay.

de fuego de nuestros fusiles, se confundía con los alaridos de muerte guaraní. Pero el enemigo era inmenso. Mientras la primera línea era abatida, una segunda línea la reemplazaba con un enemigo que se multiplicaba por doquier.

Nuestros fusiles Máuser comenzaron a recalentarse, y algunos ya estropeados por la lluvia, simplemente no disparaban. Vi a Fernando a mi lado, mirándome con los ojos desorbitados por la desesperación, tratando de cargar nuevamente su inútil fusil. La primera oleada había terminado con bajas terribles entre los pilas. Pero la segunda oleada se encontraba peligrosamente presta al siguiente asalto y nuestras municiones ya eran exiguas. Mientras tanto el maldito granizo continuaba flagelando nuestros cuerpos. El penetrante frio hacia tiritar nuestros cuerpos, sumergidos en el lodazal de las trincheras. Algunos empezamos a rezar, mientras otros bajo el influjo del pánico, solo proferían maldiciones y lloraban augurando la llegada de la muerte.

Fue entonces que Aranibar apareció con un pequeño grupo de diez y empezó a gritar que calemos bayonetas. Una nueva incursión paraguaya se nos venía encima, y el retumbar de los relámpagos que acompañaban el persistente granizo, se confundía con el estallido de los cañones de artillería. Entonces alguien gritó: ¡Viva Bolivia! y un nuevo relámpago iluminó a nuestros enemigos, antes de producirse el descomunal choque de fuerzas. Logré clavar mi primera estocada en el cuello de un enemigo, a la vez que escuchaba confundido voces de mando, gritos y maldiciones. Eran diez veces más que nosotros, pero no nos importó. Nosotros estábamos famélicos, pero nos defendíamos como perros heridos dispuestos a morir. Ya nada

nos importaba. A mi derecha todavía se mantenía Fernando, salpicado de sangre y gritando enloquecidas blasfemias, mientras utilizaba la culata de su fusil como garrote, aplastando cabezas por doquier. Era una imagen satánica y demoledora, pero en ese momento también inspiradora. Emulando el grito de mi compañero me lancé a su lado, y utilizando mi bayoneta como cuchillo me lancé hacia la yugular de un guaraní. Los horrores vividos en esa última batalla todavía me acompañan en mis noches de insomnio y pesadilla hasta el día de hoy. Combatimos toda la noche. Pero ni el feroz ataque de los temibles pilas, ni la perversa granizada impidieron que cedamos nuestras posiciones. Boquerón todavía era boliviano. El amanecer nos sorprendió luchando, hasta que extenuados nos detuvimos. El enemigo abandonaba el campo de batalla. Devastado, me arrodillé y comencé a beber desesperadamente de un charco de agua contaminada con sangre. Pero no me importó, habíamos asistido y sobrevivido a una noche demoniaca y nosotros como nuevos habitantes de este infierno, habíamos rendido culto a la muerte derramando sangre.

Entonces mi mente volvió a la realidad. Mirando a mí alrededor, busqué a Fernando. El pajonal estaba cubierto de una infinidad de cadáveres pilas; los nuestros yacían en menor cantidad al borde de las trincheras. Nos habíamos batido eficazmente. Empecé a buscar a mi amigo con desesperación. Finalmente lo encontré, yacía muerto a unos diez metros de mi posición. Un descomunal machetazo le había abierto el abdomen de par en par y un tajo horrible le marcaba el lado izquierdo de la cara. Traté de acomodarle las entrañas que, aún humeantes, se le escapaban del cuerpo. Pero mis intentos fueron vanos. Continúe intentándolo mientras le hablaba y le

decia que todo iba a estar bien. Pero los inmensos ojos de Fernando Gutiérrez, solo me miraban ahora con una compasión infinita. Sollozando como un niño, me arrodillé al lado de su cabeza y le cerré los ojos, manteniéndome impávido a su lado, mientras una leve llovizna se despedía del campo de batalla. Tomé de su cuello el escapulario de plata que, yo sabía, guardaba la foto de su madre y un mechón de cabello de la novia oriental. Entonces escuché el ya familiar silbido de los proyectiles, pero no quise abandonar a Fernando. Solo me quede allí, llorando y acariciándole la cabeza. En ese momento alguien me tomó del cuello y comenzó a arrastrarme. Era Aranibar. Maldiciendo me lanzó al fondo de una trinchera, mientras disparaba su revólver con la otra mano. No era la primera vez que aquel áspero oficial me salvaba la vida.

El resto del día lo pasamos escuchando el lejano ronronear de nuestros aviones. Nos dieron un respiro bombardeando las posiciones pilas, pero desgraciadamente ya nuestra situación era insostenible. Solo éramos unos famélicos espectros, con las armas estropeadas y la munición casi inexistente. El agua se encontraba contaminada, inundando las posiciones. Sabíamos que las provisiones, munición y los anunciados refuerzos no llegarían jamás.

Entonces Marzana llamó a sus oficiales y tomó el único camino que evitaría la matanza de los contados sobrevivientes que aún quedábamos en pie. A las seis de la mañana de ese oscuro y triste 29 de septiembre de 1932 envió a dos oficiales con banderas blancas para negociar las condiciones de rendición. El enemigo creyendo que detrás de las trincheras del fortín se encontraba un gran contingente armado, aceptó de inmediato las condiciones solicitadas, tal vez sin tomar en cuenta el estado famélico y andrajoso de los emisarios bolivianos.

***

Ese es mi testimonio de Boquerón — me dijo Antezana, retornando al presente, con los ojos cristalizados y una melancólica sonrisa — Espero te sirva de algo y le muestres a la gente la prueba de coraje, locura y sacrificio que tuvimos que sortear en esa época de sangre.

Impetuoso y emocionado no pude evitar preguntar:

— ¿Qué pasó después con los sobrevivientes?

— Fuimos conducidos en calidad de prisioneros de guerra hasta Asunción, donde muchos de los nuestros fueron asesinados. Los que sobrevivimos sufrimos infinidad de maltratos y vejámenes antes de volver a Bolivia. La mayoría servimos como obreros gratuitos para construir las actuales calles de la capital paraguaya.

Cuando en 1936, un año después de terminada la guerra, nos dijeron que podíamos volver a nuestro país, muchos decidimos quedarnos en Paraguay. La guerra había diezmado notablemente la población masculina guaraní y a varios de nosotros no nos costó mucho encontrar esposas.

Algunos se quedaron definitivamente y formaron nuevos hogares. Yo retorné a Bolivia con mi esposa paraguaya. Lo primero que hice, después de instalarme con mi familia aquí en La Paz, fue viajar a Santa Cruz en busca de la familia de Fernando. Pero vanos fueron mis esfuerzos por buscar a la madre y a la novia, para entregarles el escapulario de mi difunto amigo. Nadie pudo ayudarme y al final de dos semanas de infructuosa búsqueda desistí de mi empresa.

Volví apesadumbrado. Por mucho tiempo coloqué avisos en los periódicos, para poder ubicar a sus familiares, pero el silencio y el transcurrir de los años terminaron por doblegarme.

— ¿Pero no le quitaron el escapulario los paraguayos? — pregunté sorprendido.

— Por supuesto que no — me contestó sonriente — antes que nos rindiéramos, me tragué el escapulario y lo mantuve en mi estómago hasta nuestra llegada a Asunción. Allá, como te dije, soportamos muchas torturas e interrogatorios, pero siempre que me tocaban una de esas sesiones de amasijamiento, daba a alguno de mis camaradas el escapulario, para que lo ocultaran o se lo tragaran. Claro que lo segundo, solo lo solicitaba a aquellos que realmente consideraba amigos de confianza. Creo que tres de mis camaradas y yo, nos tragamos el escapulario más de una veintena de veces, en los casi cuatro años que estuvimos cautivos.

Entonces, con un gesto de complicidad, se aflojo el nudo de la corbata y procedió a desabrocharse la camisa. Al rato pude ver emerger de su pecho, un antiquísimo y reluciente escapulario de plata. Era, sin lugar a dudas, la medalla más apreciada por aquel viejo defensor de Boquerón.

3

PABÓN

"Zarpé tan resuelto a cumplir la comisión o morir, que no llevé pan, agua, ni siquiera una pistola"

Rafael Pabón

Las cuatro antiaéreas Madsen escupieron sus mortíferos proyectiles, tratando de alcanzar al caza Vickers que, como un meteorito, se precipitaba inexorable hacia el fortín paraguayo. Las descargas rasparon la cola del avión e impactaron en ambas alas, desestabilizando el aparato. En las trincheras los soldados guaraníes festejaban enloquecidos la buena puntería de sus camaradas. Lanzando los sombreros al aire, más de uno se aventuró a salir de sus parapetos, para apreciar la inminente caida del avión enemigo.

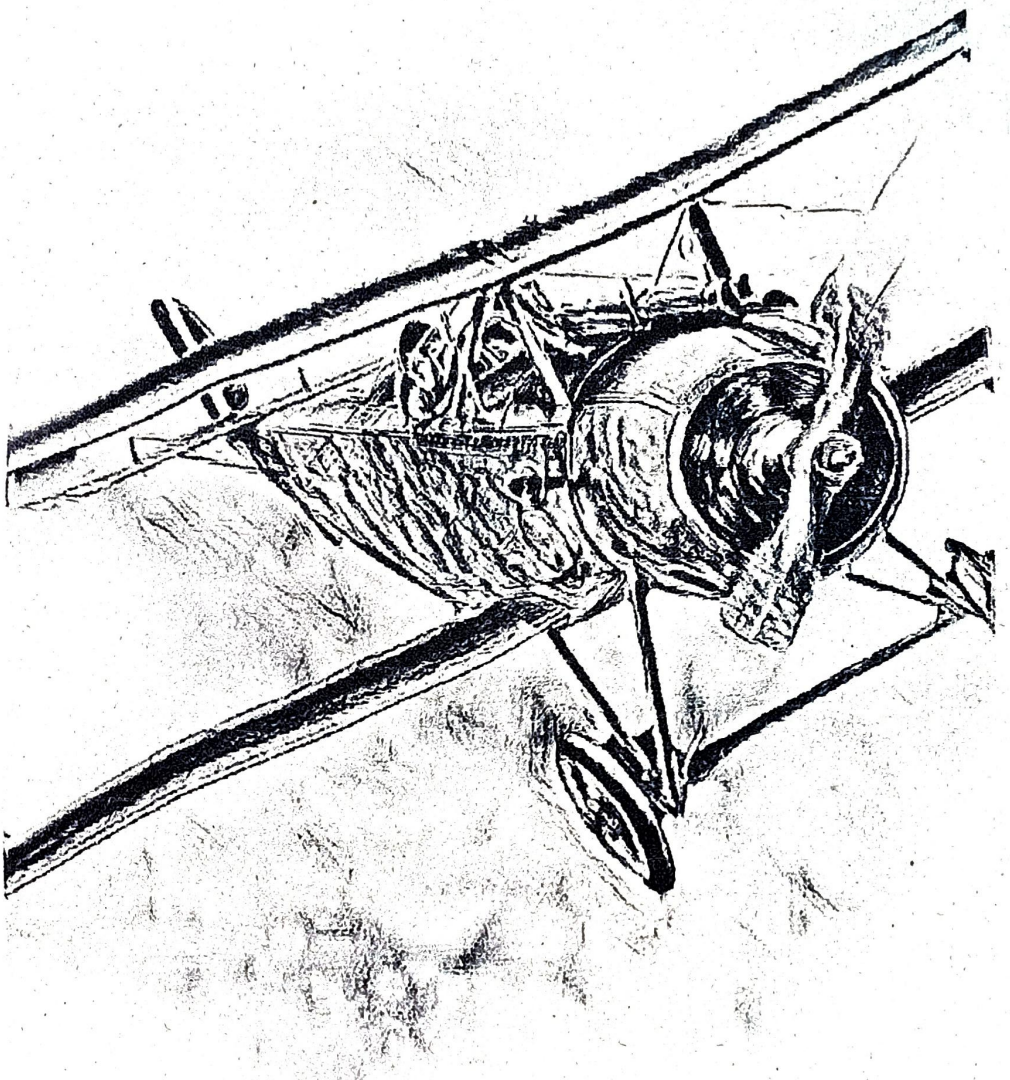
Pero el monoplaza boliviano no cayó. Haciendo una maniobra de tonel, el aeroplano logró estabilizarse, para luego dirigirse directamente hacia el nido de ametralladoras paraguayas que, atónitas, efectuaban ráfagas desesperadas para frenar la colisión con el bólido. La alarmante cercanía del avión

enemigo, logró que el pánico se apoderase del grupo que manipulaba las Madsen. Los soldados pilas comenzaron a correr en distintas direcciones, pero el estruendo de fuego del Vickers Scout los freno en seco, destrozando el nido antiaéreo y a todo ser viviente a su alrededor.

Los ocupantes de Fortín Bogado se estremecieron al ver que el terrorífico avión recuperaba altura, para luego, con una maniobra digna de un acróbata, disponerse nuevamente a embestir. Los oficiales vociferaban órdenes, a la vez que todos los fusiles hacían blanco en la rutilante ave metálica que, como prodigioso animal mitológico, se abalanzaba otra vez con ansia de muerte. Los nervios y las desquiciantes maniobras del piloto boliviano hicieron que muchos disparos se adelantaran a las órdenes superiores, logrando descargas difusas. El ruido del motor, unido al ladrido de las ametralladoras 7.7 mm del Vickers, sembraron el pánico en las trincheras guaraníes. Alaridos y vociferación de órdenes se entremezclaban, mientras que, en el horizonte del pajonal chaqueño, hacía su aparición un mar de infantes bolivianos. Al grito de ¡Viva Bolivia! la oleada se abalanzaba a rematar al enemigo.

Cinco horas después, el piloto volvía al escenario devastado, a bordo de un destartalado camión Ford. De inmediato fue a ponerse al mando del general Lanza, que ya había tomado el mando del fortín ocupado.

— Muy buen trabajo capitán — dijo Lanza, dirigiéndose al piloto que vestía un pesado abrigo negro de cuero. — Usted acaba de ahorrarnos una gran cantidad de bajas y nos ha facilitado en gran manera la toma del fortín.



Rafael Pabón asintió con la cabeza. Luego de dar un informe detallado sobre el reconocimiento aéreo realizado a las posiciones enemigas, se despidió del oficial superior, para recorrer el lugar. Alejándose de la tropa, que aún festejaba el triunfal asalto, comenzó a deambular por las trincheras y fortificaciones destruidas.

Los cadáveres despedazados, cubiertos por sangre y tierra amarillenta lo hicieron asquear. Diez metros más adelante, descubrió un inmenso cráter con decenas de cuerpos desmembrados a su alrededor, testimonio inequívoco de las bombas lanzadas desde su aeroplano. Abrumado y sintiendo una creciente debilidad en las piernas, logró sentarse sobre los restos del que debió ser un inmenso *toborochi*.[6] Se preguntó qué pensaría la pequeña Sally de su padre. ¿Qué pensaría aquella dulce niña, si pudiera ver aquella terrorífica matanza que él había propiciado? Fijó la mirada en un punto eterno, meditando sobre si había justicia y honor en esa guerra que le había tocado vivir. Sin darse cuenta, sus labios comenzaron una plegaria, invocando a ese Dios invisible al que pedía cada mañana le acompañase al levantar vuelo; iniciando esas inciertas jornadas en cielo chaqueño.

El grito lejano del estafeta de Comando lo despabiló.

— Mi capitán, lo requiere mi general. Creo que se trata de una urgente misión de reconocimiento.

Otra misión. A veces debía volar dos o tres veces en un mismo día. Hacía dos años que esa rutina se había convertido en un constante devenir. Levantarse todos los días para revisar el

---

[6] Árbol propio de la región sudamericana, que alcanza de 10 a 20 metros de altura. También es llamado: Palo Borracho y Árbol Botella.

intrincado mecanismo del aeroplano y poner a punto las armas. Escribir cartas a su esposa y a su pequeña hija. Rezar y encomendarse al Creador antes de despegar a otra misión que siempre temía fuese la última. Después, todo era cuestión de apiicar su destreza en derribar aviones adversarios. Ametraiiar y lanzar bombas, buscando devastar a toda costa al enemigo terrestre. Y por supuesto tratar de no morir en el intento.

La aguda voz del estafeta lo espoleó nuevamente hacia el presente. Se levantó, dio otra ojeada al escenario de infierno y suspirando se encaminó hacia el soldado.

— Vamos — le dijo.

4

BERNARDINO BILBAO

"Toda situación difícil, arriesgada y decisiva tuvo en el Coronel Bilbao la cabeza y el corazón capaces de sacrificio y de todo el esfuerzo en sentido de salvar el honor nacional y la integridad de la Patria: donde colocó su espada, el enemigo no pudo avanzar."

Aquiles Vergara Vicuña

Bernardino Bilbao Rioja nació en un pequeño valle al norte de Potosí, llamado Arampampa. Desde muy joven destacó por su disciplina de carácter y singular inteligencia, cualidades que lo llevaron a destacarse como uno de los alumnos más brillantes en el Colegio Militar de La Paz. Esta alta casa de estudios reconoció inmediatamente la capacidad del joven potosino, enviándolo becado a Chile, donde Bernardino no solo egresó con honores y con el grado de subteniente de Artillería, sino que un año después, en 1919, también recibiría el brevet de piloto, en la Escuela Militar de Aeronáutica del Bosque. Logro importantísimo para un oficial boliviano en Chile, ya que, en esa época, este país se jactaba de poseer las escuelas castrenses más exigentes y competitivas de Sudamérica.

Siendo uno de los primeros pilotos aviadores nacionales, a su retorno a Bolivia participó activamente en el desarrollo de la Escuela Militar de Aviación, desempeñándose como instructor y asesorando la compra de aviones y material bélico. El gobierno boliviano decidió entonces enviarlo a Londres, donde fue admitido en la Real Fuerza Aérea Británica. Su meteórica carrera militar seria coronada en 1931, al ser nombrado nuevo Director de la Escuela Militar de Aviación de El Alto. Bernardino Bilbao era para entonces Teniente Coronel y uno de los estrategas militares mejor preparados y cualificados, con los que contaba el ejército nacional.

Cuando estalló la Guerra del Chaco, fue llamado para fungir como Inspector General del Cuerpo Aéreo Boliviano, cuyos integrantes fueron trasladados a la localidad de Villamontes, en el norte del Chaco Boreal, enviando una fuerte avanzada aérea a los adelantados fortines de Muñoz y Ballivián.

Bilbao Rioja no solo estaba consciente del poderío de la aviación nacional, ya que Bolivia en ese momento se constituía en una de las fuerzas aéreas mejor equipadas y preparadas del cono sur, sino que contaba además con los mejores pilotos del país (Pabón, Jordán, Cueiiar, Ernst y Santalla entre los principales). Este selecto conjunto de aviadores, había sido formado con años de anticipación en técnicas de combate aéreo, por pilotos especialistas extranjeros, veteranos de la Primera Guerra Mundial.

Apenas llegó al teatro de operaciones, sobrevoló la sangrienta defensa de Boquerón. Estudiando demandas y falencias en el teatro de operaciones, Bilbao notó inmediatamente la incapacidad del Comando del Primer Cuerpo del Ejército (I.C.E.) para aprovechar el potencial aéreo que tenía bajo sus

órdenes. Concluyó, que tanto personal como maquinaria aérea, habían sido inútilmente utilizadas en misiones aisladas y absurdas.

Consciente de aquella fortaleza, y seguro de su habilidad estratégica, Bilbao se presentó el 27 de septiembre de 1932, ante el consejo de siete generales que se había reunido en Muñoz, con el propósito de encontrar una salida a la insostenible situación de Fortín Boquerón. El general Carlos Quintanilla, (cuya incapacidad para la toma de decisiones en aquella primera etapa de la guerra, se constituía en uno de los principales factores para la convocatoria a la eventual reunión de emergencia) presidia el cónclave en su calidad de Comandante del I.C.E. Cuando le tocó a Bilbao exponer el informe sobre la situación en la que se hallaba en ese momento la fuerza aérea de combate nacional; este procedió con total franqueza a exponer las falencias, proponiendo a Quintanilla la inmediata puesta en marcha de acciones que darían mayor utilidad al uso del arma aérea.

— Desde Muñoz y Ballivián, fácilmente podemos bombardear Puerto Casado, que usted sabe, es el principal puerto enemigo en el río Paraguay, donde todas las tropas y material bélico son transbordados de los barcos fluviales al ferrocarril, y por donde llegan los principales contingentes a reforzar las fuerzas guaraníes. — Le dijo Bilbao Rioja a Quintanilla, a la vez que le señalaba los puntos estratégicos en el mapa del Comando boliviano.

— No creo que nuestro ejército esté preparado aún, para semejante operación. La guerra apenas inicia y debemos

medir el poder enemigo, antes de lanzarnos a una ofensiva de esa magnitud. — Le contestó Quintanilla, mirando al subordinado con actitud inquisidora.

— El ejército tal vez no, pero nuestro cuerpo aéreo si lo está. — contestó Bilbao, mirando de frente al general — Yo le aseguro mi general, que nuestros pilotos están lo suficientemente cualificados para realizar esta operación y poseemos el poderío militar aéreo, que debemos saber aprovechar ahora.

Al observar el interés con el que algunos generales y oficiales seguían su exposición, Bilbao prosiguió entusiasmado, haciendo caso omiso a la actitud despectiva de Quintanilla.

— Debemos concentrarnos en el bombardeo regular sobre los convoyes de camiones y en la destrucción sistemática de las líneas de ferrocarril. Además, mi general, es absolutamente necesario atacar la moral del enemigo, realizando bombardeos urbanos que minarían considerablemente la moral del enemigo, obligándolo así, a buscar remedios pacíficos al conflicto.

Quintanilla observó detenidamente a Bilbao y el fulgor apasionado en los ojos del Teniente Coronel, le hicieron creer que se encontraba ante un oficial ansioso de gloria, o tal vez, ante un demente. Era muy conocida la baja estima en la que tenía el general al recién creado Cuerpo Aéreo, liderado por Bilbao. Finalmente, y para librarse de aquella incómoda situación, Quintanilla aseguró que tomaría en cuenta su propuesta en un futuro, pero que en ese momento la misma no era viable.

Bilbao, educado en el arte militar en Inglaterra y Chile, no pudo concebir que su superior no considerara aquellas propuestas; ya que se enfrentaban a una nación que había gritado al mundo

que declaraba una *guerra total* a Bolivia. En su opinión; las fuerzas armadas bolivianas no debían dar ventajas inútiles, a un país que estaba notoriamente más preparado para afrontar un largo periodo de guerra y cuya ventaja logística en distancia y conocimiento del terreno era evidente, en comparación a la boliviana.

Ya eufórico, Bilbao insistió vehemente, en la ejecución de aquellas operaciones aéreas que darían una clara ventaja a Bolivia en la guerra. Pero Quintanilla ya había sobrepasado el estado de incomodidad. Increpó duramente al oficial subordinado, perdiendo la calma y comenzando a gritar improperios. Ante la desmedida actitud prepotente e irreflexiva de su superior, Bilbao también elevó la voz, tratando de hacer entrar en razón a un ya obnubilado Quintanilla.

— ¡Mi general su actitud es irreflexiva! — gritó Bilbao — ¡Podemos evitar muchas bajas en nuestro ejército! ¡Haciendo uso de nuestra fuerza aérea, podemos realizar constantes ataques a isla Poí, que es el corazón del cuartel general paraguayo! ¡Mi general debemos bombardear Asunción y Puerto Casado lo más antes posible, y mientras todavía poseamos la ventaja aérea!

Uno de los generales trató de apaciguar la discusión recordándole al vehemente oficial, la subordinación a la que estaba sometido. Pero la línea había sido cruzada. Mientras Quintanilla y Bilbao vociferaban improperios y acusaciones, los oficiales de alto rango presentes se habían convertido en absortos observadores del vergonzoso espectáculo. Fue entonces que un obscurecido Quintanilla llevó decidido la mano hacia la funda de su pistola, decidido a poner fin a la

discusión. Pero el frio cañón del revólver de Bilbao, apoyado en su frente, lo clavó en su sitio, congelándolo en una fracción de segundo, dejando atónitos a todos los presentes.

Bilbao Rioja, con la cabeza inclinada y los ojos enturbiados por la cólera, solamente parecía esperar una orden, para destrozar el cráneo del prepotente general, que permanecía petrificado. Fue el general Ismael Montes, ex presidente de la nación y excombatiente de dos guerras internacionales, quien apaciguo al temerario oficial, logrando que este bajara la pistola, recuperando la serenidad en el ofuscado concilio.

Días después, Bilbao era removido de su cargo y enviado a dirigir operaciones terrestres. Quintanilla seria destituido como jefe de comando, tras su reprochable responsabilidad en la caída de Boquerón.[7] Con el transcurso de la guerra; las victorias bolivianas de Cañada Strongest, Kilometro 7 y la Retoma de Alihuatá confirmaron la capacidad innata de estratega que poseía Bilbao Rioja, ganándose el respeto y la admiración de ambos ejércitos en contienda. Sin embargo; la batalla que terminaría de asentar la celebridad de Bernardino Bilbao Rioja, sería la admirable defensa de Villamontes, donde el ejército

---

[7] A pesar de estos hechos y en un desquiciado y contraproducente giro de acontecimientos, Quintanilla fungiría como presidente de la República en 1939, tras la obscura muerte del presidente Germán Busch. En un vergonzoso episodio de la historia boliviana, el general Quintanilla decidiría liberarse de la amenazante figura del ya Comandante en Jefe del Ejército: Bernardino Bilbao Rioja, quien se perfilaba como indiscutible candidato presidencial. Citado a Palacio de Gobierno por Quintanilla, Bilbao seria interceptado por una veintena de atacantes, entre militares y policías, que eran parte de la "guardia de honor" de Quintanilla. A la sombra de un pasillo, en plena Casa de Gobierno, y armados de pistolas, laques y manoplas, los atacantes le propinarían una feroz golpiza, produciéndole múltiples fracturas y logrando que su víctima perdiera la conciencia. Esa misma noche Bilbao Rioja seria atado y deportado a Chile, acusado de ser conspirador y enemigo peligroso para el Estado, ya que había "atentado contra la paz pública".

boliviano, al mando del comandante potosino, ejecutaría una de las operaciones tácticas de defensa más memorables de la historia armada americana.[8]

La calculada capacidad organizativa y el don de infundir aliento a la tropa, serían decisivos para el triunfo del ejército boliviano en esta batalla, que puso punto final al persistente avance paraguayo, haciéndolo retroceder más de 100 kilómetros. Esta victoria, evitaría la inminente desmembración de buena parte del actual territorio nacional (algunos habitantes de Sucre, Tarija y Santa Cruz habían abandonado las ciudades, viendo aterrorizados como el ejército paraguayo golpeaba las puertas de Villamontes) en la última fase de la guerra.

En 1934, casi un año antes de finalizar la guerra, el general Enrique Peñaranda fungía como Comandante en Jefe del Ejército boliviano. En este periodo, cuatro aviones bombarderos norteamericanos: Curtiss Cóndor, con una capacidad de transporte de bombas de hasta una tonelada, trataron de ser adquiridos secretamente por el gobierno boliviano, como un recurso desesperado, ante el catastrófico resultado de la guerra. Pero los cuatro bombarderos fueron embargados, cuando ya se encontraban en tránsito por el Perú, a petición de la Liga de las Naciones y EEUU que, como países neutrales, evitaron que las naves llegaran al país. Los cuatro aviones estaban claramente destinados a realizar una tarea de bombardeo masivo.

---

[8] Gracias a esta victoria, muchos historiadores lo compararían con el General francés: Henry Phillipe Pétain, ya que Bilbao, gran estudioso de las tácticas bélicas europeas, desplegó en la Defensa de Villamontes, una estrategia similar a la utilizada por Pétain en la Batalla de Verdún, durante la Primera Guerra Mundial.

Tal vez en la última fase de la guerra, cuando Bolivia llevaba ya las de perder, el comando boliviano recién tomó en cuenta las apasionadas propuestas de ataque del oficial potosino. Empecinado en aprovechar la portentosa fuerza aérea boliviana, para bombardear Asunción y otros puntos estratégicos, de aquel país, que había declarado *la guerra total* a Bolivia. Pudiendo tal vez, precipitar así la victoria boliviana al inicio de la guerra.[9]

[9] Después de finalizada la guerra, concretamente el 10 de noviembre de 1938, el gobierno del presidente Germán Busch, homenajeo a Bilbao, creando la provincia potosina Bernardino Bilbao Rioja, cuya capital: Arampampa, es la cuna del gran estratega potosino.

5

LAS DOS MUERTES DE ROSENDO PÉREZ

Cuando se castiga a un inocente nace un malvado.
Víctor Hugo.

El golpe seco de la descarga de fusilería abrió cinco grietas en la humanidad de Rosendo Pérez. Del infortunado torso, empezaron a aflorar ligeramente cinco rosas de sangre. Los cinco soldados que habían realizado los disparos se quedaron estupefactos, al ver como su camarada, a pesar de los impactos recibidos, continuaba de pie, mirándolos con ojos atónitos. Uno de los verdugos no pudo evitar levantar una mano, y con los ojos saturados de lágrimas alcanzó a hacerle una peculiar señal de adiós. El soldado Pérez alcanzó a retribuir la señal, al mismo tiempo que caía de bruces sobre el inclemente suelo chaqueño. El coronel Martínez se acercó al marchito cuerpo y agachándose le cerró los ojos, que aún mantenían una desconcertada mirada.

— Descansa en paz muchacho — le dijo mientras le tocaba la frente. — Y que Dios me perdone.

Rosendo Pérez tenía quince años cuando se presentó ante la mesa de reclutamiento en la Plaza 10 de noviembre, en su natal Potosí. "¡Vaya a terminar de mamar!", le había gritado un teniente, echándolo de la fila de reclutamiento. Pero Rosendo Pérez insistió y en el segundo ensayo logró que un oficial de mala gana lo aceptase.

Después de una penosa travesía en tren, él y muchos reclutas fueron embarcados a bordo de vetustos camiones, para emprender un enloquecido viaje con destino a la primera línea de guerra. En la fallida toma de Fortín Falcón, el temblor de sus manos le impidió realizar un solo tiro, se orinó en los pantalones y estuvo a punto de desertar. Pero el suceso también lo llevaría a conocer a Froilán Tejada, un camarada orureño con quien compartiría las vicisitudes de la guerra. Froilán se convertiría en el amigo que nunca había tenido. Él se encargaría de revelarle los principios básicos para sobrevivir en aquel infierno.

— ¡Mi coronel era el Rosendo!, ¡le juro que era él! — gimoteaba el centinela Orozco, con las manos temblorosas y un hilo de sangre bañándole los labios.

Martínez no daba crédito a lo que escuchaba. Era el segundo centinela que manifestaba haber visto al finado Rosendo Pérez. No tuvo más remedio que creer en sus soldados. Ordenó que de ahora en adelante y a pesar del ya mermado número de efectivos con el que contaba su unidad, los centinelas irían en *yuntas*.[10]

Pero a pesar de esta precaución, las apariciones de Pérez no cesaron y los soldados del regimiento Junín comenzaron a vivir dos infiernos. De día debían enfrentar a los aullantes soldados pilas y por las noches debían lidiar con las constantes

[10] Dupla, pareja, dúo.

apariciones de Rosendo Pérez, que continuaba aterrando a los centinelas de su regimiento.

El día que le ordenaron a Froilán Tejada presentarse a la guardia nocturna, le temblaron las piernas y un sentimiento de asfixia le inundó el pecho. Adujo estar enfermo, pero un carajazo del oficial superior le recordó que estaba en la guerra, donde no había excusas para cumplir con el deber.

Por la noche, en el oscuro y silencioso pajonal, luchó persistentemente para que su compañero de guardia no cediera ante el embrujo del sueño. Sin embargo, a las tres de la mañana, el somnoliento acompañante había sido inevitablemente sometido por el cansancio. Entonces el silencio de la tétrica noche chaqueña se apoderó de la mente torturada de Froilán Tejada, que no pudo evitar desenterrar a Rosendo Pérez.

Desde su llegada al regimiento, Rosendo se había convertido en su mejor asistente. El muchacho potosino se mostraba siempre servicial a cuanto le ordenara Tejada. Solamente dudó cuando Froilán le pidió que lo acompañase, una noche, a robar las pertenencias de los soldados caídos en combate el día anterior.

— Pero esta noche me toca guardia — se justificó Rosendo.

— ¡Por eso mismo! Vamos a salir por tu puesto y nadie nos va a denunciar ¡Porque tú eres el centinela! — le reprendió Tejada.

Esa noche, tal como lo predijera Tejada, las tinieblas contribuyeron a la fructífera labor de los dos ladrones. Habían conseguido acumular un valioso botín, compuesto de tres latas de conservas, una caramañola con media ración de agua y dos dientes de oro extraídos brutalmente a un soldado paraguayo.

Pero la noche también sería productiva para los comandos pilas, ya que el campamento del regimiento Junín amaneció con un capitán y cinco soldados apuñalados. Los brutales asesinos habían logrado llevarse valiosa información documental, resguardada por el infortunado oficial. Colérico ante la calamidad, Martínez interrogó uno por uno a los cinco centinelas de guardia. Rosendo Pérez no había aprendido nunca a mentir y el sentimiento de culpabilidad le ayudó a confesar su crimen.

Por haber abandonado su puesto y provocar la muerte de seis camaradas, Martínez determinó la pena de muerte para el soldado, *ipso facto*. El coronel además ordenaba a Pérez entregar todo el producto de su latrocinio y confesar los nombres de sus cómplices. Rosendo estuvo más que dispuesto a entregar los bienes mal habidos, que ahora le quemaban el alma. Pero cuando fue a buscarlos, al lugar donde los había escondido con su secuaz, no los encontró.

A pesar de esto, se mantuvo templado, y no delató a Tejada, que conservaba un inmutable silencio. Pero Rosendo Pérez se quedaría atónito, al ver a su cómplice formando parte del pelotón de fusilamiento que lo iba a matar. Esperó hasta el último momento una acción suplicante o salvadora de parte del amigo, que estaba seguro, haría algo para ampararlo.

No le dolió el ser acusado de ladrón y traidor; ni siquiera le dolieron los proyectiles que destrozaron su pecho. Le dolieron más aquellas lágrimas de cobardía que brotaban de los ojos de Froilán Tejada, cuando le hizo la señal de adiós, después de disparar uno de los cinco proyectiles que estaban acabando con su vida. No percibió la muerte ni siquiera cuando el coronel Martínez le cerró los ojos en un gesto final de misericordia.

Luego de la obscuridad, se descubrió solo, en la profundidad de

la lóbrega noche chaqueña. A partir de entonces se encontraba triste, confuso y desesperado, intentando comunicarse con aquellos esquivos camaradas que lo habían juzgado con odio y que ahora, al verlo, solo huían despavoridos.

Froilán Tejada despertó sobresaltado a las 3:30 de la madrugada. Buscó inmediatamente a su compañero, pero espantado, comprobó que su camarada se había ido. De pronto escuchó como alguien se acercaba furtivamente por el flanco izquierdo. Entonces el miedo volvió sigiloso a Tejada. Temblando, amartilló lentamente su fusil y se preparó para disparar. Pero un segundo antes, logró identificar el uniforme nacional. Gritó el santo y seña y esperó respuesta.

La sombra se detuvo a unos pasos de Tejada. El silencio se apoderó de la espesura chaqueña. Presa del pánico, la voz de Tejada volvía a gritar el santo y seña; la silueta se fue aproximando dubitativa. Al situarse frente a Tejada, el desconocido se acercó y casi murmuró: "¿Froilán eres vos?". Pero Froilán Tejada no respondió. En ese momento sintió la garganta seca, áspera, como cubierta de polvo. Pálido, ahogó el desgarrador grito que luchaba por salir de su garganta; convirtiéndose apenas en un imperceptible gemido desdibujado por el gélido terror que lo invadía, paralizando y deformando sus extremidades, a la vez que sentía como un líquido viscoso comenzaba a emergerle de la nariz y se le escurría hasta la boca.

— ¿Froilán no me reconoces? — dijo el soldado que se acercaba, descubriéndose la ensangrentada blusa, para mostrar las cinco perforaciones que le cubrían el pecho.

— ¡Soy yo, el Rosendo!

6

SANGRE Y TESTAMENTOS

"No tengo otras novedades que relatar, sino la monotonía de este infierno, mi pena por los heridos ¡pobres desgraciados!"

Rafael Pabón

Se levantó de madrugada, como acostumbraba casi todos los días. Se sentó al borde del estrecho camastro, y como muchas veces le sucedía, terminó concentrando la mirada en un punto del piso. Comenzó a desmenuzar sus pensamientos, perdidos durante las horas de sueño, acumulándose nuevamente ahora, a medida que recobraba la conciencia de su realidad. El dolor en la espalda baja, le recordó la nefritis. Hizo caso omiso a la dolencia, procedió a calzarse las botas y cubrirse con el pesado abrigo de cuero negro.

Al salir, sintió con disgusto, como el aire nuevo de la mañana había sido contaminado por el hedor ya conocido de la putrefacción humana. "Acaban de llegar más heridos mi capitán, el sanatorio está repleto de ellos" le informó un soldado, al tiempo que le alcanzaba el tazón de café y los mendrugos de pan acostumbrados. A pesar de encontrarse a

más de doscientos metros del lugar, el olor era insoportable, y lo fue más, cuando Rafael se encaminó hacia su monoplaza, para revisarlo y ponerlo a punto como hacia todas las mañanas. Desde ahí pudo escuchar nítidamente los alaridos de dolor de algún miserable que sufría una atormentada amputación, ya que, en primera línea, la anestesia era un lujo casi desconocido por los hospitales de campaña que atendían a los heridos.

Logró enfocar su mente en la revisión del motor, el tren de aterrizaje, la palanca y los aparatos, hasta que quedo conforme con el resultado. Se encaminó entonces hacia el pequeño pahuichi que acogía a los pilotos. Con la inesperada agilidad de un mico, se encaramó hábilmente al enorme palo borracho que servía como torre vigía; para así escrutar los alrededores del cielo chaqueño. Todos los días, los pilotos debían cumplir religiosamente con este rito matinal. Poner a punto sus máquinas, auscultar el cielo, para luego simplemente esperar órdenes o el sorpresivo ataque enemigo.

Pero aquella mañana era distinta. Por más esfuerzo que hizo en volver a revisar el Vickers, por más atención que le puso a la conversación de sus camaradas, no pudo evitar dejar de sentir esa opresión en el pecho, al escuchar los gritos y lamentos de los heridos y moribundos. Finalmente se decidió. Le ordenó a un estafeta que lo alertara sobre cualquier novedad y se encaminó hacia los pahuichis donde se encontraban los heridos, resuelto a prestar cualquier ayuda que le permitiera alejar su pesadumbre.

Cuando ingresó a uno de los *sanatorios,* el espectáculo que presenció fue dantesco. Los camastros improvisados con varillas habían sido rebasados por los heridos, que ahora se apilaban también en el piso sucio de los pahuichis, saturando el

ambiente con el fétido olor a carne corrompida. Los desdichados que habían sido declarados muertos, yacían a pocos metros de los heridos, coronados por una obscura aureola de moscas verdes, cuyos huevos se convertían en gusanos en pocos minutos.

El único profesional que atendía a los heridos, era un demacrado doctor que no pasaba de los veinticinco años. Su delantal había sufrido una sanguinolenta transformación, semejándose más a un mandil de carnicero. Los cinco soldados que le servían de ayudantes parecían extraviados, llamando con su ignorancia, desde varios puntos al galeno. Esas manos auxiliares, no eran capaces de aplacar los lamentos de dolor que expulsaban los heridos, limitándose a cubrir las heridas con vendas remojadas en agua oxigenada, provocando aullidos en los agónicos pacientes.

En esta atmosfera de impotencia y desesperación, el único ser que parecía mantener la compostura era el padre Nicolás. El piloto observó como el diligente capellán susurraba palabras de aliento a los moribundos, mientras les daba la extremaunción y despedía sus almas torturadas. Como si se tratase de un ser ajeno a este mundo, el clérigo parecía ser inmune al ambiente de histeria en el que se encontraban las personas a su alrededor. El piloto vio sorprendido como el gentil hombre bendecía el agua y daba de beber a varios heridos, y como estos, como por arte de magia, dejaban de quejarse. A su pesar, Rafael sintió un leve sobrecogimiento, presintiendo que se encontraba ante la presencia de un ser sobrenatural. Pero el repentino llamado del padre Nicolás los despabiló. El capellán le alcanzó un cuaderno

y un lápiz, a la vez que le pedía que escribiera lo que uno de los moribundos al parecer trataba de dictar. "Capitán, usted debe ayudarle a redactar una carta, para su familia. Este muchacho no sobrevivirá mucho tiempo".

Rafael miró la herida en el vientre del herido. Notó como las vendas, ya rojas y viscosas de sangre, luchaban vanamente por frenar la desbordante hemorragia. A pesar de esto, el desfalleciente soldado indígena, se esforzaba por articular en medio del hipo que le producía la agonía, las palabras necesarias para despedirse de su madre: "Mamitay perdóname…hip…hip… el Agustín… no ey podido salvarlo…hip…hip…"

Un desgarrador alarido resonó en todo el recinto. Rafael Pabón presenció atónito, como en la cama contigua, el doctor procedía a realizar una amputación. Sus ayudantes hacían esfuerzos sobrehumanos para contener al herido que, como un animal furioso, aullaba y luchaba ferozmente por desasirse y evitar el corte total del brazo gangrenado. La carnicería se realizaba sin sedante alguno y con un cuchillo ya desgastado por el constante uso. El piloto volvió la atención al soldado indígena moribundo, percatándose que este ya había fallecido. El padre Nicolás se acercó a cerrarle los ojos, mientras recitaba una oración en latín.

Rafael se acostó en su camastro a las diez de la noche. Ese día fue testigo presencial de la muerte de diecisiete soldados, redactó tres cartas y dos testamentos, y no enviaría inmediatamente dos de aquellos documentos, porque los remitentes habían muerto antes de darle sus nombres. Observó el abrigo manchado con sangre y un presentimiento oscuro se

apoderó de su mente. Intuyó que aquel lúgubre episodio que le había tocado vivir, era un aviso premonitorio del destino que le aguardaba en las oscuras selvas de aquel territorio inhóspito.

El Chaco estaba maldecido por la sangre de incontables inocentes, condenados a quedar eternamente olvidados y sepultados en aquella tierra de nadie. Cuando su mente torturada se hundía irremediablemente en esos pensamientos de infortunio, el tableteo distante de una ametralladora antiaérea Semack le empujó a retornar su realidad.

Incorporándose, veloz e instantáneo, se enfundó nuevamente el abrigo negro, y salió presuroso rumbo a la pista de aterrizaje. Debía llegar a su avión, para contrarrestar el ataque aéreo enemigo.[11]

[11] El presente relato está dedicado a la memoria del padre Nicolás Fernández Naranjo y a los sacrificados clérigos que sirvieron, armados solamente con su fe y su vocación de servicio, en la sangrienta campaña del Chaco.

7

EL CAMBA BUSCH

"Aparecían como fantasmas cuya presencia era imposible descubrir. Iban y venían sembrando el terror y el desconcierto en su recorrido".

Luis Antezana Ergueta

La leyenda del Camba Busch comenzó una noche de noviembre en 1932. La guerra ya llevaba más de cuatro perpetuos meses, pero nuestras fuerzas habían tomado el control de la misma. Después que los bolivianos dieran una descomunal muestra de valor en Boquerón, una seguidilla de derrotas sumió a su ejército en una profunda obscuridad. Ahora nuestras tropas ocupaban con extraordinaria rapidez los fortines bolivianos, (Yujra, Ramírez, Lara y Castillo habían sido tomados por nuestros regimientos) copando paulatinamente el territorio chaqueño en disputa. Los jefes de comando, auguraban una total, pronta y definitiva victoria. Prometiendo un rápido desenlace y el anhelado retorno a nuestros hogares.

A mí particularmente, este hecho me parecía algo inevitable, ya que, como había podido observar; el soldado boliviano no estaba capacitado para entablar una equitativa lucha en este

territorio. Naturalmente, desconocido e inhóspito, para ellos. La mayor parte de su ejército, lo conformaban indígenas del altiplano, que habían sido obligados a someterse a una dura metamorfosis. Transformando su condición de sumisos campesinos, a la dura realidad de convertirse en soldados. Recibiendo improvisados adiestramientos, a veces en los mismos vagones de tren, que los transportaban como ganado. Llegamos incluso a escuchar historias, sobre soldados indígenas que eran incapaces de pronunciar una palabra en español. Llegando a ser asesinados por sus propios camaradas, al no poder pronunciar por las noches, un santo y seña correctamente.

Lo peor del asunto, llegó cuando nos enteramos que, en el bando contrario, se estaban produciendo una ola de deserciones y suicidios, por falta de agua y alimento. Aprovechando estas circunstancias, nuestras tropas continuaban avanzando metódicamente. Nuestros camiones, pasaban literalmente por encima de los soldados bolivianos, ya que, la angustia y desesperación por la falta agua y alimento, atacaba dramáticamente a varios de ellos. Obligándolos a lanzarse a los improvisados caminos en busca de agua encontrando muchas veces la muerte.

Hasta que llegó esa nefasta noche de noviembre. En la picada que unía Fortín Alihuatá con Saavedra, el teniente Hernán Velilla; hijo de una acaudalada familia de Asunción, es parte de un grupo de custodia compuesto por 37 soldados y tres oficiales. Encargados de transportar un precioso cargamento de agua y municiones, destinado a reforzar su regimiento. De improviso, el traqueteo de los camiones es interrumpido por el quejido de un soldado que cae de uno de los camiones. Alertado, Velilla logra bajar del camión empuñando su

revólver. A la vez que se iniciaba el estruendo de detonaciones. La noche chaqueña, se confabula con la emboscada, en la que había caído irremediablemente el grupo paraguayo. Nuestros soldados disparan a tientas, buscando al enemigo invisible. Velilla alcanza a distinguir un atacante que, como una sombra, desaparece inmediatamente detrás de uno de los camiones. Sobrecogido, comienza a disparar a esos espectros, que se abalanzan sobre sus desconcertados soldados. Logra consumir los últimos cartuchos de su revólver, antes de ser alcanzado por algo que le quema el vientre y lo hace caer de bruces. Velilla y todo su destacamento sucumbieron al sorpresivo *cuatreraje*[12] . Armas, munición y agua se perdieron. Pero el hecho que más nos costó asimilar, fue que esta acción se había llevado a cabo en nuestra propia retaguardia, kilómetros detrás de las líneas de combate. Era inconcebible. Al parecer una facción del ejército enemigo, había traspasado alegremente nuestras líneas de vanguardia. Y de igual manera, habían tenido el descaro de retornar a sus posiciones, llevando consigo cuatro camiones cargados de munición, fusiles y agua.

Hernán Velilla era un oficial perteneciente a una de las familias más acomodadas de la capital, y como era de esperar, su muerte vino acompañada de un revuelo político. El mismísimo comandante en jefe de nuestro ejército, ordenó que se diera con los responsables del acto vandálico, y se les hiciera pagar cara su osadía (generalmente eso implicaba decapitarlos o descuartizarlos a machetazos). Pero con el transcurrir de las

[12] Se denominaban cuatrerajes a los asaltos que se realizaban en la guerra a camiones y a tropas enemigas, con el propósito de robar agua, comida, municiones o información logística al adversario.

semanas y mientras todavía nos reponíamos del estupor que había causado *el episodio Velilla*, comenzaron a llegar nuevos informes que llamaron la atención de nuestros jefes. Varios centinelas paraguayos habían sido degollados en retaguardia. Pero no contentos con abrirles el cuello de par en par, los atacantes habían tenido el refinado gesto de amputarles las orejas. Esta cortesía del enemigo, empezó a causar terror en nuestros soldados de retaguardia. Se comenzó a hablar de un grupo de mercenarios europeos, veteranos de la primera guerra mundial, que los bolivianos habían contratado para infringir terror en nuestras tropas. Pero tan pronto como llegó ese rumor, se lo descartó a los pocos días, debido al angustioso testimonio de un sobreviviente a una brutal emboscada.

El infeliz había perdido parte de un brazo, pero había logrado sobrevivir al sorpresivo ataque, gracias a que lo habían dado por muerto. El famélico soldado, narró que en su agonía había logrado escuchar, y ver en parte, al grupo de sanguinarios asesinos. Nos contó a los oficiales presentes, que el grupo de verdugos estaba constituido por no más de quince hombres, cuyo líder tenía acento cruceño. Este, al parecer oficial, era quien lideraba el grupo de comandos que tanto daño habían causado a nuestras unidades en retaguardia.

— ¡Todos los malditos son bolis, y el líder es un camba! — vociferó, al tiempo que se tocaba el muñón de brazo amputado, con un gesto que parecía de nostalgia.

Era un escuadrón, ¡un solo escuadrón! Un puñado de contados hombres, que estaban atormentando en varios puntos a nuestros regimientos. Por los informes que empezamos a recibir a partir de ese día, *"el escuadrón de la muerte"* (así lo bautizaron nuestros imaginativos soldados), tenía al parecer el don de la ubicuidad. Ya que mientras una unidad informaba de un ataque

sorpresivo en retaguardia, otra, en otro punto muy distinto, informaba que varios centinelas habían sido encontrados muertos, con la consiguiente amputación de orejas, que al parecer se había convertido en la rúbrica que distinguía a dicho escuadrón.

La inteligencia de nuestro ejército asumió entonces cartas en el asunto, tomándose muy en serio la difícil situación. Enfocándose exclusivamente en investigar al escurridizo grupo de matarifes. Según rumores, [illegible] en el mismísimo territorio boliviano, para [illegible] la identidad de los cuatreros. El informe de inteligencia no tardó mucho en llegar. Se trataba [illegible] de un solo escuadrón, cuyo comandante era [illegible] caballería de nombre Víctor Germán Busch [illegible] de padre alemán y madre beniana. A juzgar por su [illegible], el joven Busch había heredado [illegible] tienen los alemanes [illegible].

Los [illegible] que selec[illegible] sus botes gue[illegible] nos llam[illegible] el ejér[illegible] esta disc[illegible] además con[illegible], a qui[illegible] este ind[illegible] al

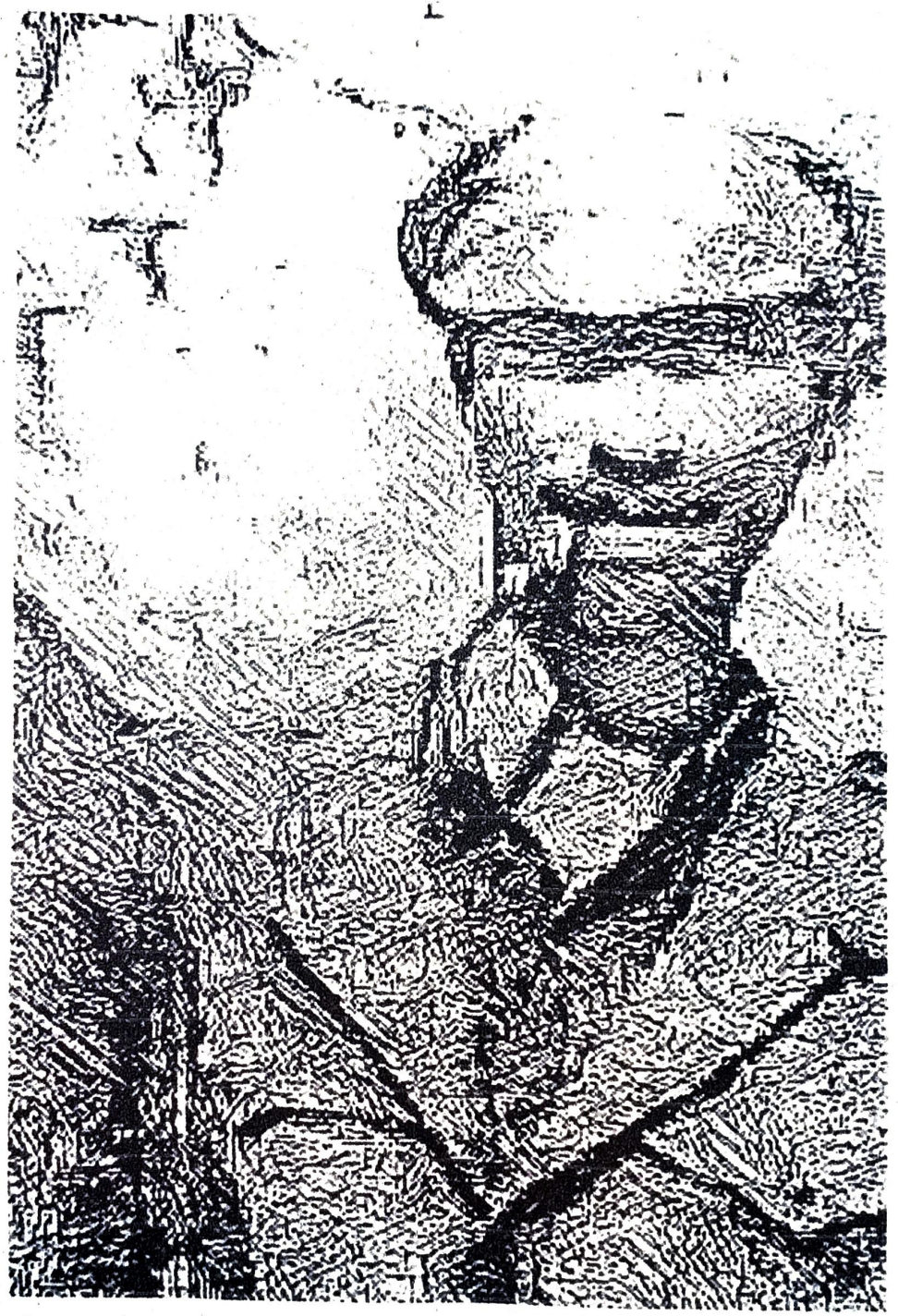
[13] Los lengua, son una antiquísima etnia que aún sobrevive en el Chaco Boreal.

capitán boliviano: Víctor *Charata* Ustáriz, muerto en la batalla de Boquerón.

El informe concluía y era muy taxativo, al afirmar que todos los integrantes de aquel particular grupo de comandos seguían a Busch a ciegas y lo consideraban su líder natural, por encima del rango. Era un ejemplar extraordinario y digno de enfrentar sin lugar a dudas. Lo primero que hizo nuestro comandó, fue designar a un grupo de choque, con dotes parecidas al *Escuadrón Busch* (lo rebautizamos con la nueva información adquirida, y para evitar que nuestros soldados continuaran creyendo que se trataba de seres sobrenaturales, como ya se había empezado a correr la voz en algunas unidades).

Los Macheteros del Jara, fueron los escogidos para acabar con el escuadrón Busch. Además de poseer vasta experiencia en combate, los macheteros compartían el mismo gusto por la sangre y las amputaciones con su símil boliviano. Pero la gran ventaja que tenían nuestros camaradas consistía en ser mayores en número (ellos contabilizaban más cien efectivos). El esperado enfrentamiento se dio cerca del norte argentino. Nuestros macheteros atacaron el circuito de aprovisionamiento del ejército boliviano. Al conocer el número de integrantes del grupo guaraní, Busch se apoyó estratégicamente en el Regimiento *Chichas*, logrando vencer a los nuestros, tras un sangriento y brutal enfrentamiento. Los macheteros fueron obligados a cruzar la frontera argentina, y lo último que se supo de ellos era que se habían dedicado a invadir y asaltar haciendas en territorio argentino, causando revuelos diplomáticos con nuestro país aliado.

Como el plan A del comando paraguayo había fracasado, recurrieron al plan B: el dinero. El comando comenzó a correr la voz y ofrecer ingentes cantidades de pesos guaraníes, para



aquel o aquellos, que lograran atrapar vivos o muertos a los integrantes del peligroso escuadrón. Pero la cabeza del líder se constituía en el premio mayor. Se ofrecieron suculentas recompensas, a cambio de conseguir atrapar o matar al ya legendario Camba Busch[14]. También conocido como: *el Camba ojos de tigre, el centauro chaqueño, el maldito boli* y muchos otros epítetos menos gentiles, que señalaban al mismo hombre: Germán Busch Becerra, el niño terrible que continuaba haciendo de las suyas en el teatro de la guerra.

Se informó que había logrado salvar un regimiento boliviano entero, burlando el cerco paraguayo en Alihuatá. En Gondra se lo comparó con un fantasma, que atacaba frontalmente y que luego, por arte de encantamiento, aparecía detrás de las unidades paraguayas para atacarlas por sorpresa. Se decía que había logrado sacar a cinco mil hombres del cerco en El Carmen, haciendo que se enfilaran de a uno, pasando delante de nuestras narices, rompiendo el cerco de nuestro ejército.

Pero lo que alarmó en sobremanera a nuestro comando, fueron los rumores afirmando que Busch llego a internarse tan profundamente en nuestras líneas, que en cierta ocasión llegó a tener en la mira al mismísimo comandante Félix Estigarribia. Pero en el último momento, (por razones tácticas y para no sacrificar la vida de sus subordinados) había decidido no disparar. Esta noticia obviamente puso los pelos de punta a toda nuestra oficialidad, convirtiendo a Busch en una maligna leyenda viviente, en pleno teatro de operaciones.

---

[14] El término *camba* de origen chiriguano-guarani, se usa para designar a las personas ya sean indígenas, mestizas o criollas, que habitan en lo que se constituye el oriente boliviano. Germán Busch recibía con beneplácito este apelativo que lo acompaño hasta el final de sus días.

Meses después, me tocaría ser parte activa en la formación de esa leyenda. Cuando en medio de la espesura chaqueña, mi regimiento encontró un desafío escrito, clavado en un árbol *Yuchán.*[15] En el infame cartel, se retaba a cualquier oficial paraguayo a batirse en duelo a muerte, ya sea haciendo uso del revólver o del noble y antiquísimo sable. Al pie del desafío, se encontraba el nombre de Busch.

La mayoría de nosotros compartíamos con certeza que se trataba de un vulgar señuelo, propio de una emboscada. Pero nuestro orgullo se sintió mellado y entonces los oficiales nos pusimos a deliberar sobre quien debería ir a sacar la cara por el regimiento. Solamente el mayor Bavía hizo caso omiso de las advertencias y aceptó individualmente el reto, asumiendo la responsabilidad total de sus actos. Otros tres oficiales subalternos lo secundamos, pero él solo aceptó mi asistencia. Me conocía desde que yo me inicie como cadete en la Escuela Militar de Capiatá y ya servíamos mucho tiempo juntos en el regimiento. El desafío prefijaba el horario de las nueve de la noche y señalaba el mismo árbol yuchán como punto de encuentro. Bavía y yo, asistimos al duelo a la hora establecida. El límpido cielo chaqueño y la majestuosa fluorescencia lunar se imponían sobre la magra vegetación chaqueña, dando claridad alrededor del majestuoso árbol, que se erigía como mudo testigo del duelo que estaba a punto de iniciar. Busch llegó solo (pero pude adivinar por el vago movimiento de los matorrales, que estaba muy bien secundado). Vestía un uniforme ordinario, viejo y raído, que parecía muy pequeño

[15] Palo borracho.

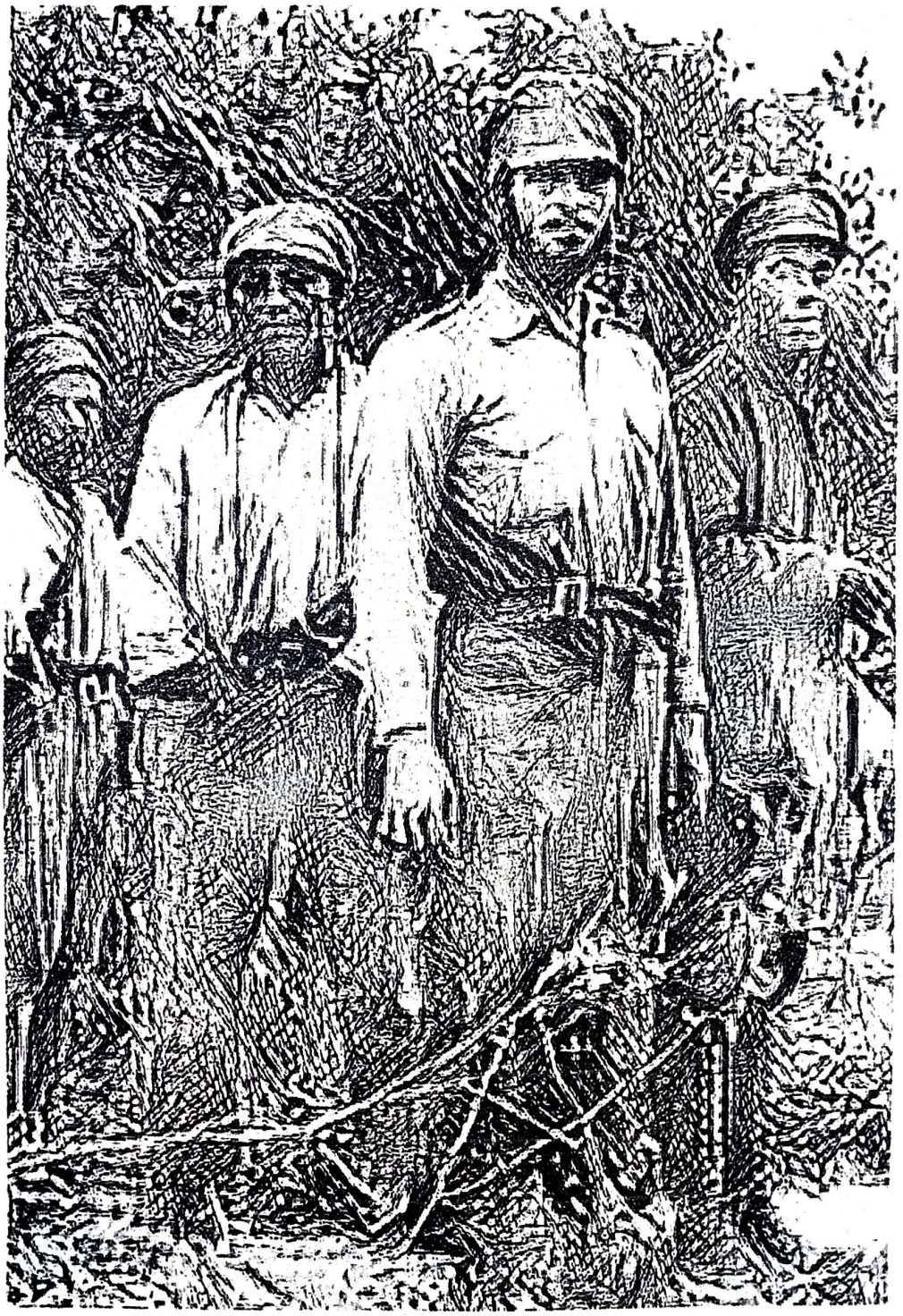
para su estatura. Pues las mangas del uniforme le llegaban con un gran esfuerzo a las muñecas. A causa de la obscuridad y la tupida barba que protegía su rostro no logré distinguir detalladamente su fisonomía. Nuestro ejército había hecho circular panfletos con el retrato de Busch, donde se lo describía como un hombre alto, rubio y de ojos azules. Estas características, habían provocado la sistemática persecución de todos los oficiales y soldados *avasa'yju*[16]. Los que caían en nuestras manos, luego de ser interrogados (y torturados) eran inmediatamente ejecutados bajo el filo del machete. Así que, gracias a Busch, no era muy halagüeño para un boliviano (al menos en el teatro de la guerra), poseer facciones parecidas al Camba forajido. Gracias a esto, se decía que el llamado Cabo Juan, pintaba los cabellos y la cara de Busch, para evitar que se notaran sus facciones.

Bavía y Busch se encontraron en el claro. Contra todo pronóstico, ambos se saludaron y charlaron por un breve espacio de tiempo. Después, al parecer, recordaron que eran enemigos, pues luego de una corta discusión, los adversarios convinieron que el rito del revólver era el adecuado para resolver el duelo. Sin ponerse de acuerdo, los dos oficiales tomaron una distancia que uno y otro creyó prudente y sin más, se apuntaron. Ambos amartillaron sus armas, y solo parecían esperar alguna señal que iniciara el tiroteo convenido. Fue entonces que Busch gritó:

— ¡Dispare usted primero mi Mayor! — al tiempo que ladeaba su cuerpo y con una frialdad espeluznante se preparaba a recibir el disparo.

El estruendo del disparo resonó en la quietud de la selva. Antes que el eco de la detonación se perdiera, supe que Bavía estaba

[16] Hombre rubio, en idioma guaraní.



perdido. Había fallado. Noté un ligero temblor en el brazo aún extendido de mi camarada y me sentí impotente al no poder intervenir. Su rostro palideció, como si ya hubiera iniciado una gradual transmutación al otro mundo.

Busch se mantenía inmóvil, apuntando serenamente a Bavía. Al momento que el fogonazo del disparo brotara de su arma, sentí un escalofrió. En una milésima de segundo, pude distinguir la diabólica fosforescencia de sus ojos azules eléctricos, que por un instante parecieron brillar en la obscuridad. Un gemido lastimero se confundió con el golpe seco que tumbó de espaldas a Bavía. El color sanguíneo empezó a teñir la camisa de mi camarada. Inmediatamente corrí a socorrerlo, tratando de encontrar a tientas el origen de la corriente de sangre que brotaba de su pecho. Fue el propio Bavía quien me detuvo.

— Tranquilo, la herida está debajo de la clavícula — me dijo, a la vez que trataba de sentarse.

Lo ayudé, pero en ese momento Bavía me apretó el hombro, alertándome sobre la difícil situación que se nos presentaba. Seis espectros con forma humana, habían surgido de entre los matorrales. Apuntándonos con sus subfusiles MP-28, hicieron un círculo alrededor nuestro. Escuché un comentario en el idioma que distinguí como quechua, que hizo reír a tres de ellos, el resto se mantenía inmóvil y presto a disparar. Entonces el Camba surgió entre ellos y se dirigió a Bavía.

— Fue un buen duelo mi Mayor, por poco me deja usted sin oreja izquierda — dijo Busch sonriente.

En ese momento pude apreciarlo de cuerpo entero. Me pareció demasiado joven, para cargar los laureles que se le atribuían. La delgadez atlética de su cuerpo, le otorgaba mayor estatura y la sonrisa franca inspiraba una simpatía inmediata. El dolor de

cabeza del ejército paraguayo se encontraba allí, delante nuestro, festejando el triunfo como si se tratara de una competencia deportiva.

— Una oreja por otra mi capitán – dijo burlonamente, uno de ellos.

El resto festejó el comentario. Entonces recordé la afición que tenía el grupo por las orejas paraguayas. Instintivamente, llevé la mano a mi oreja izquierda, solo para provocar una carcajada al unísono, que más que tranquilizarnos nos infundió pánico.

— Mi Mayor, usted y su acompañante pueden retirarse. Pero antes deberán dejar sus armas y sus chaquetas. Y no se sienta mal mi Mayor, usted apuntó bien. Todo es cuestión de suerte y sepa usted que a Busch solo lo mata Busch – Nos dijo, con la peculiar sonrisa de niño grande aflorando en medio de la barba.

Agradecimos la cortesía dispensada por el amenazante grupo y luego de desvestirnos, retornamos con gran dificultad a nuestras posiciones. Pero apenas hubo amanecido, nos llegó la noticia de dos nuevos centinelas degollados esa misma noche. Al parecer, el enfrentamiento con Bavía, solo había constituido un ejercicio inicial para Busch y su grupo de forajidos.

La guerra siguió su curso y con el transcurso del tiempo, nuestro ejército siguió copando nuevas posiciones en territorio chaqueño. A la par, las hazañas del Camba ojos de tigre siguieron creciendo, pero todos sabíamos que se necesitarían muchos Busch para que Bolivia ganara la guerra. Mientras este singular personaje practicaba una especie de guerra de guerrillas o de movimientos, los comandantes bolivianos se

empecinaban en las antiquísimas tácticas prusianas de resistir en un punto hasta ver caer al último hombre. El desenlace de la guerra era previsible, nosotros llevábamos demasiada ventaja en varios aspectos. Lo último que supe de Busch durante la guerra, fue que conspiró y fue protagonista principal, en el derrocamiento del presidente de su país.

"Ese hombre ya probó el poder y no se detendrá hasta alcanzarlo totalmente", sentenció Bavía, antes de terminar la guerra, y le creí.

Nunca pudimos atraparlo. Él y sus hombres se constituyeron en una eterna pesadilla para nuestro ejército. Fue el oficial boliviano más venerado, temido y odiado en todo el transcurso de la guerra. Sin embargo, siempre mantuvimos un profundo respeto hacia él. Así lo demostramos en 1939, cuando nuestro país, al mando del ya presidente Félix Estigarribia, declaró tres días de duelo nacional y envió una comitiva que hizo llegar una inmensa ofrenda floral a los funerales del Camba Busch. En la ofrenda decía: *"Al gran Capitán con admiración, los excombatientes del Paraguay"*.

El Camba había llegado a la presidencia de su país en 1937. Con un gran apoyo popular, tras dos años enlodándose en la política y luchando contra poderosos enemigos, había sucumbido finalmente, cumpliendo su destino de fuego. Fue encontrado tumbado de bruces sobre el escritorio de su casa. Su cráneo había sido destrozado por una bala. En medio de una controversial investigación sobre su muerte, el nuevo gobierno determinaría el suicidio de Busch y así quedaría registrado oficialmente para los libros de historia. Pero para entonces su nombre ya era leyenda. Cuando murió, apenas tenía 36 años.

8

EL PONGO

"Esto mismo es el pongo. Sirviente de ínfima calidad, sin derechos, pero con un rosario de obligaciones que no se terminan jamás. Hombre para todo servicio, bestia de soma, sobre quien recaen las más duras tareas".

Tristán Marof.

En el declive de un atardecer cualquiera, finalizando el invierno de 1912, nació Eleuterio Maygua. Nació *pongo*[17], heredando este título de su padre, que a su vez lo heredó del suyo. Un descendiente directo de una larga línea de mitayos explotados durante el oscuro período de la colonia. Como correspondía a la obligación de los pongos de la época, Eleuterio Maygua fue llevado a la casa del patrón: Don Melquiades Urquiola, poderoso hacendado cochabambino que poseía grandes y

[17] Se denominaba *pongo* al trabajador indígena campesino, que estaba incluido como parte de la propiedad agrícola en la cual vivía. Representaba la esclavitud post-colonial.

fructíferas extensiones de tierra, adquiridas durante el utilitario gobierno de Mariano Melgarejo.

El niño fue expuesto en los establos de la hacienda, donde los padres presentaron al nuevo sirviente, poniéndolo al servicio del patrón y su familia. Melquiades Urquiola apenas lo miró, pero pidió al capataz que el niño fuese minuciosamente revisado, para comprobar si se encontraba sano y sin ningún tipo de discapacidad. Al comprobar la buena salud del niño, el semblante riguroso de Urquiola cambió y felicitó a los padres. Asumiendo una actitud casi cómica, esbozó media sonrisa y frunciendo el ceño le pidió a la madre que el niño no se constituyera en excusa para descuidar sus labores de *mitani*[18]. Finalmente ordenó que trajeran al niño a la hacienda, en cuanto tuviera la capacidad física para trabajar.

Al año siguiente, en una translúcida mañana de verano, nació Francisco Urquiola, segundo hijo de don Melquiades. Al igual que su hermano mayor, nació criollo y en cuna de oro, como su padre. Su nacimiento derivó en una gran fiesta de regocijo y el pequeño recibió grandes homenajes de la crema y nata de la sociedad cochabambina. Transcurridos siete años de su nacimiento, Francisco Urquiola recibió como regalo de cumpleaños su primer pongo. Se trataba de un enclenque y cobrizo niño de aproximadamente ocho años de edad, llamado Eleuterio, que le fue obsequiado como eventual compañero de juegos. Francisco y Eleuterio por consiguiente crecieron juntos. Los padres de ambos niños, siempre se mantuvieran atentos, para que ninguno de ellos traspusiera las líneas invisibles de

[18] Mujer indígena, que al igual que su contraparte masculino, *el pongo*, era considerada una criada que cumplía funciones de cocinera, lavandera y sirvienta en las grandes haciendas.

clase, manteniendo siempre al pequeño pongo en el lugar que le correspondía ocupar; el de sirviente. Eleuterio nunca debía ingresar a la gran casa. Limitándose a esperar al pequeño patrón, en los alrededores del patio de la hacienda, para poder divertirlo o cuidarlo.

A cambio de sus servicios, Eleuterio Maygua se beneficiaba trabajando solo media jornada en el campo. También podía acceder a las sobras de la cocina, lo cual alegró a sus padres, ya que su hijo recibiría un buen alimento y no solo el maíz eterno que los pongos de la hacienda comían una vez al día como único sustento. Pero lo que más apreciaba el pequeño pongo, era la extraordinaria oportunidad de poder jugar con los más hermosos y coloridos juguetes importados de Europa, que cada Navidad Francisco Urquiola recibía como regalo de sus padres. Eleuterio esperaba anhelante estas fechas, como si él fuera el destinatario de tales maravillas. Las mañanas posteriores a Nochebuena, se le podía ver deambulando en las cercanías del inmenso patio trasero, impaciente e ilusionado, esperando que la familia del patrón diera permiso a Francisco, para salir a mostrar los juguetes recién recibidos. Eleuterio miraba maravillado los pequeños soldados de plomo y los portentosos barcos pirata, preciosamente elaborados por hábiles artesanos al otro lado del mundo. Durante años, ambos seguirían compartiendo el dulce gusto por la Navidad. Uno anhelante por recibir lo solicitado a sus padres. Y el otro feliz, por el solo hecho de poder mirar o tocar, al menos por unos momentos, aquellos tesoros que solo estaban reservados a los ricos.

Con el tiempo y pese al esfuerzo de sus padres, los dos muchachos se hicieron amigos. Eleuterio miraba a su joven patrón como el hermano menor que nunca tuvo, ya que desde niño siempre asumió la obligación de cuidarlo. Francisco por su parte, había sabido encontrar en Eleuterio Maygua a un reservado confidente y a un imaginativo e inteligente compañero de juegos. Le sorprendía comprobar como el analfabeto indígena, lograba descifrar muchas palabras de los libros de cuentos, sin más ayuda que la intuición. Le divertían también las posturas sumisas que adoptaba su amigo ante la presencia de algún miembro de la familia, para luego ya a solas, desenvolverse con soltura y desbordar su imaginación en las recreaciones infantiles.

Pero la complicidad de los dos muchachos no pasó desapercibida para la sagaz vigilancia de don Melquiades Urquiola que, preocupado por la formación de su hijo menor, decidió tomar medidas acordes a la época. Apenas Francisco cumplió los diecisiete años, lo envió a estudiar a Francia. La decisión fue protestada por el muchacho, pero el peso del carácter férreo de su padre era inapelable. Dos semanas después, iniciaba el tortuoso viaje hacia el país galo, donde parientes de la familia materna ya lo esperaban.

Desterrado de la gran hacienda, Eleuterio Maygua asumió de lleno las labores del campo, donde por vez primera comenzó a escuchar los rumores de una inminente guerra en el lejano y desconocido Chaco Boreal. Su padre lo tranquilizó, asegurándole que aquella era una guerra de blancos, de la cual los indios de la hacienda nunca participarían, ya que ni siquiera les era permitido realizar el servicio militar. Un año después, Bolivia y Paraguay, los dos países más pobres de Sudamérica, iniciaban la Guerra del Chaco. Los trabajadores de la hacienda

observaron como el hijo mayor de los patrones marchaba orgulloso hacia la guerra, a bordo de una camioneta Ford. Ante la mirada atribulada de don Melquiades y el llanto desconsolado de la madre. El muchacho había desafiado la autoridad del padre y se alistaba como muchos de su edad, en busca de hazañas y gloria que la verborragia de los políticos prometía a través de efusivos discursos patrióticos. Eleuterio lo vio partir y sintió curiosidad por aquella guerra que se suscitaba en un lugar tan lejano y desconocido. Pero esos pensamientos fueron nublados por el transcurrir rutinario de las semanas siguientes, corroborando lo dicho por su padre, la guerra no alcanzaría a los indígenas de la hacienda.

Tuvieron que pasar más de trece meses para que Eleuterio Maygua volviera a la hacienda. Lo acompañaba una joven y espigada mujer con un niño en brazos. Venía a cumplir con la antigua ceremonia de presentación de su primogénito al patrón. Don Melquiades no los recibió. En esa época ya no recibía a nadie. Un inmenso crespón negro coronaba la puerta de ingreso a la gran hacienda. Dos semanas atrás, el hijo primogénito de los Urquiola había sido abatido en las cercanías de Góndra, preludiando el colapso del ejército boliviano en Campo Vía. Por orden del patrón, las puertas y ventanas se mantenían cerradas y una atmosfera de tristeza y abandono reinaba en el ambiente.

Eleuterio Maygua y su esposa tuvieron que conformarse con presentarle el niño al capataz, quien le ordenó al pongo presentarse al día siguiente, temprano por la mañana, pues el patrón necesitaría de sus servicios. Presintiendo que su estadía

se alargaría por semanas de trabajo en la hacienda, Eleuterio Maygua despidió a su esposa e hijo. Al día siguiente, él y otros nueve pongos, esperaban en los establos las órdenes del patrón. Este apareció una hora después, acompañado de un oficial del ejército y varios soldados a bordo de un camión.

— Estos son los diez hombres que le prometí capitán — dijo Melquiades Urquiola, señalando a los desconcertados pongos — a falta de hijos, le entrego estos diez hombres, que estoy seguro sabrán servir de algo en la guerra. Es el último sacrificio que hago por mi país, después de haber perdido trágicamente a mi hijo en campaña.

A una orden, los soldados bajaron del camión y empezaron a subir a los indígenas, que sorprendidos y timoratos no articulaban protesta alguna.

Pero Eleuterio Maygua acababa de ser padre y el sombrío pensamiento de no ver nunca más a su esposa e hijo lo espoleó a rebelarse por primera vez. Empujando bruscamente a uno de los pequeños soldados, (que en un ínfimo instante llegó a comparar con los soldados de plomo, que acaparaban su atención de niño) emprendió una desesperada carrera, buscando alcanzar uno de los caballos del potrero.

Pero para su sorpresa, el resto de los campesinos congregados en el patio lo sujetaron rápidamente, procediendo a llevarlo orgullosos hasta la presencia del patrón. Fue la primera vez que Eleuterio Maygua se avergonzó de su propia gente. Mientras lo amarraban, profirió las blasfemias nunca dichas, contra aquel patrón que arbitrariamente, disponía sobre el destino de aquel puñado de hombres. A una señal del capitán, un culatazo

terminó con los improperios de Maygua, sumiéndolo en una profunda obscuridad.

***

"BIENVENIDOS AL INFIERNO VERDE". Anunciaba un improvisado cartel de madera, situado encima del portal de un desvencijado pahuichi, dando una burlona bienvenida a la carne fresca que llegaba a Fortín Magariños.

Eleuterio Maygua había perdido cuatro kilos y parecía un hombre de cuarenta años, cuando llegó un mes y medio después a la antesala de la guerra. Sus compañeros de infortunio habían sido distribuidos en diferentes regimientos y pese a las súplicas, no había logrado que nadie prestara atención a sus reclamos. Lo habían castigado en repetidas ocasiones, privándole de comida y resultó molido a culatazos cada vez que intentó huir. Pero ni las amenazas de fusilamiento lograban quebrantarlo, prometiéndose insistentemente escapar a la primera oportunidad.

Sin embargo, la guerra se encargaría de escupirle su cruda realidad. La primera vez que entró en combate se dio cuenta que cualquier intento por huir sería inútil, percatándose que todo a su alrededor llevaba la señal inequívoca de la muerte. El horror y la desesperación lo abrumaron. Algunos moribundos lloraban y le imploraban llevarlos a casa, mientras que otros lo confundían con sus padres o hermanos. Entonces Eleuterio Maygua comprendió que no era el único atrapado en aquella

guerra y que la mayoría de sus ahora camaradas, tanto blancos como indígenas, deseaban huir tanto o más que él.

Con el transcurso del tiempo pudo comprobar también que no todos los soldados indígenas habían sido obligados o secuestrados para asistir a ese infierno. Muchos se habían presentado para luchar voluntariamente. Pero Maygua no entendía porque estaban dispuestos a ofrendar sus vidas, por un país que nunca los consideró como parte integrante de su población. En Bolivia ellos no podían votar ni realizar el servicio militar, es más, ni siquiera les era permitido ingresar a los principales centros urbanos, ya que se los consideraba a la par de los animales. Allí mismo, en plena guerra, a todo indígena se lo tachaba de *Repete*[19].

Las barreras idiomáticas separaban aún más a las dos clases. La mayoría de los oficiales solo hablaba el castellano, impartiendo órdenes que no eran entendidas por muchos indígenas quechuas y aymaras, provocando descalabros en plena línea de combate. Al soldado Maygua le dolió saber que muchos de sus compañeros habían muerto a manos de sus propios camaradas, al no poder pronunciar en forma correcta un santo y seña.

Pero una semana después, el destino del pongo sufriría un giro inesperado. Maygua seria incorporado a una patrulla de reconocimiento, siendo parte de una misión de avanzada para verificar la posición enemiga. Luego de dos días de ardua marcha, la patrulla pudo constatar el movimiento envolvente de

---

[19] Los soldados indígenas del Altiplano boliviano, se ganaron este denominativo en la guerra, ya que en ciertas ocasiones después que los cocineros terminaban de servir el rancho a la tropa, ofrecían repetir la ración de lo sobrante que había en los turriles, que servían de ollas, a lo que los soldados indígenas se apresuraban a pedir en su medio castellano: "Yo repete, yo repete".

las tropas guaraníes, que amenazaban con atenazar al regimiento de fortín Magariños.

Al ser descubiertos, el infierno se desencadenó. Rodeados por ambos flancos, el grupo de soldados bolivianos se encontró víctima del fuego cruzado enemigo. Maygua aterrado, veía como a su alrededor sus camaradas eran destrozados por los proyectiles de las ametralladoras, que indiscriminadamente destrozaban todo organismo a su alcance. Los pocos sobrevivientes iniciaron una angustiante y atolondrada carrera hacia retaguardia. Eleuterio Maygua notaba como las lágrimas rodaban por sus mejillas, mientras corría desesperado y ahogando en su garganta un gemido, con la angustiosa certidumbre de ser alcanzado por una bala. Pese a todo, pudo notar a su lado la presencia de otro soldado, que había abandonado también su fúsil, para aligerar su huida.

Fue entonces que Maygua sintió como un perro mordía su pierna izquierda. Abriendo desmesuradamente los ojos, Eleuterio observó su extremidad inferior, para comprobar el insólito hecho. Antes del choque seco contra un árbol, pudo comprobar que no existía ningún perro, que su pierna, que ahora sangraba copiosamente, había sido alcanzada por un proyectil. El brutal golpe recibido en el rostro, hizo que cayera estrepitosamente. Atontado, trató de levantarse como pudo, escuchando el ensordecedor aullar de las balas sobre su cabeza. Su nariz, rota por el impacto, sangraba, haciendo girar todo a su alrededor. Comprobando la imposibilidad de levantarse, Maygua se dio por perdido. Cayendo de espaldas, advirtió como el hermoso cielo azul del Chaco parecía contemplarlo,

congelado en un mágico instante, mientras el pongo exhalaba su último hálito de vida. Estaba condenado. Solo era cuestión de minutos para que un soldado pila viniera a rematarlo. Aprisionó los ojos y antes de derramar una última lágrima, alcanzó a intuir la falta que le haría a su hijo. Lo dejaba a su suerte, habiéndole heredado el destino de esclavo. Se maldijo por no haber sabido sobrevivir, para cambiar el destino del pequeño.

De pronto, sintió como unas manos que parecían garras, lo levantaban violentamente. Una explosión aglomerada de luces lo sacudió, sintiendo como su humanidad daba un giro perfecto en el aire, volteando su cuerpo, antes de advertir que alguien lo cargaba. Era el último de sus camaradas, que llevando a Maygua en los hombros, corría como un endemoniado, sin percatarse de los golpes que recibía en los árboles circundantes la cabeza invertida del herido. Uno de esos golpes terminó de noquear al pongo.

***

La sed lo despertó. Abrió los ojos y pudo distinguir el techo de ramas secas del pahuichi, que servía como sala de descanso para los heridos. Tenía la cabeza vendada y la pierna herida había sido inmovilizada con unas rusticas tablillas, para facilitar la curación. Logró incorporarse y agradeció el suculento caldo de arroz y poroto que le alcanzaron para recuperarse. Luego de asimilar la situación, alguien le contó que solo él y otro soldado, habían logrado sobrevivir a una emboscada pila y que, gracias a la información proporcionada por su camarada, el regimiento había salido a cortar la incursión enemiga por el flanco oeste.

Ayudándose con un fusil que le sirvió de bastón, Maygua pudo levantarse. Buscó al soldado que le había salvado la vida. Era la hora del rancho y los pocos soldados que habían quedado en el fortín terminaban su almuerzo.

— ¡Oye repete! ¿No quieres comer? — le gritó uno de los cocineros, levantando un inmenso cucharón de palo. Maygua negó con la cabeza.

— ¡Deberías comer, luego te andas desmayando y yo no estoy para cargarte otra vez! — le gritó sonriente un soldado, recostado contra un árbol y con un plato en la mano.

Maygua se quedó mirándolo. Allí estaba el hombre al que le debía la vida. Era blanco. Lo conocía, lo había visto en el gran mercado de la Carbonería, al lado del colegio San Alberto en Cochabamba. Era hijo del patrón de una de las grandes haciendas de Sipe Sipe.

— ¡Pedite un plato de comida y pedímelo uno más para mí! ¡Hoy tenemos que aprovechar que hay comida de sobra y comer hasta empacharnos! — Le gritó a modo de orden el soldado.

Eleuterio Maygua sin emitir palabra alguna pidió dos platos de comida y una vez sentado al lado del soldado, balbuceó:

— ¿Es cierto que usted me salvó la vida patrón? — preguntó, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

El soldado dejó de comer un instante para mirar con sorpresa a Eleuterio Maygua. Sonriendo le contestó:

— Yo aquí, no soy patrón de nadie hermano — le dijo — aquí todos somos iguales y morimos igual, la bala paraguaya no distingue clases. Y sí, yo te salvé la vida. Así que me debes otro plato de comida.

Eleuterio Maygua se quedó viendo con curiosidad al soldado. Pensó que nadie en Cochabamba le creería cuando contase que el hijo de un *gamonal*[20] le había salvado la vida y que además habían compartido un plato de comida en la guerra.

— Quiero darle las gracias patroncito — dijo Maygua con humildad — pero ¿Por qué lo hizo? Yo lo conozco y conozco a su padre, son gente muy rica y poderosa en Cochabamba. Yo solo soy un pongo, un repete.

El soldado observó detenidamente a Maygua. Después de pensar un momento volvió a comer, para luego, mientras masticaba el arroz con poroto, responder pacientemente:

— Mira hermano, aquí en la guerra tú y yo dejamos de ser patrón y sirviente. Como te dije, aquí todos somos iguales y aunque les digamos repetes a ustedes los indígenas, todos no dejamos de ser bolivianos. ¿O has visto que solo los repetes mueren en las trincheras? Aquí todos mueren, ya sean blancos, cobrizos, amarillos, verdes o paraguayos, da lo mismo. Si algo nos está enseñando esta asquerosa guerra, es que las diferencias de clase no deben existir y menos en nuestro país. Por esa parte las pilas nos llevan la delantera, ellos no necesitaron de una guerra para darse cuenta de esto

[20] Se designaba con este adjetivo a los hacendados o terratenientes que expandieron sus tierras y su poder socio-político a costa de expropiar por medios ilícitos las tierras a los ayllus campesinos. Caracterizados por ser muy influyentes económicamente y por la explotación al indígena.

mucho antes. Yo los escuché hablar, y hasta el más rubio habla en guaraní con el más cobrizo. Se entienden y se llevan bien, creo que por eso están ganando esta guerra, porque están más unidos que nosotros. Así que ya sabes — le dijo sonriendo — me debes un plato de comida por salvar tu triste vida de repete.

Eleuterio Maygua no contestó. Se había quedado absorto, mirando el piso de tierra, asimilando las palabras de aquel extraño, que le mostraba con palabras y actos, que otro tipo de realidad era posible. Finalmente, Maygua sonrió, y mirando de reojo a su compañero le dijo:

— Mi nombre es Eleuterio Maygua, y estoy en deuda con usted…digo contigo — le dijo, extendiéndole la mano.
— Román Santibáñez — contestó el soldado, apretando la mano de Maygua. —Y soy sargento, repete confianzudo.

Ese día marcó un antes y un después para la vida de Eleuterio Maygua en la guerra. La influencia de Santibañez cambio su forma de pensar y actuar. El rebelde y taciturno soldado indígena, transmutó y abrazó la causa boliviana como propia, convirtiéndose con el tiempo, en uno de los baluartes del regimiento. Combatió con valor desmedido en la famosa batalla de Cañada Strongest, donde varios batallones de la 2° División paraguaya tuvieron que rendirse, ante el férreo atenazamiento del ejército boliviano. El renovado indígena sentía que ahora, no solo estaba luchando por defender un pedazo de tierra. Él

tenía la clara convicción que, después de aquella guerra, habría un cambio social radical en Bolivia.

En las contadas noches de sosiego, acompañaba a Santibáñez, participando en las reuniones alrededor de las fogatas, donde oficiales y soldados, discutían el nuevo rumbo que debía tomar el país, una vez concluida la conflagración chaqueña. Maygua había encontrado en aquellos hombres una nueva familia y ahora tenía la conciencia plena de estar forjando una nueva patria, donde blancos e indígenas formarían un todo. Grupos similares se habían formado en todas las líneas de vanguardia y retaguardia. Aquel movimiento espontáneo que después sería llamado *La Conciencia del Chaco*, se forjaba en plena médula de la conflagración. Entre el aullido de balas y retumbar de cañones.

En octubre de 1935, transcurridos tres meses de la finalización de hostilidades, Eleuterio Maygua retornó a su hogar. Su familia no lo reconoció al verlo. Se veía más alto, ya que había abandonado el andar sumiso del pongo. Había adquirido la firmeza de carácter, que solo un hombre seguro de sí mismo posee. La voz y los ademanes resueltos, contrastaban notablemente con aquel sirviente secuestrado dos años atrás.

Dos días después, se encaminó a la hacienda Urquiola, buscando a su antiguo patrón. Pero don Melquiades ya no estaba en la tierra de los vivos, había sucumbido a la tuberculosis. Curiosamente, su muerte había coincidido con el final de la guerra.

— Se negó rotundamente a que lo atendiera un doctor — le contó apesadumbrado Fernando, el hijo menor de los Urquiola, que había retornado de Francia para hacerse cargo de la hacienda.

Eleuterio dio el pésame a su amigo de infancia y le comunicó su decisión terminante, de abandonar la hacienda con toda su familia.

— Tú sabes que legalmente no tenemos la obligación de quedarnos, ni ustedes pueden retenernos a la fuerza — afirmó, dirigiéndose con voz estentórea al nuevo patrón de la hacienda.

A Francisco Urquiola le maravilló el renovado carácter de su amigo de infancia. A tiempo de pedirle que se quedara, le dijo que la administración en la hacienda cambiaría radicalmente, ya que él no compartía las costumbres retrogradas, implantadas por su finado padre.

Maygua se quedó mirando a Fernando, y por un instante recordó las palabras de un sonriente sargento, que un día le salvara de morir en el Chaco. Ese hombre se había convertido en el hermano mayor que nunca tuvo. Con el que compartió todas las vicisitudes chaqueñas y que tristemente había enterrado, luego de la valerosa y sacrificada batalla de Villamontes. Eleuterio reconoció la sonrisa de Román Santibáñez en el rostro de Fernando Urquiola y entonces supo que debía quedarse en la hacienda.

Dos años después, Eleuterio Maygua llevaba a su segundo hijo, para ser presentado al patrón de la hacienda y futuro padrino del niño. Era la primavera de 1937 y el pequeño Román Maygua sonreía.

9

RAMÓN AVALOS

"Reconocía esa extraña sensación que acompaña a veces la inminencia de la muerte"

Antoine De Saint-Exupéry

Ramón Avalos despertó sobresaltado en la estrecha hamaca que le sirvió para mal dormir la noche anterior. Los gritos lejanos de un sargento, que increpaba duramente en guaraní a unos soldados, le habían vuelto a la realidad. Recién entonces, sintió como gradualmente las brumas lejanas de un mal sueño comenzaron a abandonarlo. Una extraña y profunda sensación de malestar se apoderó de él. Cerró los ojos, tratando de recordar aquel espejismo que su subconsciente terminaba irremediablemente de borrar, dejando solamente una sensación desagradable en la mente del oficial paraguayo.

Su disciplina le obligó a abandonar el vano intento por recobrar nuevamente el recuerdo de aquel sueño. Se vio levantado y abotonándose la camisa, para luego acercarse a la mesa que se encontraba al lado de la hamaca, donde empezó a estudiar nuevamente los mapas de la extensa región que le tocaba cubrir

ese día. El capitán Ramón Avalos Sánchez, Jefe de la División de Operaciones del Comando paraguayo debía cumplir una importantísima misión esa mañana de 4 diciembre de 1932. El Comando en Jefe guaraní le había encomendado la difícil tarea de realizar el reconocimiento aéreo de aquella zona, en pleno teatro de operaciones. ¿El objetivo? Acumular valiosa información logística para movilizar grandes contingentes del ejército paraguayo, para así concretar la destrucción de los batallones bolivianos alojados en Km. 7. Los caminos de Alihuatá, Saavedra y Muñoz, debían ser explorados exhaustivamente. Se contaba con el eficaz desempeño del oficial, para asegurar el triunfo de la arriesgada empresa que, si se realizaba con éxito, facilitaría la debacle del ejército enemigo, favoreciendo la conclusión de la guerra. El Comandante en Jefe del ejército, había asegurado en Asunción que el audaz movimiento propiciaría el triunfo anticipado del Paraguay en la guerra que se libraba contra Bolivia.

Cuando Ramón Avalos llegó a la pista de aterrizaje de Fortín Arce, el teniente primero Trifón Benítez lo esperaba con el motor del Potez 25 A-2 N° 6 ronroneando y listo para decolar. Avalos tomó el asiento de observador, y minutos después, el poderoso avión de fabricación francesa surcaba el cielo chaqueño. Los serpenteantes caminos y las inescrutables picadas que componían el terreno en observación, se revelaron a los ojos de los dos tripulantes, como un complejo manto de finas líneas enmarañadas, dibujadas caóticamente sobre la explanada chaqueña. Tomando nota en sus mapas, el oficial dio instrucciones a Benítez para internarse en territorio enemigo. Cuando el Potez sobrevoló Kilómetro 7, las alarmas bolivianas comenzaron a zumbar y enloquecidos telefonemas se enviaban a Fortín Muñoz, alertando sobre la presencia del avión intruso.

Tras varios minutos, las alarmas y los lejanos disparos de ametralladoras y fusiles enemigos tenían sin cuidado a Ramón Avalos. A pesar de las advertencias de Benítez, el capitán paraguayo había logrado mapear exitosamente las posiciones enemigas, lo cual garantizaba el éxito de su misión. "¡Retornemos!" le ordenó al piloto, a la vez que guardaba cuidadosamente los valiosos mapas corregidos que, estaba seguro, congraciarían al comando superior.

El avión alcanzaba su mayor potencia, esforzándose por retornar a su base. Cuando el Potez sobrevolaba Fortín Saavedra, los dos tripulantes observaron hipnotizados la intensa batalla que se desarrollaba bajo sus pies, entre regimientos de ambos bandos. Sujetando los mapas, Avalos Sánchez se permitió una melancólica sonrisa. "Muy pronto todo este infierno cesará. Solo es cuestión de tiempo para que nuestro ejército domine esta región" pensó, mientras observaba las ennegrecidas columnas de humo que se elevaban desde tierra.

El iracundo grito de Benítez lo removió de sus cavilaciones. El piloto le señalaba con la mano izquierda, un punto pequeño y obscuro en el cielo, que rápidamente adquiría volumen en el horizonte. "¡Es un avión boli!" le gritó Benítez, a la vez que maniobraba para evitar el encuentro con el enemigo. Avalos vio asombrado como con un simple giro, el caza boliviano corregía su rumbo, para buscarlos en clara actitud hostil.

Pero Ramón Avalos era un cualificado combatiente y en pocos segundos puso en marcha las dos ametralladoras que poseía el Potez en la parte posterior, descargando las primeras ráfagas en

dirección enemiga. Repentinamente el piloto boliviano realizó un impensable giro en tonel, desembarazándose del temible ataque, para luego, tras una fugaz maniobra, colocarse debajo del avión paraguayo, iniciando con sus dos ametralladoras una poderosa descarga, impactando duramente en la estructura del Potez.

Sin embargo, Benítez estuvo a la altura de las circunstancias, realizando una acrobacia maestra, comenzó a evadir el ataque enemigo. El piloto paraguayo, instruido en Europa, daba a entender que no sería una presa fácil de derribar. Así lo reconoció el piloto boliviano que, alejándose prudentemente del Potez, parecía estudiarlo para volver al ataque. Mientras tanto Avalos disparaba enloquecido las dos ametralladoras móviles Madsen de 7.65mm, apareadas en la torreta del observador. Pero nuevamente el grito de Benítez lo puso al tanto de la difícil situación. Las descargas producidas por las dos ametralladoras del Vickers, habían perforado el tanque de combustible.

El piloto paraguayo comprendió que lo más sensato era retornar a cualquier costo a territorio ocupado por su ejército, para ensayar un aterrizaje de emergencia. Percatándose de la situación, el piloto boliviano adivinó la intención de Benítez. El avión de fabricación inglesa se arrojó de improviso en un demencial ataque sobre el biplaza paraguayo. Las ametralladoras Madsen escupían su veneno de plomo buscando lastimar al avión boliviano, pero los dos tripulantes paraguayos comprobaron angustiados que aquel aeroplano que realizaba inverosímiles acrobacias en el aire parecía evadir diabólicamente los proyectiles.

Mientras buscaba posicionarse debajo de su oponente, el Vickers redoblaba sus ataques, lastimando aún más al Potez que, a pesar de las magníficas maniobras de Benítez, no lograba burlar el embate del caza boliviano.

En tierra, la batalla que enfrentaba a los dos bandos se había paralizado. Obedeciendo a una señal invisible, bolivianos y paraguayos habían cesado hostilidades, quedando subyugados por el omnipotente espectáculo que se desarrollaba en el infinito cielo chaqueño. Los soldados ahora solo se dedicaban a observar hipnotizados aquel singular combate aéreo. El regimiento boliviano miraba complacido, como el avezado piloto del Vickers Scout hacía gala de un prodigioso dominio sobre su máquina, malogrando infatigablemente al Potez paraguayo. Alguien de los muchos soldados y oficiales presentes, reconoció aquellas acrobacias, que alguna vez deleitaran al público de La Paz.

"¡ES PABÓN!" gritó seguro y eufórico uno de ellos. Entonces una ovación empezó a surgir de las trincheras bolivianas, reconociendo al piloto nacional. Ante aquel bramido temible y espontáneo, al otro lado de las trincheras el enemigo se apretujaba contra sus fusiles, mientras observaban de reojo el desenlace del combate en cielo chaqueño. El hábil piloto Trifón Benítez había logrado sortear con gran pericia los constantes ataques de Pabón, intentando descender diestramente, para evitar ser atacado nuevamente por debajo. Mientras tanto el capitán Avalos disparaba colérico al esquivo aeroplano que parecía eludir con una facilidad de brujería sus ataques. "Está buscando hacernos caer tras líneas bolivianas" pensó Benítez, mientras esforzaba a su avión para alcanzar líneas paraguayas.

De pronto, adelantándose y realizando un temerario giro vertical, el Vickers se posicionó imprevistamente sobre el avión paraguayo, colocándose en un envidiable ángulo de tiro, directamente sobre el observador que esgrimía las dos Madsen. Ramón Avalos, que en ese momento seguía con la mirada el acrobático giro del Vickers, solo alcanzó a distinguir el

resplandor de la poderosa ráfaga producida por las dos ametralladoras del avión enemigo, que en ese instante parecían estar a solo cinco metros de él. Fue en ese trágico relámpago de muerte, que el tiempo pareció detenerse para el oficial paraguayo. Mientras sentía como los proyectiles de 7.65 mm. atravesaban su pecho, alcanzó a comprender que aquellos invaluables mapas nunca llegarían a manos del Comando paraguayo. Comprendió que nunca más volvería a ver a su familia y que aquella mañana estaba predestinada a ser la última de su vida; marcada por el destino, que había tratado de alertarlo, con aquel sueño premonitorio que no había podido terminar de recordar. Pero que ahora, a segundos de su muerte, se le ofrecía tan claro y vivido como aquel cielo en el que ofrendaba su vida, recordando en una fugaz milésima de segundo, la monstruosa silueta de ave obscura de pesadilla, que le desgarraba el pecho.

El Potez empezó a precipitarse hacia tierra, mientras sus dos tripulantes permanecían clavados en sus asientos, como inertes marionetas, desvalidas y resignadas a su irremediable destino. Los combatientes de tierra serian espectadores privilegiados de aquel espectáculo de sangre, que terminaba con el avión paraguayo cayendo a pique desde 900 metros de altura. Un colosal estruendo conmovió el suelo chaqueño, a la vez que una gigantesca columna de humo y ceniza comenzaba a ascender. Cañonazos y disparos en varios puntos del campo de batalla resonaron, a la vez que desbocados gritos de victoria de los combatientes bolivianos hundían en el fango de la desolación a unos sombríos soldados guaraníes, que solo atinaban a refugiarse en sus trincheras, esperando un envalentonado

ataque enemigo que nunca llegó. Mientras tanto en las alturas, el Vickers sobrevolaba amenazante sobre el trágico punto de impacto del Potez, informando la ubicación a las fuerzas terrestres.

Minutos después, el avión triunfador aterrizaba en Fortín Muñoz, luciendo orgulloso en las alas, los impresionantes agujeros producidos por los proyectiles enemigos. Una pequeña multitud se congregó alrededor del aeroplano para agasajar al héroe. El piloto fue vitoreado por los presentes, que se esforzaban por alcanzar al celebrado piloto, tratando de estrecharle la mano o para abrazarlo. Rafael Pabón llegó feliz, acababa de consagrarse como el primer piloto en América en derribar en combate a un avión enemigo.

Una patrulla boliviana se había ocupado de llegar al lugar del siniestro, encomendándose a la macabra tarea de recolectar los restos de avión paraguayo y a sus infortunados tripulantes. Cuando la patrulla arribó a Fortín Muñoz, el hálito de muerte borró el semblante de satisfacción del rostro de Pabón. Entre los restos carbonizados e informes del Potez, se podían distinguir aún los restos humanos de los dos pilotos paraguayos. Sus anillos y relojes lucían retorcidos por las altas temperaturas. Un puñal y un revólver con la inscripción: *"El presidente Guggiari al mejor tirador del Paraguay"* le fueron entregados a Pabón en calidad de trofeos de guerra. Muchas fotografías fueron tomadas aquella tarde y varias fueron las alabanzas que se le dispenso al piloto nacional. Sin embargo, Rafael guardaría en la memoria, aquellas tétricas imágenes de fierros retorcidos, amalgamados con restos humanos carbonizados, confundiéndose en una atroz simbiosis de muerte. Inevitablemente pensó en su esposa e hija, esperándolo en La Paz. Tal vez en alguna población del Paraguay, una

esposa, una madre angustiada o una hija ansiosa, esperaba por el retorno de alguno de aquellos dos pilotos calcinados y que indudablemente serian prontamente notificadas con la terrible noticia del deceso. Un gélido escalofrió recorrió su espalda, al visualizarse él mismo entre aquellos fierros retorcidos; imaginando el dolor de sus seres queridos.

Pero aquellos pensamientos se irían diluyendo con el transcurso de los días, al recibir desde distintos puntos del teatro de operaciones, múltiples telefonemas, elogiando el reciente logro obtenido para Bolivia. Muy a su pesar, la fama y el reconocimiento ya pronunciaban su nombre, convirtiéndolo a sus 29 años de edad, en uno de los protagonistas de aquella desquiciada guerra. La gloria del capitán de aviación estaba comenzando a forjarse y el tornadizo destino le tenía todavía reservado algo más de un año y medio de vida.

10

EL TÚNEL

"El hombre es libre, tiene que ser libre. Su primera virtud, su gran hermosura, su gran amor es la libertad"

Juan Ramón Jiménez

El pedido del oficial cogió de sorpresa a toda la tropa: "¡Necesitamos mineros!" gritó. Tuve el primer impulso de maldecir al teniente. La situación no podía ser más insoportable. Todos llevábamos a cuestas la insufrible desesperación del hambre y la sed; las pulgas nos habían convertido en perros y la avitaminosis nos tenía al borde de la locura. Y ahora, este imbécil, con una sonrisa estúpida en los labios, nos pedía que nos convirtiésemos en mineros.

Hace dos insufribles semanas que tratábamos infructuosamente de tomar el inaccesible fortín Nanawa. Las salvajes hordas de nuestra infantería, unida al retumbar destructivo de la artillera, no habían logrado doblegar el anhelado fortín paraguayo. Eran días de infierno. La arboleda chaqueña estaba cubierta de despojos humanos, despedazados por el brutal bombardeo de

ambos bandos. Brazos y piernas de irreconocibles y descuajados organismos colgaban como frutas sanguinolentas, que dantescamente se ofrecían a nosotros. La diabólica estrategia de utilizar lanzallamas para atacar el fortín solo había logrado fundir aún más las piezas mutiladas con la fisonomía chaqueña. Un olor insoportable de carne chamuscada inundaba todo el campo, justificando en sobremanera el epíteto de *infierno verde* con el que se había bautizado al escenario de la guerra.

— ¡Vamos a pasar por debajo de los pilas y les vamos a caer por el traste! — gritaba sonriente y satisfecho el teniente Torres. Sin lugar a dudas, el oficial más mentecato con el que me había tocado servir.

Hastiado, me levanté del piso y me dispuse a golpear a Torres. Ya estaba asqueado de sufrir y padecer en esta guerra inútil que solo me traía tribulaciones. Prefería ser fusilado por matar a un estúpido oficial, a continuar siguiendo órdenes de un grupo de imbéciles que obviamente no sabían dónde estaban parados. "¡Firme mi teniente!", gritó Zeballos, secundado luego por Márquez. Ambos habían trabajado como obreros en Monte Blanco. Rodríguez y Vilahajua que habían sido reclutados en Uncía no dijeron nada, simplemente se levantaron (Hasta el día de hoy, lamento que mis cuatro camaradas hayan evitado que mate a Torres). Los mineros voluntarios fueron conducidos a la parte norte de nuestra posición.

Al cabo de una semana, todos deseábamos ser mineros. El cuarteto de trabajadores fue alejado para siempre de la primera línea de combate, eran los primeros en recibir el rancho y (ante el recelo de todos) su ración de agua les fue incrementada. Eso sí, su titánica y desquiciada misión era inacabable. Se

introducían religiosamente a esa reducida boca de lobo, desentrañando interminables atados repletos de tierra que apilaban en torno al obscuro socavón.

Con el transcurrir de las semanas, los estériles intentos por tomar Nanawa, hicieron que el Comando ordenara duplicar el número de mineros, buscando acelerar la construcción del esperanzador túnel subterráneo que nos conduciría (según la reflexión de nuestro glorioso comando) a la victoria. Como era de esperar, todos inventábamos un sacrificado pasado minero para lograr ingresar al selecto grupo. Juan Rodríguez, que me tenía cierta simpatía, intercedió por mí ante Torres (el odioso oficial, ahora era el encargado de supervisar la trascendental obra), aduciendo que necesitaba ayudantes fuertes para extraer la tierra socavada. Ni mi apariencia de espantapájaros, ni mis delicadas manos huesudas parecieron convencer a Torres, que finalmente accedió, confiando en la experiencia de Rodríguez.

Esa misma noche comencé oficialmente mi labor de *ayuco*[21]. Con el torso desnudo, ingresé por primera vez al tenebroso túnel. Al cabo de cien metros, tuvimos que continuar a gatas, ya que la reducida cueva se estrechaba a medida que avanzábamos, para luego incrementar su tamaño nuevamente. El sofocante calor y el presagio del inminente desplome del techo, me causaron la angustia propia del hombre no habituado a la profundidad de las minas. Pude comprobar que los cuatro mineros habían profundizado casi un kilómetro en su persistente labor, solo guiándose por su atávico instinto de

[21] Ayudante.

orientación. Empecé a creer que la desequilibrada estrategia, (que al principio parecía irrealizable), tal vez podría obtener el resultado esperado por el comando. El túnel estaba iluminado a tramos por pequeñas lámparas a gasolina. De pronto nos topamos con uno de los nuevos ayudantes que, con gran esfuerzo, cargaba dos pesados atados de tierra. Al no contestarnos el saludo y en el inevitable cruce de miradas, pude adivinar el arrepentimiento que sentía (yo también empezaba a sentirlo), por haberse ofrecido como voluntario.

A medida que avanzábamos, el sofocante calor contribuía a la pesadez de la atmósfera. Casi asfixiado, comencé a maldecir mi nuevo destino de minero. Finalmente pude llegar a la galería final. Con el sudor recorriéndome por todo el cuerpo, observé a Zeballos, Márquez y Vilahajua completamente desnudos, excavando jadeantes y sudorosos la pared del recinto. Me miraron y sonrieron (Al parecer, al igual que Torres, ellos tampoco confiaban mucho en mi estructura física para fungir como ayudante).

— ¿Y a vos, quien te ha traído? — me dijo burlón Zeballos. Rodríguez hizo un guiño a los tres hombres, para que dejaran de molestarme.

— No les hagas caso — susurró Rodríguez — estos sonsos están más chanceadores cada día.

Tenía razón. Los mineros estaban felices. La aventura en el túnel los había alejado del estado de angustia y desesperación que oprimía al campo de batalla. Habían conseguido aislarse (aunque momentáneamente) en ese hábitat tan familiar, que solo el remanso del socavón les proporcionaba. Tras una hora preparando los atados de tierra, me disponía a cargarlos. Los

cuatro mineros habían tomado un descanso. Rodríguez me llamó:

— Ven hermano, mascá un poco de coca. Sino esas bolsas te van a vencer.

Me senté con ellos. A tiempo de *pijchar*[22], hablamos del túnel y del tiempo que tomaría concluirlo. Zeballos habló de su época de minero en Potosí. Rodríguez lo secundó contando anécdotas de su época de juco[23]. Vilahajua y Márquez solo asentían con la cabeza y sonreían. Yo les hablé del embarazo de mi esposa y como la maldita guerra me impediría presenciar el nacimiento de mi hijo. Entonces Vilahajua nos contó que tenía cinco hijos, en cinco mujeres distintas en Cochabamba. Un año atrás, las cinco se habían puesto de acuerdo para enviarlo a la cárcel. Logrando escapar de la policía, alcanzó a refugiarse en Uncía, donde buscó trabajar nuevamente como minero, pero el ejército burló sus planes enviándolo al Chaco.

— ¡Cinco hijos! ¡En cinco ñatas! — dijo Rodríguez, con los ojos abiertos e incrédulos. — ¡Y tan cojudito que parecía este chango!

Por espacio de media hora reímos y dejamos de ser soldados, para volver a ser solo cinco hombres libres. Hablamos de familia, de caballos, de mujeres y de fútbol (en ese orden). Al levantarnos ya éramos amigos. En medio de bromas cargué dos atados de tierra y me despedí, tomando el camino de retorno a la boca del túnel. Tardé más de una hora para que mis ojos vislumbraran la luz de la salida. Comencé a maldecir

---

[22] Mascar coca, coquear o acullicar. Práctica social, ritual y medicinal, principalmente en el occidente de Bolivia.

[23] Ladrón de mineral.

nuevamente, esta vez al resto de los ayudantes, pues ninguno había venido a colaborarme con las cargas. En ese momento empecé a escuchar el sonido seco (como golpe de machete) que hacían las balas al estrellarse con la tierra acumulada en la boca del túnel. Al ver a mis camaradas correr desesperados con rumbo oeste, solo atiné a hacer lo mismo.

El tableteo mefistofélico que las ametralladoras paraguayas producían a mis espaldas, me dieron un inusitado ímpetu, logrando refugiarme en la profundidad de nuestras trincheras. Vi a Torres que gritaba como poseído, dando órdenes de formar una línea para repeler al enemigo. Durante horas luchamos por contenerlos, hasta que, con la llegada de una ametralladora Vickers, conseguimos rechazarlos. Torres estaba ahora a mi lado. Reparando en mí, pareció verme por primera vez:

— ¡Los pilas del fortín!... ¡sedientos de agua, pensaron que cavábamos un pozo!... ¡Se arriesgaron y sacrificaron muchos hombres por nada! — Me gritó jadeante y sonriendo.

Recién en ese momento reparé en el destino del túnel. Le grité a Torres que los cuatro mineros aún estaban dentro. Él me miro extrañado y me contestó casi con fastidio:

— ¿Y qué quieres que haga? No voy a sacrificar al regimiento por cuatro indios.

Me quedé un instante mirándolo incrédulo. Entonces mi cerebro fue llenándose de un odio viscoso y sanguinolento hasta estallar en el rostro de Torres. Empecé a golpearlo con la culata de mi fusil, hasta que se rompió. Tome a tientas un pedrusco para estrellarlo una y otra vez contra la masa sanguinolenta que ahora formaba la cabeza del maldito oficial. Lo golpeaba por los cuatro hombres que seguramente ahora ya estaban muertos. Lo mataba porque quería matar la guerra y

toda su estúpida sin razón. Lo mataba porque quería matarme a mí mismo. Sentí como unos brazos metálicos me arrancaban de mi sitio y me alejaban de mi víctima. Empecé a patalear y golpear arremolinadamente a mí alrededor. Cuando el cansancio me obligó a parar, tres soldados me miraban asustados y me apuntaban con sus fusiles. Yo vociferaba como un loco, amenazando con romper la crisma de cualquiera que intentara sujetarme. Grité que quería irme de esa maldita guerra. Entre sollozos, chillé que solo quería volver con mi esposa y conocer a mi hijo. Me arrodillé y totalmente histérico les pedí a mis camaradas que me llevasen a casa.

— ¡Tranquilo, cálmate! — me gritó uno de ellos, tratando de apaciguarme. — Nosotros no somos tus enemigos hermano. No somos pilas.

— ¡Los pilas! ¡Los pilas! ¡Van a matar a los mineros! ¡Tenemos que avisarles! — grité desaforado.

Imbuido del valor que me había concedido el reciente asesinato, tomé la pistola de Torres. Nadie me detuvo. Tampoco lo hicieron cuando empecé a correr con dirección al túnel. Corrí como un poseído; sin tomar ninguna precaución; sin pensar en los pilas; sin pensar en mi mujer y en el hijo que nunca conocería; sin pensar en nadie más que en los cuatro hombres que ya eran mis amigos.

Llegué al lugar cuando el abrasante sol del mediodía se ofrecía imponente. Llegué tarde. Llegué solamente para ser testigo del cuadro de pesadilla que quedaría grabado a fuego en mi memoria y que me acompañaría para siempre, por el resto de mi vida.

Los cuatro mineros me observaban imperturbables. Los ojos abiertos y volteados hacia arriba, estaban velados por la tierra. Las bocas abiertas, llenas de saliva seca, no lograban espantar a las moscas que como lunares eran atraídas por la sangre. Los cuatro estaban coagulados en una mueca eterna que solo la muerte es capaz de retratar. Las cuatro cabezas estaban sujetas en cuatro picas, que los pilas en su infinita maldad, habían clavado en la puerta del socavón, como señal de escarmiento y de terror. Los cuerpos no estaban allí.

Fue en ese momento, que inmediatamente pude imaginar el lugar donde los cuatro cuerpos decapitados aún trabajaban felices, sudorosos y libres del horror de la guerra. Arrodillado frente a las cuatro cabezas, solo atiné a balbucear:

— Están en el túnel.

11

VINTO

"No sospechaba la fama que había adquirido por su actuación en el campo de batalla y que su nombre era pronunciado con verdadero cariño"

Matilde Carmona

El recién salido tren de Villazón corría con dulzura por el desértico paisaje andino. Germán Busch se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Sonrió entusiasmado, visualizando el momento en que abrazaría a sus hijos y a su querida *"maridita"* (como él mismo había apodado cariñosamente a su esposa Matilde). Aquella era una salida especial que se le otorgaba desde que había iniciado el conflicto del Chaco, premiando su destacado desempeño en combate. Aunque momentáneamente, atrás quedaba la guerra con sus inclemencias, sus horrores, sus sufrimientos y su sin razón. Sin embargo, no pudo evitar rememorarla. Ya llevaba la guerra por dentro.

Cuántas cosas habían sucedido en tan poco tiempo. Su primera incursión en Boquerón. Aquel emblemático fortín en el inicio del holocausto chaqueño. El zumbido de balas, la aplastante superioridad numérica enemiga. El cerco asfixiante que los

privaba de agua y alimento, unido al hedor de los cadáveres mutilados e hinchados por la exposición al abrasante sol. Todas aquellas trágicas experiencias le habían quitado de una bofetada, el sabor a gloria que el joven oficial esperaba beber al inicio de la guerra.

Pero con el transcurso de los meses, ese escenario de muerte se había hecho parte de su cotidiano vivir, convirtiéndose él mismo en un instrumento eficiente y metódico a la hora de combatir. Luego surgiría el escuadrón Busch y el Regimiento Lanza, aplicando la guerra de movimientos y el cuatreraje, volviendo loco al ejército guaraní. Pero el éxito de aquellas loadas incursiones había tenido un alto precio por pagar. Él y sus hombres se habían convertido en los más buscados por el ejército paraguayo. Su cabeza ahora tenía precio y se hablaba de grandes cantidades de dinero que tentarían a cualquiera. Debido a este hecho, muchos oficiales y soldados nacionales, habían sido muertos a machetazos por tener los ojos azules o el pelo rubio; confundiéndolos con el esquivo capitán boliviano. Abrió los ojos angustiado, tratando de alejar esos pensamientos, como si se tratasen de un mal sueño. ¿Cuántos camaradas habrían caído, solo por parecérsele físicamente?

A través de la ventana, la infinita altiplanicie boliviana le dio una inesperada sensación de paz. Bebió un poco de agua, pero la guerra volvió a sentarse a su lado. No pudo evitar repasar nuevamente aquellos episodios de desesperación sufridos con sus soldados, a causa de ese precioso elemento en el Chaco. Pero el murmullo de los pasajeros desvió nuevamente sus pensamientos. Al atender una conversación ajena, sintió gran pesadumbre escuchando a un par de civiles hablar sobre la guerra.

Parecían tratar el tema como algo que solo se circunscribía al heroísmo y al deber. Estaba claro que, estaban muy lejos de conocer los sufrimientos y las atrocidades que se realizaban todos los días en los campos de batalla, en aras del "deber y el heroísmo".

Las escenas que vio en las pequeñas poblaciones que servían como paradas transitorias del ferrocarril, le hicieron ver con nuevos ojos el maltrato y la marginalidad con que se trataba a los *pongos*[24] ¿Sabían acaso aquellas personas que aquellos indígenas relegados eran los soldados más abnegados y los que con más bravura embestían al enemigo? Le dolió pensar en sus repetes, soldados aimaras y quechuas que se constituían en el grueso del ejército boliviano en campaña. Gente esclavizada que, sin entenderlo, eran enviados por sus dueños —terratenientes feudales— para *representarlos* en la guerra.

Apoyó la cabeza contra el cristal de la ventana, y meditó sobre este y muchos aspectos en la vida de su país. En las contadas pausas que daba la guerra, oficiales y soldados comenzaban a cuestionar a gobernantes y clases altas que estaban a cargo de la conducción de Bolivia.[25] Al principio, él no se había atrevido a intervenir, solo se limitaba a escuchar los acalorados debates

---

[24] En esa época, los trabajadores indígenas campesinos, eran todavía considerados parte de la propiedad agrícola en la cual trabajaban, siendo considerados muchas veces como animales. Sufrían de maltratos físicos incluso en lugares públicos.

[25] Busch se convertiría tiempo después, en el principal protagonista del derrocamiento del presidente Daniel Salamanca, en pleno teatro de operaciones. La historia denominaría a este hecho como *El corralito de Villamontes*.

y las ideas de cambio que esos intelectuales e idealistas pensaban aplicar:

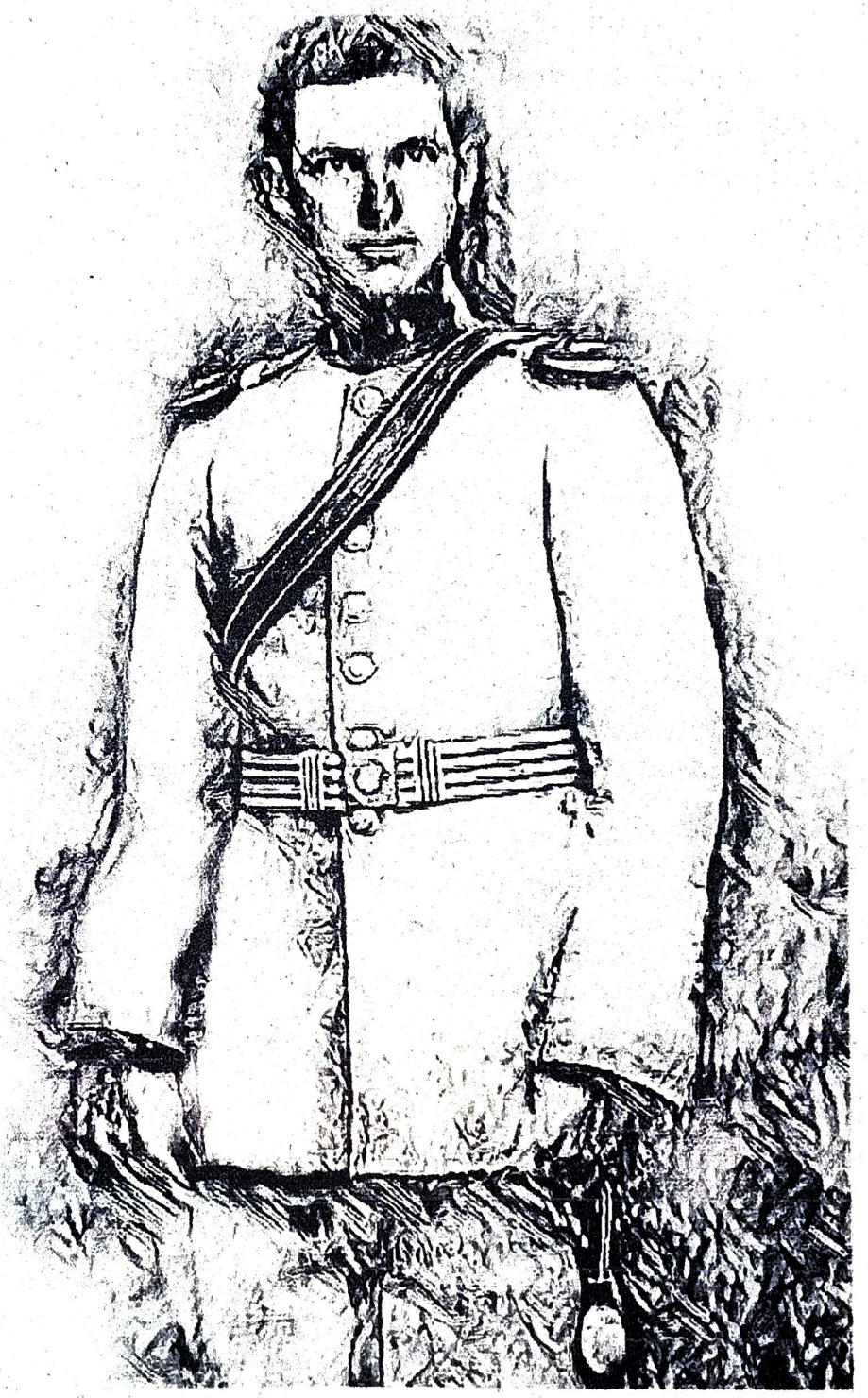
— Espero que cuando se estén haciendo los cambios, ustedes me den alguna participación. —Les había dicho en una ocasión, desde el rincón donde había estado escuchando a los efusivos oradores.

— Vos, camba — le había contestado ásperamente Carlos Dorado Chopitea, que había estado participando en la discusión — no pienses en eso, porque tú no tienes luces.

Él no se ofendió, solo atinó a responder con humildad:

— Pero si yo no quiero ser nada especial. Lo único que deseo es que me permitan ayudarles. Yo solo voy a ser el último soldado de ese grupo que intentan formar.

El grito del agente de ferrocarril que informaba que ya se estaba arribando a la ciudad de Oruro, logró sacarlo de sus cavilaciones. En la conocida ciudad del Altiplano, hubo saludos con honores a los recién llegados. Observando desde la ventana, agradeció interiormente a las autoridades por dar ese recibimiento a los combatientes y soldados heridos (la mayoría mutilados) que salían del campo de batalla. Después se enteraría que las autoridades municipales, enteradas a última hora del tránsito del héroe boliviano por Oruro, habían improvisado el recibimiento con bandas militares, quedando con los crespos hechos, porque al final cayeron en cuenta que no tenían ni una fotografía del capitán cruceño y nadie fue capaz de reconocerlo.



Unas horas después, el tren se aproximaba a Vinto. Los pasajeros preparaban el equipaje de mano para descender en la pequeña estación de la población cochabambina. Busch esperaba ansioso el momento de reencontrarse con su familia. Tal vez fue por esa razón que pasó por alto la música de banda que sonaba en la estación y la considerable muchedumbre, que claramente, se había agolpado en el andén vociferando vivas y hurras. El tren se detuvo y al transitar por los pasillos fue sorprendido por las sonrisas que le brindaban los pasajeros del vagón contiguo y las palabras de felicitación que le daban los empleados del ferrocarril, estrechándole las manos con entusiasmo, enterándose recién de la identidad del ya famoso oficial.

Cuando llegó a la puerta para descender del vagón, la multitud estalló. Hombres y mujeres, vitoreándolo, empezaron a agolparse eufóricos alrededor suyo. Personas que no lo conocían lo llamaban por su nombre, abrazándolo y dándole palmadas en la espalda. En el enjambre de personas descubrió a Matilde, que lo miraba sonriente, con el rostro iluminado por lágrimas de felicidad y de orgullo. Apenas pudo sujetar su mano, porque una andanada de brazos desconocidos lo levantó y lo cargó en hombros, mientras el resto gritaba su nombre y el de Bolivia al unísono.

12

REQUIÉM PARA UN AVIADOR

"La gran tragedia de la vida no es la muerte. Es dejar de reír, de amar, de soñar"

Norman Colisins

Logró abrir los ojos con gran dificultad, mientras una infinidad de luces multiformes comenzaban a nublarle la vista. Un gemido lastimero acompaño el torrente de dolor que golpeó intempestivamente todo su cuerpo. Por instinto, trató de llevarse la mano al pecho, pero con espanto, pudo constatar que no podía mover el brazo derecho. Penosamente ladeó el cuerpo, confirmando con una lamentación las temidas lesiones internas.

Levantó la cabeza y pudo distinguir al malogrado Curtiss. A pesar del impacto, el avión no se había incendiado, evitando así el fin temido por el piloto. El aviador escrutó los alrededores buscando a Mario Calvo, pero no pudo distinguirlo. Evaluó su situación, constatando que la única manera de salvar la vida, era esperar que algún avión boliviano pudiera dar con su ubicación. Aguardando la llegada de una patrulla de rescate.

Pero también comprendió que los aviones y tropas paraguayas tenían las mismas posibilidades de encontrarlo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por nuevas oleadas de dolor, que descuartizaron su humanidad. Haciendo uso de su brazo izquierdo, realizó un colosal esfuerzo. Soportando un dolor infinito, se arrastró hasta conseguir cobijarse bajo la sombra de un descolorido árbol. Consiguió recostarse, acomodándose lo mejor que pudo. El martirio de las heridas internas continuaba su progresiva y nefasta labor. Pudo mantenerse estoicamente lúcido, hasta que una hora después, finalmente perdió el conocimiento.

***

El creciente rumor de un motor de avión lo despertó. Trato de incorporarse inmediatamente, pero el alarido que emergió de su garganta lo devolvió a la realidad. Ya era de noche y el ronroneo del aeroplano alejándose, solo le trajo desesperanza. El pálido reflejo lunar le ayudó a distinguir la contrahecha silueta de los restos de su aeronave. Entonces recordó a Calvo. Por el lapso de unos minutos y haciendo un notable esfuerzo, comenzó a llamar con un exiguo hilo de voz a su copiloto. Pero el silencio de la selva terminó por acallar los vanos intentos por ubicar al metrallista.

Luego de un corto periodo de calma, nuevas oleadas de dolor comenzaron a invadirlo, mientras apretaba los dientes como único paliativo a su tragedia. Pensó en su familia, y esto, lejos de abatirlo, acabó renovando su ánimo. Se comprometió a superar esa noche, ya que estaba seguro que el nuevo día le traería nuevas oportunidades de salvación. Cerró los ojos y

comenzó a balbucear una indescifrable oración. Nuevos espasmos comenzaron a socavarlo. La repetición sistemática de la plegaria se fue convirtiendo en afirmaciones. Creyó sentir como el cuerpo se le iba entumeciendo lentamente, alejando milagrosamente el dolor. Media hora después, el piloto dormía, bajo el ponzoñoso amparo de una inmensa nube de mosquitos que se había aglomerado sobre su maltrecho cuerpo. El silencio de la noche, poco a poco fue ocupado por el murmullo de las alimañas.

A más de cien metros del lugar, abrazando la ametralladora Vickers, Mario Calvo yacía inerte. Se encontraba en medio de un intrincado lecho de matorrales, con una sanguinolenta herida cubriéndole la cabeza. El joven suboficial había alcanzado a adoptar una compungida posición fetal, antes que la muerte lo sorprendiera con los ojos abiertos. Con el cuello ligeramente torcido, parecía contemplar hipnotizado la majestuosa luna del Chaco. Había fallecido tres horas atrás.

***

Una pequeña y delicada manecita acarició la mejilla de Rafael Pabón. Cuando abrió los ojos, se encontró con los de la pequeña Sally.

— Papito, por fin despiertas, hace rato que mi mamá te está llamando. El almuerzo está casi listo —. Le dijo sonriendo la pequeña, al tiempo que se alejaba y salía corriendo de la habitación.

Rafael se incorporó lentamente. Tenía hambre. Se dirigió hacia el pequeño cuarto de baño, contiguo a la habitación. Se lavó concienzudamente las manos y se enjuagó la cara. A tiempo de

secarse, se descubrió en el espejo. Fue entonces que recordó la guerra; recordó los sufrimientos y recordó que, en algún punto del inmenso Chaco, se encontraba un avión desbaratado, yaciendo a unos metros su cuerpo agonizante, a merced de las alimañas y del enemigo guaraní.

Salió presuroso de la habitación, encontrándose con la gran mesa de la estancia de Luciano Pabón. Su padre se hallaba en la cabecera de la mesa, acompañado por su madre y hermanos. Bethsabé salía de la cocina. Al verlo, se acercó a darle un ligero beso en los labios.

— El almuerzo estará listo en un ratito más. ¿Por qué no vas un rato al jardín a jugar con tu hija? — Le sugirió con una sonrisa, mientras lo veía amorosamente a los ojos.

Rafael estuvo a punto de decirle que debía volver a la guerra. Estuvo a punto de decirle que aquello era solamente un sueño, del cual debía despertar para poder salvar la vida y retornar con sus camaradas. Pero una pequeña manecita se apoderó de uno de los dedos de su mano derecha. Entonces la dulce voz infantil preguntó:

— ¿Papi, porque no me enseñas a volar? Afuera esta tu avión, listo para despegar.

La solicitud de la niña lo desconcertó. Miró a su padre y este asintió con la cabeza, mientras le ofrecía una apacible sonrisa de satisfacción. Se dejó conducir por su hija, hasta que llegó al exterior de la antigua casona, donde pudo comprobar que su viejo avión *Jenny* se encontraba listo para recibir a los dos tripulantes. Al ver a la pequeña niña subiendo presurosa por la escalerilla del avión, comprendió que nunca en su vida había sido tan feliz. Ahí estaba su hija, el ser que más amaba en el

mundo, ansiosa por asimilar la misma pasión que había abrazado su padre toda la vida: la aviación.

Fue entonces que el desconsuelo humano y las infaustas escenas de guerra, desaparecieron de la memoria de Rafael Pabón. Su alma olvidó la pesadumbre, embriagándose con una infinita felicidad; al tiempo que enseñaba a su hija el nombre de cada uno de los instrumentos del aeroplano. Mirando satisfecho como la pequeña lanzaba gritos de felicidad cuando el motor del *Jenny* se puso en marcha.

El avión atravesó una hermosa pista, alfombrada con una hierba de un verdor inigualable, propio de los campos de Irupana. Al tiempo que decolaba magistralmente; elevándose hasta alcanzar el majestuoso cielo de la tarde y desaparecer en el reconfortante horizonte yungueño.

***

El oficial boliviano hizo infructuosos intentos por despertar al Mayor Pabón. Sin darse cuenta que el cuerpo, devastado y corrompido por las heridas, el calor, los mosquitos y las ponzoñosas alimañas chaqueñas, ya había entrado en una primera etapa de descomposición. Sin embargo, los ojos del piloto se mantenían vivos y las pupilas parecían observar complacidas aquel cielo que tantas veces lo había acogido.

Habían transcurrido tres días, desde aquella fatídica jornada de combate, al sudeste de Fortín Florida. La patrulla boliviana había incursionado en ese territorio de nadie, con la esperanza de hallar con vida a los tripulantes del Curtiss.

Finalmente, el oficial le cerró los ojos, al tiempo que una manta cubría piadosamente el cuerpo del piloto muerto.

LA MUERTE DE GERMÁN BUSCH UNA VERDAD INCÓMODA PARA LA HISTORIA BOLIVIANA

La muerte del presidente Germán Busch Becerra la madrugada del 23 de agosto de 1939 continúa siendo una de las grandes cuestionantes que aún perdura a través de los años en la psique de la cultura boliviana. El aura casi mística que rodeó la vida y muerte de Busch, continúa subyugando, alcanzando a las nuevas generaciones. Las leyendas de arrojo y valor desmedido demostrado por el *Camba Busch* en los campos del Chaco, lo consagrarían como uno de los pocos jefes militares bolivianos que destacaron en la conflagración perdida. Luego de la guerra, se convertiría en el máximo representante de los excombatientes nacionales; apoyo que lo catapultaría hasta ser elegido presidente en 1937.

Su incursión en la política boliviana seria deslucida al principio por su falta de experiencia. Pero un año después, demostraría con medidas que hasta el presente son elogiadas por muchos mandatarios e historiadores, la predisposición que tuvo por lograr la emancipación económica del país. Nadie cuestionaría el amor que el camba le profesaba a Bolivia; ni su eterno deseo por verla "grande, fuerte y poderosa". Esa nueva etapa, con un renovado Busch, apoyado por una gran parte de la población, le traería también grandes enemigos. Patiño, Hochschild y Aramayo, los denominados *Barones del Estaño* serían los principales afectados con las medidas económicas que el entusiasta dignatario estaba implementando a pesar de todo y de todos (Busch ordenaría sin miramientos el fusilamiento de Hochschild. Medida apenas suspendida, gracias a las súplicas e intermediación de varios de los ministros de gabinete, muchos

de ellos colaboradores directos de la oligarquía minera). Esta confrontación directa planteada por el presidente, seria contestada con una acción propia del actuar de sus enemigos.
En agosto de 1939, en el apogeo de su gobierno, "el hombre que nunca le tuvo miedo a la muerte" seria encontrado sin vida en su casa de Miraflores. Rodeado de extrañas circunstancias y una controvertida desidia policial. El nuevo gobierno, afín a la oligarquía minera, daría una dudosa versión oficial de suicidio, que la población de la época nunca se cansó de cuestionar. Lo cierto es que, con su temprana muerte, Germán Busch marcaría una nueva etapa en la historia boliviana, transformando su figura a través del tiempo, en piedra angular de futuros movimientos revolucionarios, que enarbolarían su nombre y cambiarían para siempre el contexto político y social de una nación que no volvió a ser la misma después de la Guerra del Chaco.
La presente crónica fue presentada por el autor en el año 2020, obteniendo el premio Luis Espinal Camps de periodismo cultural, basándose fundamentalmente en los hechos acaecidos la madrugada del 23 de agosto de 1939 y en las declaraciones que fueron realizadas al Juzgado Segundo de Instrucción, dentro del Proceso Judicial de Investigación y Esclarecimiento de la muerte del presidente Germán Busch. La necropsia realizada al cadáver de Busch en aquella época, arroja conclusiones científicas que corroen la versión oficial ofrecida todavía en los libros de historia. Conclusiones que solo apuntalan aún más, la fortalecida versión del asesinato.

13

CRÓNICA DE UN MAGNICIDIO

"Una bala furiosa de intereses, frustraciones o envidias, se incrustó en su hermosa cabeza y le cerró los ojos para siempre. Fuera de su mano o la ajena, la mano que se crispó en las sombras haciendo funcionar el arma, lo hizo más por miedo al gigante que por vencer al enemigo"

Armando Montenegro

El proyectil calibre 32 le atravesó la cabeza, ingresando por el temporal derecho y haciendo añicos en su trayectoria el parietal medio izquierdo del cráneo. La sangre comenzó a expandirse lentamente, cubriendo parte del reducido escritorio de madera. Corrompiendo con el color sanguinolento los papeles oficiales, que se extendían como improvisada sábana mortuoria bajo la hermosa cabeza. En el transcurrir de contados segundos, una bala había conseguido lo que, atentados, emboscadas y ofrecimientos de jugosas recompensas no habían podido conseguir en la pasada Guerra del Chaco; matar al oficial boliviano más odiado, temido y respetado por el ejército paraguayo: Germán Busch Becerra. El hombre que, a fuerza de

audacia y hazañas inverosímiles, había logrado revestirse de un aura de leyenda en plena conflagración chaqueña, yacía ahora sentado, con los brazos extendidos sobre el escritorio, como una marioneta a la cual se le habían cortado los hilos vitales.
Así lo encontró su esposa, Matilde Carmona, cuando ingresó al pequeño ambiente de la planta baja de la casa. Sorprendiendo a su hermano Eliodoro, cuñado y principal ayudante de Busch, levantando la cabeza del agonizante Presidente de la República. Percatándose de su presencia, Eliodoro le gritó con actitud desesperada: "¡Mira hermana lo que nos ha hecho el Germán!", mientras Matilde, paralizada, miraba con los ojos desorbitados la sangrienta escena. Al marcar el reloj las 5:40 am. las múltiples ventanas de la residencia Busch, en el barrio paceño de Miraflores, comenzaron a iluminarse escalonadamente, transformándose en un aislado faro; en la todavía obscura madrugada de aquel fatídico miércoles 23 de agosto de 1939.[26] Apenas dos horas atrás, aquella casa había terminado de despedir al último de los invitados de una cena formal, que con el transcurrir de las horas, se había transformado en un festejo monumental, donde la música, las bebidas, la alegría y las ocurrencias de Busch, serían los principales protagonistas. Al principio, *el Camba* — epíteto con el que era conocido, con el beneplácito del mismo Busch — había estado reticente a participar de aquella reunión, celebrada en honor al onomástico del Coronel Eliodoro Carmona, ya que el dolor de su

---

[26] La presente crónica de la muerte de Germán Busch, está basada íntegramente en las declaraciones hechas por Matilde Carmona y los demás testigos presentes en la reunión de 22 de agosto de 1939. Las declaraciones fueron realizadas al Juzgado Segundo de Instrucción, en el Proceso Judicial de Investigación y Esclarecimiento de la muerte del presidente Germán Busch. A instancias del escritor Augusto Céspedes el proceso integro fue publicado en el periódico *La Nación* el domingo 23 de agosto de 1959, siendo luego recopilado por diversos autores.

deteriorada dentadura lo había tenido a mal traer por largas horas. Esa dolencia, producida por la avanzada descalcificación de su organismo, fruto de la pobre alimentación recibida en la guerra, había provocado que su dentista le extrajera el incisivo superior derecho el día anterior. Sin embargo, la insistencia de Matilde haría doblegar la voluntad del desdentado camba "Bueno, por la suegrita vamos" le dijo resignado, a la vez que tomaba a su esposa de la mano para descender a la sala comedor. La *Suegrita* era el apelativo con el que el eterno humor oriental de Busch había bautizado a Eliodoro Carmona, por el meticuloso control al que este lo tenía sometido. Pero la Suegrita no solo asistía a Busch en palacio de gobierno, sino también en su propio hogar, ya que en la coqueta casa de Miraflores convivía todo un clan, compuesto por las familias Busch, Carmona y Goitia.

"Estaba muy contento, pero había momentos en que se le notaba que estaba muy preocupado" declararía después Elisa de Carmona, esposa de Eliodoro, ante el fiscal encargado de las investigaciones, que tratarían de aclarar posteriormente la muerte del presidente. Pero aquellas preocupaciones desaparecerían, con el transcurrir de la fiesta. El mismo Busch se convertiría en el protagonista central de la reunión, haciendo elevar la música y amonestando, sonriente, a las damas presentes: "¿Qué les pasa a estas señoras, que están tan tristes? Hay que alegrarse, quiero que bailen, que canten" y dicho esto, sacó a bailar una por una a las sorprendidas mujeres. Cuando alguna se mostraba evasiva, el Camba asumía una actitud seria y señalaba: "Soy el presidente y usted no se me puede negar"

para luego totalmente despreocupado, bailotear al son de la música, ante las sonrisas y miradas festivas de sus invitados.
Pero con el transcurrir de la noche, la diversión fue finalizando gradualmente, a medida que la mayoría de los invitados se fueron retirando. La misma Matilde habría de desistir de continuar con la fiesta, al sentirse mareada e indispuesta. Nadie adivinaba que la frágil esposa de héroe chaqueño, comenzaba a manifestar las primeras señales de embarazo, de la hija que el Camba nunca llegaría a conocer. "Mis padres aún no sabían que yo estaba en camino. Mi padre siempre quiso tener una hija mujer y si la tenía quería que se llame Gloria" me confesaría Gloria Busch Carmona; setenta y nueve años después de la muerte de su padre.
Sobrellevar aquella tragedia, fue una situación muy difícil de superar para sus tres hermanos mayores; pero para una niña, que a lo largo de su vida solo reconocería al progenitor por medio de fotografías y anécdotas de familiares o extraños, sería aún más complejo de asimilar. "Cuando yo era niña extrañaba a mi papi muchísimo, lo necesitaba. Recuerdo que al llegar del colegio me sentaba en un sillón del living donde había un retrato de cuerpo entero de mi papi, fue el último retrato que le sacaron, se lo veía más delgado, estaba con su gorra de militar y tenía los ojos muy tristes. Yo me sentaba en el sillón y le hablaba como si él estuviese vivo, le hacía preguntas, le contaba lo que había hecho ese día y le decía lo mucho que lo extrañaba y quería"[27]
A las tres y media de la madrugada, cuando el miércoles 23 de agosto de 1939 apenas iniciaba, el presidente se había quedado

[27] Fragmentos de la entrevista realizada por el autor a Gloria Busch Carmona, única hija sobreviviente de Germán Busch Becerra y Matilde Carmona. Entrevista publicada en el Semanario orureño Nación, en febrero de 2019.

con la única compañía de Eliodoro Carmona y su concuñado Ricardo Goitia. Minutos antes, un alborozado Busch, había despedido a Matilde y a sus dos hermanas, diciéndoles: "Mujeres a la cama, déjennos a los hombres" haciendo el cómico ademán de perseguirlas, ante las risas de las tres mujeres y el mozo de servicio Francisco Medina, que preparaba tres whiskies, para el trio de militares que se quedaría en el reducido despacho presidencial.

Pasadas las cinco de la madrugada, se escuchó la detonación del primer disparo, y diez minutos después, a las 5:30 am., un segundo disparo resonó en la casa de Miraflores. Matilde Carmona expresaría ante el personal del Juzgado Segundo de Instrucción, que en ese momento ella se encontraba en su habitación, sobrecogida por el estruendo de los disparos, hasta que el trepidar de unas botas, que subían intempestivamente las escaleras, le hicieron anticipar el momento de la desgracia. Antes que terminara de abrir la puerta, el grito de Ricardo Goitia, que se había transformado en un emisario del infortunio, desgarró para siempre el mundo de Matilde Carmona... "¡Maty, Germán se ha pegado un tiro!". Entonces, envuelta en una nebulosa de desesperación, la mujer bajo las escaleras, para encontrarse con el macabro espectáculo que quedaría tatuado en su memoria hasta el final de sus días.

Tanto Eliodoro Carmona como Ricardo Goitia afirmarían en sus declaraciones posteriores que, tras ingresar al despacho, Busch se había posicionado en su escritorio, disponiéndose a revisar documentos oficiales. Pero al poco tiempo, habría ingresado en una crisis de depresión, sacando su revólver de entre sus ropas y señalando que "su destino era determinado, y

que su trayectoria estaba en su fin". Los hermanos políticos dijeron que trataron de hacerle desistir de su decisión, recordándole a la familia y a su patria a la que tanto amaba. Busch entonces habría levantado el arma, direccionándola hacia su cabeza, al mismo tiempo que Carmona lo sujetaba de la muñeca, desviando la trayectoria del proyectil, que se incrustó violentamente en una pared lateral, despedazando un diploma que adornaba el despacho. Según la declaración de los dos militares, estos lograron hacer renunciar momentáneamente a Busch de su propósito, sujetándolo de ambos brazos y manteniendo al presidente sentado. Pero transcurridos algo más de diez minutos — en los que, según Carmona, ambos hombres ya no pudieron sujetar al mandatario y tampoco se les ocurrió pedir ayuda — Busch habría empujado a los dos oficiales, haciéndolos caer al piso, siendo aprovechada esta situación para pegarse un tiro en la sien derecha.

A las 5:45 am. el medico Guillermo Debbe — que vivía a escasas cuadras de la residencia Busch — fue despertado por escandalosos golpes a su puerta e incesantes gritos de auxilio. Cuando abrió, se encontró ante una desesperada Lía Carmona de Goitia, que apenas dio tiempo al facultativo para vestirse y provisionarse de su maletín quirúrgico, antes de conducirlo hasta el lugar del hecho. El doctor Debbe, observaría que la herida en la cabeza de Busch era fatal. Poco tiempo después, el agónico cuerpo del todavía presidente, fue trasladado al Hospital General, donde con esperanzas casi nulas de sobrevivir, seria intervenido quirúrgicamente por el doctor Félix Veintemillas. A partir de las nueve de la mañana, en la sala número seis; Busch, con la cabeza vendada y el lado derecho del rostro totalmente morado e inflamado, todavía luchaba desesperadamente por su vida. Su respiración se

asemejaba a la de un animal salvaje, y su boca entreabierta, mostraba el hueco del diente extraído el día anterior. Finalmente, a las 14:35 de la tarde, en medio de abruptas convulsiones, el soldado de mil batallas dejo de luchar y su respiración se interrumpió para siempre.

Para ese entonces, la silla presidencial ya había sido ocupada por el general Carlos Quintanilla, que apoyado visiblemente por la Rosca Minera y anticipándose a la muerte de Busch, pareció haber adivinado el transcurrir de los acontecimientos. La ciudadanía boliviana fue sorprendida con la noticia de la muerte del presidente. La primera reacción pública se inclinó hacia la teoría del asesinato; extendiéndose aún más esta versión, al constatar la falta total de investigación policial en el caso. Tratándose de una muerte violenta por arma de fuego, al parecer a la policía de ese entonces, no se le paso por la cabeza el solicitar el informe de un médico forense, para determinar si el fallecimiento del mandatario fue a causa de un asesinato, un suicidio o un accidente, tal como manda la ley. Un día y medio después, rodeado de obscuras negligencias, el cadáver de Busch era enterrado sin la evaluación forense. La policía creería ciegamente en la versión del suicidio, relatada por los dos únicos hombres que estuvieron presentes en el momento del suceso, y que irónicamente, también se constituían en los principales sospechosos de la muerte de Busch.

Cinco días después del hecho, cuando Busch ya reposaba en el Cementerio de la urbe paceña y ante los crecientes rumores de magnicidio, recién se realizaba la interrogación a los testigos que habían asistido a la fiesta. Veintitrés días después de sucedida la muerte por arma de fuego, recién se procedía a

realizar el informe pericial y balístico, evaluando después de casi un mes, el lugar donde se desarrolló el episodio de sangre. Actualmente, y tras revisar detenidamente los antecedentes del hecho, los oficiales: Teniente Fabio Torrico y el Subteniente Yhovani Angulo, miembros del personal especializado de peritos balísticos del Instituto de Investigaciones Técnico Científicas de la Policía Nacional (IITCUP) de la ciudad de La Paz, me aseguran sorprendidos que el tiempo que se tomó en realizar el informe pericial y balístico fue irrisorio y alarmante. "El tiempo esperado para realizar la investigación fue desmedidamente excesivo, ya que bastan apenas unas horas para modificar o maquillar el lugar de un crimen" afirma extrañado Torrico.

El juez Carlos Morales seria puesto al frente de la investigación, que buscaría dar luces a la muerte de Busch. Tras percibir que las declaraciones de Carmona y Goitia no satisfacían el malestar de la opinión pública, el juez ordenó que el cuerpo del ex presidente fuera sometido a una necropsia, para ser examinado por médicos forenses especializados. El informe de necropsia, concluido el 28 de septiembre de 1939, firmado por los médicos forenses Antonio Torrez Ballivián y Alfredo Murillo, rezaba en su conclusión final: "Por todas las razones anteriormente expuestas, se llega a la conclusión de posible suicidio. No pudiéndose afirmar esto en forma categórica por el hecho de que las huellas que deja un disparo a pequeña distancia (las tres zonas: de quemadura, ahumada, de tatuaje) no se notan por haber sido lavada la herida para su curación" Este informe oficial, detallaría a la perfección en sus once puntos, las marcas y la forma del orificio de entrada y salida del proyectil que destrozó la cabeza de Busch.

"Este documento es muy interesante y revelador", me explica ochenta años después, la Doctora M.Sc. Rita Fernández — médico forense y miembro activo de la Unidad de Tanatología del Instituto de Investigaciones Forenses (IDIF) de La Paz — después de haber estudiado y revisado, por dos días, el informe de necropsia realizado al cadáver de ex presidente en 1939. "Las marcas de la herida no pudieron haberse lavado porque sencillamente las marcas de tatuaje que deja un disparo a corta distancia, como es el caso de las personas suicidas, que utilizan un arma de fuego para auto eliminarse, no se pueden lavar, son indelebles". Tras escuchar un extenso informe técnico, le pido entonces una conclusión oficial acerca de la distancia del disparo que terminó con la vida de Busch.

Quitándose mecánicamente las gafas, la doctora deja el informe para darme una respuesta, que yo, (después de haberme sumergido durante semanas, en un prolongado estudio de libros de medicina forense) tal vez ya esperaba. "Por las características descritas, se trata de una herida secundaria a proyectil de arma de fuego, compatible con orificio de entrada, con disparo a larga distancia, asimismo, la ausencia de tatuaje, ahumamiento y quemadura que tendrían que estar presentes en un disparo a corta distancia, en este caso se encuentran ausentes, confirmando el disparo a larga distancia" ...Ese tipo de disparo, para considerarse como tal, debe haberse realizado a partir de un metro de distancia. Entonces la forma de la herida y la ausencia de marcas confirmarían que el disparo que mató a Germán Busch fue realizado aproximadamente a 70 cm. o 1 metro de distancia, tomando en cuenta las pequeñas dimensiones de la habitación donde sucedió el hecho de sangre.

Ya que es imposible que Busch se haya auto eliminado disparándose a sí mismo, a esa distancia, la tesis del asesinato quedaría inequívocamente fundamentada.

El 5 de octubre de 1939, el juez asignado a la investigación del caso Busch, no tomaría en cuenta aquel esencial informe de necropsia. Basándose principalmente en las declaraciones de los dos testigos (que irónicamente también encarnaban el papel de sospechosos) terminaría marcando para siempre con el estigma de "suicida" al hombre que había forjado una leyenda de valor en la Guerra del Chaco y el único presidente que había tenido el coraje de enfrentar a los multimillonarios intereses mineros.

Cinco años después, en 1944, el diputado nacional Edmundo Roca y el capitán Julio Ponce de León, abrirían un proceso penal por el delito de asesinato contra Eliodoro Carmona, debido a que, en tres ocasiones distintas, el Coronel Carmona, en presencia de varios testigos y en notorio estado de ebriedad, confesaría ser el autor de la muerte de Germán Busch. "Este brazo mató al Coronel Busch por dieciocho mil dólares" seria la afirmación que Carmona gritaría a los cuatro vientos en distintas ocasiones. Al parecer, y según la declaración de los testigos principales, Eliodoro aseguraba ver a Busch en todo momento y que incluso conversaba con él. Pero a pesar de las múltiples declaraciones de testigos (que en el caso Busch, fueron suficiente prueba para determinar el suicidio) y tras un largo proceso, Eliodoro Carmona sería liberado de las acusaciones, por el juez Aurelio Vásquez el 30 de junio de 1947.

Actualmente, en agosto de 2023, a ochenta y cuatro años de aquella fatídica noche, en la calle Villalobos casi esquina Cuba, del ahora céntrico barrio de Miraflores, la estructura de la casa

protagonista de aquel episodio de sangre aún se mantiene indemne. Abriga todavía entre sus paredes, tal vez uno de los secretos mejor guardados de la historia nacional, un secreto que todavía obscurece la memoria de aquel presidente cuya "muerte oficial" es repetida hasta el cansancio en los textos de historia.

La casa mantiene las tres pequeñas ventanas rectangulares que dan a la calle, dando luz al interior del reducido ambiente, que alguna vez sirvió como despacho presidencial. El recuerdo del hombre que siempre enfrentó a la muerte y a las dificultades con su eterna sonrisa de niño grande, también se mantiene incólume, al igual que esa luz, esperando que un día se esclarezca el suceso de aquella obscura madrugada de 1939; esperando que se cancele una antigua deuda pendiente que la historia boliviana todavía tiene con uno de sus mejores soldados.

Fueron infinitas las historias y leyendas que se tejieron en la Guerra del Chaco. Lamentablemente, no todas fueron de sacrificio, heroísmo o amor por la patria. Existirían trágicos episodios de traición, rebajamiento, asesinato y cobardía. De esa maraña de sangre, consternación y obscuro anonimato, también surgirían hombres destinados a la gloria. Hombres que fortalecían con el ejemplo a los demás. Aquellos que, a pesar del hambre, la sed y el horror cotidiano, continuaban luchando por su patria, sus familias y camaradas; infundiendo valor y esperanza entre los suyos. Surgirían así los héroes. Los hombres que burlaban las balas; que decidían batallas; contagiando con su locura y heroísmo a regimientos enteros.

En aquel trágico Chaco, profusas historias de valor, angustia, injusticia y sangre morirían con sus protagonistas. Otras sobrevivirían al paso de los años, transmitidas de forma oral o escrita, por los excombatientes. Muchas de esas historias nunca debieron ser contadas, mientras que otras se mantendrían ocultas, esquivando el olvido, en un desvencijado diario de campaña. Relatos inmunes al tiempo, donde los hombres dejaban de ser hombres y se convertían en animales, buscando solamente el atroz objetivo de destruir al obscuro enemigo que vestía el uniforme distinto.

POLKA

ISBN: 978-9917-0-2936-6

9 789917 029366